UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CUYO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

LICENCIATURA EN PSICOLOGÍA

ABORDAJE INSTITUCIONAL DE LA PSICOSIS DESDE LA ORIENTACIÓN PSICOANALÍTICA EN UN CENTRO DE DÍA

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

ÁREA: PSICOLOGÍA CLÍNICA

DIRECTORA: Mg. Sonia Gimenes

TUTORA ACADÉMICA: Lic. Luciana Bordas

GARCÉS VILLEGAS, Guillermina

SAN JUAN

2026

AGRADECIMIENTOS

No solo la práctica se sostiene entre varios, la vida también.

Por ello quería agradecer a quienes me sostuvieron, como las tablas de un escenario sostienen a quien se sube a escena.

A mis abuelos principalmente, por alojarme desde el silencio.

A mis amigos, quienes desde risas me empujaron a seguir, pero también a respirar y parar.

A quienes me acompañaron atravesando las caídas, respetando mis tiempos, sin miedo ni prisa a permanecer ahí un rato.

También a mi comunidad Allegro, donde aprendí a ver que se mantiene de pie, cuando uno deja de sostener.

Obviamente a mi familia por su confianza y esfuerzo detrás, para que pueda caminar este recorrido.

Y a las personas que este camino fue revelándome, aquellas que, como linternas en el trayecto, hicieron posible que allí donde había incertidumbre pudiera abrirse algo. En primer lugar, a mi tutora, Luciana Bordas y a Franco Masi, quienes, con su escucha, su acompañamiento y generosidad, supieron sostener e impulsar mi deseo de saber.

En fin, a quienes hicieron más apacible este trayecto, eternamente gracias.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 2

CAPÍTULO 1 6

INTRODUCCIÓN 6

MARCO TEÓRICO 8

PSICOSIS DESDE LA ORIENTACIÓN PSICOANALÍTICA 8

Efectos de la forclusión 10

Invención psicótica 16

Caso Joyce 21

La transferencia en la psicosis 24

Maniobra de la transferencia en la psicosis 25

Posición del analista en la psicosis 27

EL ABORDAJE INSTITUCIONAL DE LA PSICOSIS 29

La institución 29

La institución desde la perspectiva psicoanalítica 32

El psicoanálisis aplicado en la institución 35

El discurso del amo y el discurso analítico en la institución 42

Práctica entre varios 45

CENTRO DE DÍA 51

CAPÍTULO 2 58

MATERIALES Y MÉTODOS 58

-Fase de acercamiento a la institución **59**

-Fase de exploración **61**

-Fase de descripción **64**

-Fase de planificación **71**

-Fase de intervención **72**

-Fase de análisis y elaboración **74**

CAPÍTULO 3 **75**

RESULTADOS **75**

DATOS INICIALES **75**

PRIMER MOMENTO EN LA INSTITUCIÓN: NO SABER "NADA" **76**

SEGUNDO TIEMPO INSTITUCIONAL: DEL "NADA", AL "ALGO" **81**

CAPÍTULO 4 **89**

DISCUSIONES **89**

Sin un "para todo x" **89**

El caso por caso **95**

Posicionamiento de la institución **96**

Saber hacer **99**

Discurso analítico en la institución **106**

Conclusiones **111**

ANEXOS **116**

PROYECTO DE INTERVENCIÓN **116**

BIBLIOGRAFÍA **131**

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

El presente Trabajo Integrador Final tuvo por objetivo obtener el título de Licenciatura en Psicología en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Católica de Cuyo. El mismo se desarrolló en el marco de las Prácticas Preprofesionales Supervisadas del Área de Psicología Clínica.

La práctica constó de un total de 150 horas, distribuidas en horarios de mañana y tarde, realizadas en el centro de día Nodal, institución de salud mental para adultos de modalidad diurna, ambulatoria e interdisciplinaria, destinada al acompañamiento de sujetos con padecimientos psíquicos severos. La tutora de campo fue la Licenciada Candela Pastore, integrante del equipo institucional y psicóloga de uno de los talleres que allí se desarrollan.

La experiencia práctica permitió un acercamiento al funcionamiento de un dispositivo clínico orientado al abordaje de sujetos con psicosis, en un contexto institucional que privilegia la construcción y el sostenimiento de lazos sociales como parte del tratamiento. En este marco, el interés no se centró únicamente en describir el quehacer cotidiano de la institución, sino en interrogar los ejes rectores que orienta las intervenciones, los talleres y las distintas modalidades de acompañamiento que sostiene la práctica institucional.

La elección surge a partir del interés suscitado durante la práctica por la modalidad de abordaje observada, particularmente por los efectos que podían advertirse en los pacientes sin que las intervenciones se sostuvieran desde una posición de saber sobre el sujeto. En este sentido, resultó clínicamente significativo observar que el abordaje no se consiste en imponer soluciones o indicaciones homogéneas, sino a ofrecer un espacio donde puedan ser alojadas, provocadas y acompañadas las invenciones singulares que cada sujeto produce. Tal como propone Alexander Stevens (2020), la institución no está para darle al paciente el significante

que le falta, sino para decir “si” a la invención que hace con sus significantes y al valor que tiene su hallazgo.

Desde esta perspectiva, el dispositivo institucional se orienta a acompañar modos particulares de tratamiento del padecimiento, favoreciendo operaciones que permitan cierta estabilización y la posibilidad de construir o sostener un lazo con el Otro, aspecto que en la psicosis presenta dificultad. Es allí donde se intenta llevar adelante una praxis orientada por el psicoanálisis, distinguiendo que dicha práctica se inscribe en el campo del psicoanálisis aplicado en tanto su realización se produce en el nivel institucional.

A partir de dicho interés por observar como el espacio institucional de Nodal se sirve como un lugar donde pueden ponerse en juego las perturbaciones propias de la psicosis y acompañar invenciones singulares que posibiliten modos de lazo, se confronta la practicante con el interrogante de los componentes de dicho escenario institucional.

Desde allí, se despliega el objetivo general del presente trabajo describir el abordaje institucional de la psicosis en un centro de día con orientación psicoanalítica.

En función de ello, se establecen como objetivos específicos: caracterizar el abordaje institucional desde el psicoanálisis; precisar el concepto de psicosis en psicoanálisis; precisar el funcionamiento del centro de día y articular los aspectos teóricos con un caso clínico que permita situar las particularidades observadas en la práctica.

MARCO TEÓRICO

PSICOSIS DESDE LA ORIENTACIÓN PSICOANALÍTICA

Para conceptualizar la psicosis, Silvia Ons (2014) retoma los desarrollos freudianos que diferencian la psicosis de la neurosis a partir de la relación particular que cada estructura mantiene con la realidad. Freud establece que, frente al conflicto psíquico, el neurótico conserva un lazo con la realidad exterior, aunque se refugie en la fantasía y produzca una escisión entre el mundo interno y el externo. En cambio, en la psicosis, dicha operación fracasa. En este sentido, Ons (2014) sostiene que el sujeto psicótico "está preso de un afuera fantasmático que vive como real" (p. 155). De este modo, partiendo desde Freud se entiende a la psicosis como una enfermedad caracterizada por la pérdida del contacto con la realidad.

En relación a lo anterior Lacan (1958), en *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, comenta que "el problema no es el de la pérdida de la realidad, sino del resorte de lo que la sustituye" (p.524). Lacan profundiza estas concepciones y establece que "si la realidad para el psicótico constituye un problema, no es por déficit, si no por la falta de un significante que la ordene y le dé una significación que permita el lazo social" (p. 155)

Por otra parte, Freud (1924) en el texto *Neurosis y Psicosis,* menciona que "La neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y el ello, en tanto que en la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior" (p.155).

Por su parte Lacan (1955-1956), en el *Seminario 3 Las psicosis*, comenta sobre las consideraciones de Freud, y agrega que en la neurosis, el sujeto sacrifica una parte de la realidad psíquica (que no es igual a la realidad exterior). Esta parte de la realidad psíquica es olvidada, sin embargo, continúa haciéndose oír, es decir, vuelve a surgir de manera simbólica. Entonces, aquella huida parcial de la realidad psíquica está secretamente conservada en la

neurosis. En cambio, en la psicosis, se presenta una ruptura, un agujero o desgarro con la realidad exterior, que luego será colmado por el mundo fantasmático mediante el mecanismo de la proyección.

La proyección en la psicosis “hace retornar del exterior lo que está preso en la *Verwerfung*, o sea lo que ha sido dejado fuera de la simbolización general que estructura al sujeto” (Lacan, 1955-1956, p.73). En este sentido, aclara Freud (1914) “Una represión (Verdrängung) es algo diverso de una desestimación (Verwerfung)” (p.74).

Así, al delimitar la psicosis como estructura clínica, es de gran aporte la enseñanza de Lacan, cuya particularidad radica en el mecanismo que determina la estructura. Lacan (1958) considera a la Verwerfung como preclusión del significante Nombre del Padre, ya que responde en el Otro un agujero, provocado por la carencia metafórica. Se habla de psicosis cuando “Todo lo rehusado en el orden simbólico, en el sentido de la Verwerfung, reaparece en lo real” (Lacan, 1955-1956, p.24).

Esto implica que la neurosis, la perversión y la psicosis son modos distintos y permanentes de subjetivación frente al deseo, el lenguaje y el mundo. Resulta relevante este recorrido ya que orienta una dirección de la cura diferencial en cada estructura. (Lacan, 1955-1956/1984).

Al fallar esta "metáfora paterna", el conjunto de los significantes en el campo del Otro carece de una ley que los ordene (Tendlarz, 2009). Según Ons, el psicótico está atado a una realidad que la vivencia como desnuda, la cual lleva a Freud a asociarlo con una vivencia de fin de mundo. Sobre ese vacío es que luego el delirio toma estatuto de intento por producir un sentido, ante la carencia del significante del Nombre del Padre. El cual sustenta las creencias en un sentido común, ordena las experiencias en determinados pilares. (2014)

No obstante, es importante notar que, si bien la forclusión es el mecanismo distintivo, ésta no abarca toda la subjetividad del psicótico. Como advierte Maleval (2002), este

concepto no constituye el “omega” de la psicosis (p. 11); es decir, no es el punto final que explica la totalidad de su funcionamiento. Sin embargo, su valor clínico resulta útil, ya que permite distinguir la lógica psicótica de la neurótica, determinando así una dirección de la cura que evite las intervenciones basadas en la represión.

Es crucial precisar que, para el psicoanálisis, "Padre" y "Madre" no remiten a personas biológicas, sino a funciones simbólicas. La forclusión del Nombre del Padre introduce una falla estructural que no debe confundirse con una ausencia de lenguaje. Como bien señala Laurent (2009), el psicótico habita el lenguaje pero se sitúa "por fuera del discurso" en tanto que el lazo social y la consistencia narrativa no están garantizados por la mediación simbólica.

Es decir que dichos significantes (Padre y Madre) operan teniendo efectos decisivos en la constitución subjetiva de los sujetos. Al no producirse la sustitución del deseo de la madre por el Nombre del Padre, el deseo materno permanece como una presencia enigmática, ilimitada y sin regulación fálica. En la medida en que el Nombre del Padre es rechazado, es objeto de una Verwerfung primitiva, no entra en el ciclo de los significantes, y por eso también el deseo del Otro, especialmente el de la madre, no está simbolizado. (Lacan, 1999, p.490).

Bajo esta perspectiva, la diferencia estructural con la neurosis gira en torno a dicho mecanismo. Mientras que en la neurosis el mecanismo es la represión, donde el significante reprimido retorna en lo simbólico (sueños, síntomas), en la psicosis "vuelve a surgir en lo real" (Lacan, 1955-1956/1984, p. 25). Este retorno de lo real se manifiesta a través de los denominados fenómenos elementales, tales como la alucinación o la certeza delirante, los cuales dan cuenta de un sujeto invadido por un saber que no puede ser procesado subjetivamente.

Efectos de la forclusión

“El dramatismo que produce la ausencia del Nombre del Padre se revela, por ejemplo, en Schreber, cuando al relatar el comienzo de su enfermedad afirma que por un momento se detuvieron los relojes del mundo, que hubo un asesinato de almas…” (Ons, 2014, p. 155).

Lejos de concebir la psicosis únicamente en términos de un déficit (como aquello que carece de algo que la neurosis sí posee), es preciso entenderla como una relación particular con la falta que, de lo contrario, puede inhibir las posibilidades de tratamiento (Leibson, 2010). En efecto, toda estructura implica una relación con dicha falta; lo específico de la psicosis radica en que el sujeto queda expuesto a los efectos del lenguaje y del goce. Como señala Tendlarz (2009), la clínica maneja la ausencia de un significante que separe deseo y goce y extraiga al sujeto de la posición de objeto.

La consecuencia de esta posición es que el psicótico se encuentra a merced de un Otro que "todo ve y todo habla". Esto se traduce en la experiencia de una presencia invasora y consistente que no conoce el velo de lo simbólico (Tendlarz, 2009). Por lo tanto, lo específico de la psicosis no radica en un defecto biológico, sino en el modo particular en que el sujeto queda expuesto a los efectos del lenguaje y del goce.

Uno de los modos privilegiados de ubicar dichos efectos se encuentra en la relación del sujeto con el lenguaje. Lacan (1955-1956/1984) plantea que, en la psicosis, el sujeto “más que hablar, es hablado”. La fórmula *“ça parle”* (eso habla) da cuenta de esta dimensión del inconsciente que se presenta sin mediación simbólica suficiente. Esta emergencia produce una irrupción capaz de desgarrar tanto la realidad como la consistencia del yo. A diferencia de la neurosis, donde el sujeto se dirige al Otro para ser representado por un significante, el psicótico es hablado por este (Leibson, 2010).

Por otro lado, como efecto directo de la forclusión, se encuentra el desencadenamiento. Lacan (1958/2009) señala que, para que este se produzca, es necesario que el significante forcluido sea convocado en una situación en la que debería operar

simbólicamente. Frente a esta interpelación en lo real, el sujeto se encuentra con un “agujero” en el Otro, con una ausencia de respuesta, quedando “fuera de todo compromiso simbolizante”.

Retomando a Ons (2014), el desencadenamiento es una situación que de manera brutal pone al sujeto frente a este vacío, “en la trama de un tejido que se deshace” (p. 156). Por consecuencia, deja al sujeto paralizado frente a la angustia producida al enfrentarse a tal derrumbe. Se concibe así al psicótico, como quien más se ha acercado al agujero en el saber, intentando así producir un sentido mediante la interpretación delirante, lo cual triunfa en la paranoia, pero no en la esquizofrenia.

Este momento es descrito por Lacan (1955-1956/1984) en términos de “perplejidad”, un estado acompañado habitualmente por una angustia que pone en cuestión el conjunto del campo significante. No se trata simplemente de un incremento de intensidad afectiva, sino de una vacilación estructural donde no existe un significante capaz de ordenar la experiencia vivida. En este punto, el retorno en lo real da cuenta de aquello que no ha sido simbolizado.

Bajo esta lógica, el desencadenamiento suele situarse en una coyuntura vital donde emerge la figura de “Un padre” (Lacan, 1957-1958). En ese instante, las soluciones previas que servían de sostén pierden su eficacia, dando lugar a la emergencia de los fenómenos psicóticos. Es así como en la psicosis, el agujero será ocupado por el goce del Otro, y podrá tomar distintas formas, como erotomanía o la persecución (Silvia Ons, 2014).

Lacan señala que, al no inscribirse la ley paterna, el retorno en lo real puede ser notado en los significantes en lo real (voces, fenómenos elementales). Esta "invasión" de palabras sin sentido metafórico se confunde con no estar dentro del lenguaje, pero no implica una exclusión del sujeto de este campo; por el contrario, el psicótico es, de manera radical, un sujeto del significante. Al nombrarlo como un “mártir del inconsciente” Lacan (1955-1956/1984) subraya que el sujeto es un testigo directo de aquello que se presenta sin el

velo de la represión (p. 191). El lenguaje no funciona aquí como un instrumento, sino como aquello que determina al sujeto de forma abierta y cruda.

Resulta fundamental destacar que, lejos de ser un puro caos, se propone pensar la psicosis como una organización bajo coordenadas distintas. Para Lacan, el estado de la psicosis no representa un caos, sino una "puesta al día de líneas de eficiencia" que permiten al sujeto alcanzar lo que denomina una "solución elegante" (1958/2009, p. 533). Leibson (2010) ubica distintas formas en que estas soluciones pueden manifestarse, tales como la certeza delirante, la metáfora delirante y ciertas modalidades de reconstrucción, incluyendo aquellas que toman como soporte el cuerpo o la escritura.

En síntesis, el desencadenamiento debe entenderse como la respuesta del sujeto ante el encuentro con 'Un padre' en lo real, encuentro que pone de manifiesto el agujero producido por la forclusión del Nombre del Padre. Como señala Millas (2013), este momento de ruptura orienta respecto de las condiciones de estabilización posibles, las cuales no buscan la restitución de una norma, sino la producción de una metáfora delirante que venga a suplir la falta del significante primordial.

De este modo, tanto el desencadenamiento como la estabilización se inscriben en el registro de lo posible, abriendo la vía para considerar las respuestas subjetivas que el sujeto construye para dar un sentido al mundo y localizar el goce que, tras el sismo de la forclusión, ha quedado desamarrado de lo simbólico. A diferencia de Freud, Lacan propone que es posible un tratamiento para la psicosis, dándole importancia a las suplencias que puede encontrar el sujeto frente al derrumbe subjetivo (Ons, 2014).

Fenómenos elementales

El concepto de fenómeno elemental ocupa un lugar central en la clínica psicoanalítica, en tanto permite verificar la estructura adquiriendo un valor diagnóstico. No se trata de manifestaciones accesorias, sino de puntos donde se condensa la lógica estructural de la

psicosis. Como señala Schejtman (2012) "así como la neurosis se verifica en el síntoma reprimido, la psicosis requiere delimitar un fenómeno mínimo donde se haga patente la forclusión" (p. 63).

Bajo esta perspectiva, el fenómeno elemental es el modo en que se manifiesta, en lo Real, aquello que no ha sido simbolizado. Constituye la forma privilegiada del retorno de lo forcluido, confrontando al sujeto con irrupciones de significantes que no logran inscribirse en la cadena (Lacan, 1955-1956/1984). Por ello, su valor diagnóstico es preciso: basta su presencia para dar cuenta de la estructura.

Este concepto encuentra su antecedente en el automatismo mental De Clérambault. Según retoma Millas (2015), se trata de fenómenos caracterizados por su cualidad mecánica, automática y ajena a la voluntad del sujeto, quien los padece en una posición de pasividad. En ellos, el sujeto no es agente sino soporte de una experiencia que se le impone. No obstante, el aporte decisivo de Lacan (1957-1958) consiste en desplazar la descripción mecánica de la psiquiatría clásica hacia la estructura del lenguaje, distinguiendo dos modalidades: los fenómenos de código y los de mensaje.

1. Fenómenos de código: Son irrupciones que introducen un "neocódigo" para el sujeto. Se presentan como alucinaciones verbales o neologismos que no remiten al sentido compartido. Tendlarz (2009) los asocia a estribillos o "monsergas": significantes que se repiten monótonamente, evidenciando una falla en la articulación del sentido

2. Fenómenos de mensaje: Remiten a lo que Lacan denomina la "cadena rota". Son enunciados que se interrumpen en puntos estructurales, dejando la significación en suspenso (ej. "Ahora voy a...") (Lacan, 1957-1958).

Lo que estas irrupciones ponen en juego es la autonomía del significante respecto del significado. Como subrayan Mazzuca y Schjetman (2012), el fenómeno elemental no debe ser "comprendido" o descifrado, sino leído como una manifestación directa de la estructura: allí,

la estructura está a nivel del fenómeno (p. 103). En este punto, el lenguaje deja de ser un instrumento y se revela como aquello que determina al sujeto: el sujeto es, literalmente, hablado.

Consecuentemente, esta irrupción no se limita al orden del significante, sino que compromete la dimensión del goce. Los fenómenos elementales evidencian un goce no regulado que invade al sujeto sin mediación simbólica. Siguiendo a Miller (1997), estas manifestaciones pueden ordenarse en tres registros: el automatismo mental (voces), los fenómenos corporales (fragmentación o extrañeza) y los fenómenos de sentido, caracterizados por una certeza absoluta.

Este último punto es esencial, ya que lo que caracteriza al fenómeno no es solo su irrupción, sino la posición del sujeto frente a él, particularmente en términos de certeza. La iniciativa viene de un Otro que "quiere significar algo" (Lacan, 1955), produciendo una certeza no dialéctica que no admite dudas. Es precisamente frente a esta invasión que adquiere relevancia la función del delirio. Retomando la tesis freudiana, Lacan (1955-1956/1984) sostiene que el delirio no es la enfermedad, sino una "tentativa de restitución" (p. 110).

En esta perspectiva, el delirio opera como una suplencia frente a la forclusión del Nombre del Padre (Lacan, 1958/2009). Al introducir una organización allí donde la metáfora paterna falló, el delirio funciona como un "autotratamiento" (Miller, 2005) o una invención singular que busca estabilizar la relación con el Otro y con el goce. Como advierte Maleval (2002) la forclusión no debe leerse como déficit, sino en relación con estas formas de reorganización subjetiva frente a esta irrupción de lo real

En suma, los fenómenos elementales constituyen una vía privilegiada para el abordaje de la psicosis, en tanto permiten captar la estructura en lo observable. Su valor no es meramente clasificatorio, sino orientador para la práctica: más que ser eliminados como síntomas médicos, estos fenómenos deben ser considerados puntos de anclaje. No se trata de

comprenderlos en términos empáticos, sino de leer en ellos la lógica singular del sujeto. A partir de ellos, el sujeto intenta producir una invención que le permita tramitar aquello que, desde lo real, irrumpe sin velo.

Invención psicótica

En el último período de la enseñanza de Jacques Lacan, particularmente en su escrito *L'étourdit*, se introduce un desplazamiento fundamental en la conceptualización de la psicosis que resulta decisiva para la noción de invención. Allí, Lacan (2001) propone el neologismo "Atolondradicho" (*l'étourdit*), término que condensa la compleja articulación entre el decir y el dicho, subrayando que el sujeto no posee una exterioridad respecto al lenguaje, sino que es un efecto de este. En este marco teórico, se pone de relieve que no existe un sentido último garantizado por el Otro, lo cual confronta al sujeto con un agujero estructural en el saber.

Esto resulta importante, ya que implica un corrimiento respecto de una concepción centrada exclusivamente en la falta o el déficit. En efecto, si la forclusión del Nombre del Padre deja al sujeto sin la mediación simbólica necesaria para ordenar el campo del significante y del goce, éste queda expuesto a la irrupción de un goce no regulado. Se trata entonces, para el sujeto psicótico, de encontrar recursos que le permitan operar una regulación de ese exceso a través de diversas vías, como producciones, inhibiciones, rutinas o elaboraciones delirantes, que funcionen como suplencias frente a dicha falla estructural.

En este sentido, la construcción de una suplencia permite ubicar y moderar el goce invasor, constituyéndose como un intento de estabilización que no elimina el fenómeno, sino que introduce un modo singular de tratamiento. Así, la metáfora delirante se presenta como una de sus formas privilegiadas, en tanto logra dar una significación a lo inefable de lo real (Laurent, 2009).

Ahora bien, a partir de la pluralización de los Nombres del Padre, esta operatoria puede pensarse ya no en referencia a una ley simbólica universal, sino en relación con la ley

singular que cada sujeto encuentra en su *sínthoma*, en la medida en que este anuda el goce con el sentido. Desde esta perspectiva, el Nombre del Padre deja de concebirse como un universal a restaurar, para situarse como una invención propia de cada cual; de allí que su forclusión no implique la necesidad de reparar una ley general, sino que habilite la posibilidad de construcciones homólogas que, prescindiendo de aquel, operan igualmente como soportes de la estructura (Maleval, 2002).

Es precisamente en este punto donde cobra relevancia la noción de invención psicótica como respuesta subjetiva. Mediante la suplencia, el sujeto responde a la forclusión, pero es a través de la invención como elabora de modo singular esa solución. Frente a aquello que irrumpe sin mediación, el sujeto se ve empujado a poner en juego diversos arreglos que le permitan "hacer con" ese goce que lo invade (Miller, 2008).

Por lo tanto, la invención no designa una creación arbitraria o azarosa, sino un conjunto de operaciones orientadas a producir un tratamiento de lo real. Tomando los desarrollos de Maleval (2002), quien sostiene que en la clínica de la psicosis “no hay que restaurar un universal” (p. 98); se puede afirmar que el sujeto no repara un daño, sino que inventa una salida, y esa invención es la que logra adquirir estatuto de suplencia en la economía subjetiva.

Jacques-Alain Miller (2007) formaliza esta noción de invención para dar cuenta de estos modos de funcionamiento propios de la psicosis. A diferencia del sujeto neurótico, que dispone del sostén del discurso establecido y de las soluciones "listas para usar" que el lazo social ofrece, el sujeto psicótico debe arreglárselas sin ese auxilio. Tal como señala Miller (2007), aquello de lo que el neurótico dispone es una solución fija, pero a menudo pobre, que simplemente le permite tener un cuerpo y hacer un lazo con el otro; en cambio, el psicótico debe producir una solución a medida.

Para sustentarlo, Miller retoma una formulación de Lacan en su Seminario 3, donde afirma que el sujeto psicótico mantiene una relación directa con el lenguaje en su aspecto de significante puro, y que “todo lo que ha construido allí no es más que reacciones de afecto al fenómeno primero, la relación al lenguaje” (Lacan, 1955-1956/1984, p. 284). Existe, por tanto, una continuidad entre lo que Lacan denomina “construcción” y lo que Miller formaliza como invención: ambas son respuestas frente al carácter traumático del significante que irrumpe sin velo.

Además, Miller (2007) distingue diversos modos de invención según el registro en el que el sujeto logre operar un arreglo frente al goce. Ubica, por un lado, invenciones que se apoyan en la identificación, permitiendo al sujeto sostenerse en una referencia imaginaria o simbólica (el "como si"); por otro lado, menciona invenciones que conciernen a la función del órgano, donde el cuerpo mismo es tomado como soporte del tratamiento del goce. Asimismo, incluye las invenciones ligadas al lenguaje, que abarcan las construcciones delirantes como producciones de sentido singulares, distinguiéndose de los discursos establecidos. Ya sean modalidades esquizofrénicas o paranoicas, estas diversas formas de invención dan cuenta de cómo el sujeto, sin el auxilio de la norma universal, produce soluciones artesanales que le permiten habitar un mundo que, de otro modo, resultaría inasimilable.

En la medida en que el Otro ya no garantiza un sentido último ni universal, el acento ya no recae únicamente en el sujeto como efecto del significante, sino en su capacidad de "hacer algo" con aquello que lo determina (Miller, 2007). De este modo, la invención se vincula con un saber-hacer singular frente al traumatismo del lenguaje; el sujeto psicótico se ve empujado a instrumentalizar elementos de la lengua para tratar lo que irrumpe sin ley. Así, la diferencia subjetiva no se sitúa solamente en estar determinado por el lenguaje (condición común a todo ser hablante), sino en el modo en que cada sujeto logra servirse de él, pudiendo

transitar de la posición de ser "hablado" por el significante a hacer del lenguaje un instrumento propio y estabilizador (Miller, 2007).

Sin embargo, resulta necesario precisar que la noción de invención no recubre la totalidad de los fenómenos en la psicosis. Tal como advierte Miller (2007), junto a las invenciones coexisten manifestaciones que corresponden al registro de la no-invención, donde el sujeto queda fijado al traumatismo del lenguaje sin capacidad de producir un arreglo singular. Se trata de estados de desamparo subjetivo donde la incidencia del significante se presenta de manera cruda y el sujeto no logra operar una transformación de ese real.

En esta línea, la invención no debe ser idealizada como una solución total o definitiva, sino como una respuesta siempre parcial. Como señala Husni (2020), todo invento comporta una fisura en la medida en que se inscribe en la imposibilidad estructural señalada por el axioma lacaniano "no hay relación sexual". Si bien toda solución será necesariamente incompleta y fallada en algún punto, ciertos inventos logran que "la cosa marche", habilitando un funcionamiento vital y la posibilidad de una satisfacción inédita.

Por su parte Éric Laurent (2009) expresa que en la clínica contemporánea, estas suplencias e invenciones adquieren un valor clínico fundamental en tanto posibilitan arreglos que no se reducen a lo discursivo, sino que pueden adoptar formas corporales, artísticas o vinculares. Su eficacia no radica en la adecuación a una norma o ideal de salud, sino en su capacidad para estabilizar al sujeto.

Es aquí donde se vuelve imperativo diferenciar la invención del síntoma en sentido clásico: mientras el síntoma neurótico está estructurado por la represión y es susceptible de interpretación, la invención psicótica es una construcción para arreglárselas con un real no simbolizado. Como se desarrolla en las referencias analítica actuales, no se trata de eliminar dichas producciones por considerarlas "patológicas", sino de reconocer su función de consistencia allí donde la estructura presenta una falla (Miller, 2007). Este enfoque es

fundamental para pensar intervenciones que no se dirijan a la supresión del fenómeno, sino a su lectura como tratamiento de aquello que invade.

En síntesis, la noción de invención permite situar en la psicosis no solo los efectos devastadores de la forclusión, sino también las respuestas singulares que el sujeto produce frente a ella. El interés clínico, por tanto, radica en acompañar aquello que hace posible que "la cosa marche" para ese sujeto, respetando la singularidad de una solución que, aunque fallada, es la que le permite sostenerse en la existencia (Miller, 2007).

Si bien el presente trabajo se asienta sobre las bases de la clínica estructural y el mecanismo de la forclusión, propios de la primera enseñanza de Lacan (1957-1958/2002), se opta por el término invención en lugar de limitarse al de metáfora delirante, por una razón de precisión clínica e institucional. Mientras que la metáfora delirante describe un modo específico de suplencia orientado a restituir una significación fálica (Lacan,1957-1958/2002), el concepto de invención (desprendido de la última enseñanza de Lacan (1975-1976/2006) y retomado por la clínica actual) permite alojar una variedad más amplia de arreglos subjetivos y soluciones singulares que no necesariamente se organizan a partir del ordenamiento fálico tradicional (Miller, 2008).

En la práctica clínica, se observa que no todo sujeto psicótico logra la construcción de un delirio sistematizado que opere como metáfora. Por lo tanto, hablar de invención permite reconocer soluciones más discretas, fragmentarias o "artesanales" (Miller, 2007) que, aunque no alcancen la estatura de una metáfora delirante, cumplen la función vital de estabilizar el goce y permitir el lazo social. Así, la invención se incluye aquí como el nombre de la respuesta singular del sujeto para "hacer con" la forclusión allí donde los discursos universales fallan.

Caso Joyce

En su enseñanza, Jacques Lacan utiliza el término francés *épater*, entendido como el padre que impacta. En su *Seminario 19 (El saber del psicoanalista)* formaliza esta idea, hay una crisis, es un hecho, no es para nada falso, el é-Pater no nos épate más. Esa es la única función verdaderamente decisiva del padre...» (Lacan, 1971-1972).

En este mismo seminario, plantea que la única función decisiva del padre es la del "épater". Ubicando en este término la "indelicadeza del padre", del padre real. Se trata de la distancia entre el padre real y el Nombre-del-Padre, necesaria para que, en esa falla, se posibilite la neurosis. Ese padre que falla, es lo que permite la inscripción en el campo del lenguaje (Zlotnik, 2009). Por el contrario, cuando dicha distancia no existe, y el padre no funciona como representante de la ley, sino más bien como La ley misma, es cuando se aborda el terreno de la psicosis.

Zlotnik (2009) toma a Lacan en el *Seminario 22* (1975), diferencia al padre simbólico que encarna la función. Una cosa es el padre tanto operador simbólico y otra, es el padre que encarna la función, nunca se equipara uno con el otro. Al respecto, sostiene "Es bueno que el padre tenga fallas, porque, si no tiene fallas y se equipara con Dios, corremos el riesgo de encontrarnos como un padre como del Schreber" (Zlotnik, 2009, p. 170). De este modo, el goce del padre, aquello vivo y singular, es precisamente lo que impide que el padre coincida plenamente con el Nombre-del-Padre.

Ante este panorama, retomando a Lacan en el *Seminario 23* (1975), a través del caso de James Joyce, se bordean distintas posibilidades clínicas. Teniendo en cuenta que Freud había propuesto la metáfora delirante como una forma de estabilización de la estructura, Lacan advierte que esta solución en algunos sujetos, puede dejarlos sin lazo social.

Por ello Zlotnik (2009) rescata através de este caso, la importancia de no orientar todo abordaje de la psicosis hacia un delirio, sino avanzar hacia un "saber-hacer", del cual el sujeto

puede servirse. “Cuando falta el significante rector (el Nombre-del-Padre) y se produce un agujero en la estructura, el sujeto a menudo experimenta una irrupción de lo real (delirios o alucinaciones). El saber hacer es la respuesta inventiva del sujeto para tejer un orden nuevo que le otorgue consistencia y evite el desencadenamiento” (Miller, 2006).

No se busca establecer una jerarquía que priorice el saber hacer sobre la metáfora delirante, lo que aquí se pone en juego son los diversos arreglos ante la diversidad de psicosis. La metáfora delirante se presenta como un arreglo factible principalmente en la paranoia y la parafrenia. Sin embargo, en los terrenos de la melancolía y la manía, la clínica se orienta hacia el dicho *saber hacer*, dado que la ausencia de lo simbólico impide el arreglo a través de la metáfora delirante. Al respecto, Daniel Millas (2014) argumenta:

> Ocuparnos de la psicosis ordinaria no implica solamente ahondar en un problema clínico determinado, sino extraer las consecuencias que se desprenden de la última enseñanza de Lacan, respecto a una orientación por el síntoma en su función de abrochamiento. Se trata entonces de una perspectiva pragmática que no hace del delirio la vía única y necesaria para una estabilización. (p. 158)

Este *saber hacer* se apoya sobre el plano imaginario y se ampara en las identificaciones que permite suplir la falla en la función del Nombre del Padre, lo que explica una posible fragilidad en estos arreglos (Millas, 2014). Joyce no recurre a la metáfora delirante; su compensación se anuda desde el síntoma, haciendo uso de la escritura para ello. Es precisamente ahí que se puede situar el trabajo de las estabilizaciones en la psicosis ordinaria.

Es en relación con este *saber-hacer* que Lacan introduce el concepto de *sinthome*, entendido como un modo singular de tratamiento de goce. Es el síntoma goce del cual el psicótico se identifica y puede encontrar este saber hacer, que sea contingente y moldeable, plástico, a lo que se le presente en la vida. Lacan introduce la idea de que es posible un

"saber-hacer sinthomático". De acuerdo con Lacan (2006), el *sinthome* opera como una invención artesanal o un cuarto lazo que viene a suplir la debilidad o la falla del Nombre del Padre, permitiendo que el sujeto psicótico mantenga una amarra o anudamiento singular entre las dimensiones de lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario.

En la última enseñanza de Lacan, este cuarto lazo, adquiere una función de anudamiento, es decir, de hacer lazo (Zlotnik, 2009, p. 171). En el caso de Joyce, aquello que falta es precisamente el cuarto elemento en tanto padre que nombra, por lo cual el sujeto debe producir una suplencia de esa función ausente. Ese cuarto que sostiene y mantiene compensado el nudo, constituye la reparación misma del anudamiento: el *sinthome*.

Joyce, realiza a través de la escritura, una publicación de su obra, la cual además de permitirle hacer lazo, obtiene reconocimiento, una identificación, es decir, un saber hacer que le otorga nombre y valor frente al Otro. Tal como señala Zlotnik (2009) “ante la Verwerfung, que supone la carencia de un padre en tanto que nomina, él con la publicación se hace un nombre, pasa a ser Joyce, el artista” (p. 171). De este modo, la escritura aparece como una vía posible de suplencia, evitando quedar fijado exclusivamente al delirio, aun cuando éste **p**ueda tener efectos estabilizadores. Se trata entonces, de un pasaje del goce de la letra, sin enlace con el otro, hacia la construcción de un lazo social. Finalmente, Zlotnik (2009) propone la siguiente secuencia para pensar el caso Joyce y por lo tanto servirse de esas coordenadas para la clínica contemporánea:

> Aquello que en la neurosis aparece como síntoma a descifrar, en la psicosis se presenta como significante en lo real o palabra impuesta; el síntoma-goce constituye el tratamiento que Joyce realiza del fenómeno psicótico a través de la escritura; y, finalmente, el Ego funciona como *sinthome*, permitiéndole hacer lazo mediante la publicación y “hacerse un nombre (p. 171).

La transferencia en la psicosis

Lacan (1951) en *Intervención sobre la transferencia*, describe la transferencia en términos dialécticos. Expresa que el sujeto se constituye por un discurso y la experiencia psicoanalítica se desarrolla entre sujeto y sujeto, donde la mera presencia del analista aporta la dimensión del diálogo. De este modo, "el psicoanálisis es una experiencia dialéctica, y esta noción debe prevalecer cuando se plantea la cuestión de la naturaleza de la transferencia" (p.205).

La transferencia sirve de orientación para el analista, quien debe asumir una posición que apunte hacia la "ortodramatización de la subjetividad del paciente" (Lacan 1951, p.215). Además, Lacan (1960-1961) a partir la concepción de Freud de la transferencia descripta como espontánea, vinculada al pasado y manejable a través de la interpretación, agrega que la misma es "permeable a la acción de la palabra" (p.201). En efecto, el descubrir la transferencia deja al descubierto que la palabra no es inofensiva, sino que produce efectos.

Lacan retoma los intentos de solución freudianos sobre la psicosis logrando despejar algunas contradicciones teóricas (Belucci, 2009). "No sólo afirma Lacan la existencia de una transferencia en las psicosis, la cual sirve precisamente para dar cuenta de su estructura y pensar allí la posición del analista" (Belucci, 2009, p.132).

Además, Fridman (2009) apoyándose en los desarrollos de Soler, cita diciendo que muchas veces en la transferencia, la relación imaginaria del sujeto psicótico con la madre, se sostiene con el analista. Ubicando así al analista como soporte imaginario de la restitución al Otro. Estos tratamientos pueden abarcar tratamientos extensos y que no se vislumbre un final posible.

La conceptualización de la transferencia a partir del Sujeto supuesto Saber, presenta particularidades en la psicosis. Esto se debe a que el psicótico no le supone un saber al analista, no se instala como en la neurosis el "SSP"; sino que se maneja mediante certezas

(Granados, 2017). Por ello Amigone (2019) toma a (Leibson, 2013) para decir que el cimientos de la transferencia en la psicosis es la certeza, que aparece en lo real y que se le impone al sujeto, ya que arma a su alrededor todo el sistema significante, en el cual el analista está incluido.

La metáfora esencial que da al deseo del Otro su significante primordial (el significante fálico no se produce en la psicosis. Por lo tanto, el sujeto instituye en el Otro aquel deseo que no se ha establecido a nivel simbólico (Lacan, 1957-1958).

Zenoni (2021) expresa que la transferencia en la psicosis no es más pasional, emocionada o exagerada que en la neurosis, sino que estructuralmente se trata de una transferencia diferente. Mientras que en la neurosis, el sujeto le supone un saber al Otro, en la psicosis el saber o querer del Otro se impone, como dirigido al sujeto. Por lo tanto, la transferencia está presente en la psicosis, pero supone una inversión estructural del lugar del objeto. Es decir, "El sujeto deviene objeto de un Otro del que escapa, confronta o se defiende produciendo rupturas a nivel del lazo social" (Tejo, 2021, p.186)

Por consecuencia, en la psicosis "el sujeto recibe su mensaje del Otro en forma invertida. La palabra plena, esencial, la palabra comprometida, está fundada en esta estructura" (Lacan, 1955-1956, p.57). Por ello, el sujeto psicótico se ubica como causa primera del interés del Otro: es el Otro quien está inclinado a amarlo o quien le supone ser su objeto."En la psicosis, la transferencia es una puesta en acto, con la diferencia de que la estructura de lo que se pone en acto está invertido" (Zenoni, 2021, p.239).

Maniobra de la transferencia en la psicosis

Ante la particularidad estructural de la psicosis y los efectos de la forclusión del significante del Nombre del Padre, Lacan (1957-1958) introduce una maniobra de transferencia para el trabajo con sujetos psicóticos. En esta perspectiva se puede decir que "la

eficacia de las intervenciones se sostiene en el manejo de la transferencia" (González, 2016, p.314).

Cuando se habla de "maniobra de la transferencia" se entiende que la estructura de la transferencia en la psicosis requiere una modalidad de presencia o intervención (por parte del analista) distinta a la respuesta que se da en la transferencia en la neurosis. En este sentido, Lacan utiliza el concepto de "maniobra" únicamente en el contexto de la psicosis (Zenoni, 2021).

Debido a que "la transferencia es un fenómeno que incluye juntos al sujeto y al psicoanalista" (Lacan, 1964, p. 239), la maniobra de la transferencia es un efecto producto de esa situación analítica y pone de manifiesto la existencia del inconsciente y el trabajo analítico efectuado entre ambos sujetos (Granados, 2017).

En la psicosis, la dirección de la cura fomenta el soporte de un real desencadenado, a través de la invención o construcción del sujeto psicótico (Fridman, 2009, p.203). De esta manera, algunas maniobras del analista tienen la función de acotar el goce, en función de la Ley paterna (Amigone, 2019). Es lo que Soler (1992) denomina como "orientación del goce".

Desde la perspectiva de Granados (2017), la dirección de la cura y el manejo de la transferencia deben apuntar a obstaculizar el intento del sujeto por completar al Otro. Esta maniobra introduce un vacío indispensable para que el paciente invente un modo de responder a la falla estructural en lo simbólico, promoviendo así un mecanismo de suplencia que actúe allí donde el significante del Nombre del Padre se encuentra ausente.

Zenoni plantea que "la maniobra del terapeuta se tiene que ordenar teniendo en cuenta esta diferencia de localización del objeto de la transferencia" (p. 294), es decir que la estructura de la transferencia con la psicosis demanda una inversión del lugar de objeto.

El concepto de maniobra de la transferencia tiene que tener en cuenta dicha inversión de la relación libidinal al Otro. Por lo tanto, el analista debe apartarse de la intención de agradar o de ser simpático, con la pretensión de desinflar al Otro del sujeto (Zenoni, 2021).

La maniobra transferencial en la psicosis supone también un trabajo específico con la palabra, evitar el sobreentendido, las alusiones y aquello que queda implícito. En otras palabras, se trata de desligar el "más allá" de lo efectivamente dicho. Esto conlleva dejar de lado las interpretaciones orientadas a revelar una supuesta verdad del sujeto, renunciando así a toda referencia a una lógica de la "comprensión" (Zenoni, 2021).

En este sentido, Zenoni (2021) sostiene que el registro del "sentido" remite a una dimensión ilimitada, lo que en la psicosis puede adquirir un carácter amenazante. Por ello, la maniobra de la transferencia está orientada a intentar apaciguar aquellas intervenciones centradas en "buscar sentido" o en "poner en palabras" de manera insistente.

Posición del analista en la psicosis

La dirección de la cura en la psicosis, se podría decir que es al revés del abordaje en el tratamiento de la neurosis. Mientras que, en este último, se apunta a despojar al yo de las identificaciones imaginarias o significantes sintomáticos, en la psicosis este horizonte puede desarmar el trabajo que hace el sujeto con respecto a lo real. Por lo tanto, la posición que adopte el analista, debe ser diferente en cada estructura (Fridman, 2009).

Lacan (1955-1956) a partir del estudio de la condición estructural en la psicosis, propone que el analista adopte la posición de secretario del alienado. "Aparentemente nos contentaremos con hacer de secretarios del alienado" (p.296). Además, el analista no solo debe ser el secretario del psicótico, sino que también, debe tomar su relato al pie de la letra (lo cual siempre se trató de evitar), es decir escuchar al sujeto.

No trata de fomentar una función pasiva, sino de una función de escucha y ordenamiento, que opera en relación con aquello que no se produce en la estructura. Es decir,

el secretario registra aquello que no se encuentra simbolizado en la estructura del sujeto psicótico, con la prudencia de no ubicarse en el lugar de perseguidor ni perseguido, así como tampoco validar de manera absoluta el delirio. Escuchar la trama delirante, de este modo, implica habilitar un espacio para la invención del sujeto y la enunciación. En otras palabras, crear un espacio donde "eso" pueda ser dicho y escuchado (Fridman, 2009).

Cuando el analista adopta la posición de secretario-testigo-asistente y deja entre paréntesis su deseo personal, el sujeto puede dirigirse a él sin percibir una "segunda intención". De esta manera puede emerger otra transferencia del lado del sujeto, en donde la dimensión de aquello que convoca al analista como "respuesta de lo real" se encuentre ausente o disminuida (Zenoni, 2021).

La posición del analista en tanto semejante permite instituir algún soporte imaginario. Se espera de que el analista no afirme ni desmiente los delirios y alucinaciones del sujeto, funcionando así como un límite frente al goce invasivo del Otro. A partir de este vaciamiento del goce, es donde se posibilita establecer un lazo. Así, la charla adquiere un lugar privilegiado en la situación transferencial (Belucci, 2014).

Por ello, cada intervención del analista debe orientarse desde una posición capaz de alojar al sujeto, evitando tanto validar como rechazar aquello que expresa (Amigone, 2019). "En el campo de las neurosis, el instrumento principal es la interpretación; y en el campo de la psicosis, la construcción" (p.14). En consecuencia, Soler (1992) expresa que "solo se interpreta el goce reprimido" (p.9).

En este sentido, Lacan plantea que el psicótico puede pensarse como un "mártir del inconsciente", entendiendo el término mártir en su acepción de testigo. A diferencia del neurótico, cuyo testimonio acerca del inconsciente se presenta de manera velada y requiere ser descifrado, el psicótico aparece como un testigo abierto. Sin embargo, esta posición lo

deja fijado e imposibilitado de restituir plenamente el sentido de aquello de lo que testimonia y de compartirlo dentro del discurso común (Lacan, 1955-1956, p. 190).

No obstante, una posición analítica que responda afirmativamente a todo conduce nuevamente a una escucha impotente. Chamorro (2004) sostiene que existe un "no" que orienta la posición del analista: aunque se acompañe al sujeto en el desarrollo de su discurso y se sostenga algo de su certeza, resulta necesario intervenir sobre aquello que funciona como elemento descompensador de dicha certeza. De este modo, la orientación clínica apunta a discernir al sujeto en su decir (Chamorro, 2004, p. 15)

Por ello, el "no" del analista no debe entenderse como una forma de sometimiento, sino como una operación que introduce un límite frente a la irrupción del goce, posibilitando así modalidades de goce menos invasoras (Fridman, 2009).

EL ABORDAJE INSTITUCIONAL DE LA PSICOSIS

La institución

El término institución designa una amplia gama de dispositivos y configuraciones inscriptas en distintos discursos sociales, entre ellos el médico, jurídico, político y asistencial. En el campo de la salud mental, esta heterogeneidad se expresa en la existencia de hospitales psiquiátricos, hospitales de día, centros de salud mental y diversos dispositivos de tratamiento, seguimiento, alojamiento y asistencia. En términos de Gil Caroz (2017), la institución constituye una de las formas que "da cuerpo al Otro" (p. 85). Más allá de sus diferencias organizativas, puede comprenderse como una modalidad de organización del lazo social que regula prácticas, saberes y modos de intervención sobre los sujetos. En síntesis, la autora sostiene que todo aquello que participa en la regulación del goce puede ser considerado institución (Caroz, 2017).

Desde esta perspectiva, la institución no constituye únicamente un espacio físico, sino también una estructura atravesada por discursos que ordenan formas de funcionamiento,

posiciones subjetivas y modos de tratamiento. Así, Caroz (2017) señala que la institución remite tanto a una "cosa establecida" como a una lógica de organización sostenida por determinados ideales, normas, protocolos, es el marco rígido y estandarizado. En el ámbito contemporáneo de la salud mental, estas formas institucionales suelen encontrarse fuertemente orientadas por el discurso de la ciencia y por una tendencia a la universalización de las prácticas clínicas.

Guy Briole (2004) advierte, por su parte, que, en el horizonte actual de la psiquiatría, predomina una lógica orientada hacia la reducción de la subjetividad a categorías diagnósticas y procedimientos estandarizados. Esto quiere decir que el acto médico se dirige fundamentalmente al organismo biológico, dejando en segundo plano aquello singular del sujeto que irrumpe por fuera de las coordenadas del ideal científico. Siendo este el marco donde el psicoanálisis subvierte para no anular la singularidad del sujeto (Caroz, 2017). Mientras que "la solución Lacan" no se establece desde un lugar, sino más bien parte de hacer existir el psicoanálisis por medio de una lógica, como vía de acceso a un real, poniendo énfasis en que el psicoanálisis es un discurso totalmente centrado en un "no hay", un real sin ley (Belaga, 2015, p. 14).

Esta tendencia puede pensarse también en relación con lo planteado por Jacques-Alain Miller y Jean-Claude Milner (2004) en *¿Desea usted ser evaluado?*, donde los autores cuestionan la expansión de una lógica de evaluación generalizada sostenida sobre protocolos y criterios homogéneos aplicados al campo educativo y psicológico. Lo que allí se pone en juego es el rechazo de aquello que no resulta cuantificable ni universalizable: lo singular y lo inconsciente. Esta lógica produce efectos clínicos concretos sobre los sujetos, especialmente cuando el síntoma es reducido a una alteración a corregir. En este punto, Jean Robert Rabanel (2017) advierte que "los síntomas no son meras ficciones, cumplen una función real" (p. 12).

Estas formas de organización institucional pueden articularse con lo que Jacques Lacan (1969-1970/2007) formaliza como discurso del Amo. Retomando esta formulación, Alicia Ruth Álvarez (2023) sostiene que dicho discurso se organiza alrededor de un imperativo de funcionamiento: “que la cosa funcione” (p. 93). El interés del Amo no se orienta hacia el saber singular del sujeto, sino hacia la eficacia y la totalización del saber, característica que atraviesa numerosas prácticas políticas e institucionales. En consecuencia, las instituciones tienden a sostener ideales orientados a reducir las diferencias subjetivas bajo criterios comunes de adaptación.

Sin embargo, la clínica de la psicosis introduce un límite a estas lógicas universalizantes. Como señala Briole (2004), el psicoanálisis puede organizar su respuesta a partir de aquello que el propio sujeto opone a ser reducido a las categorías contemporáneas de clasificación y tratamiento. Allí donde el discurso institucional intenta operar desde una lógica del “para todos”, la singularidad del síntoma y las modalidades particulares de sufrimiento de cada sujeto ponen en evidencia aquello que excede toda estandarización posible.

Gil Caroz (2017) en consonancia, propone que por ello el psicoanálisis no aplica dogmas ni manuales, si no que se desarrolla inventado soluciones caso por caso, y utiliza la institución como un entorno donde el sujeto puede desplegar su palabra, poniendo énfasis en que el saber hacer del analista debe ser no es un saber establecido. Si el practicante se somete ciegamente a esta "cosa establecida", la institución se vuelve un dispositivo de normalización que intenta encajar a todos los pacientes en un mismo molde.

Es precisamente en esta tensión entre las exigencias de higienismo sintomático y la dimensión irreductiblemente singular del sujeto donde el psicoanálisis intenta hacerse un lugar dentro de la institución. Es por ello que se plantea el aporte psicoanalítico, el cual se

consolidó como un discurso orientado a resguardar la subjetividad frente a las lógicas universalizantes regidas por el razonamiento científico (Rabanel, 2017)

La institución desde la perspectiva psicoanalítica

Gil Caroz (2017) retoma la definición de la Real Academia Española para abordar el concepto de institución. La autora señala que instituir implica establecer algo nuevo, dar principio a una cosa, así como también determinar y resolver. A partir de ello, encuentra una equivalencia entre esta definición y el acto analítico. En sus términos, "cada vez que se produce el acto analítico se instituye el discurso analítico como tal, del cual depende, por supuesto, la institución del sujeto, del ser hablante" (Caroz, 2017, p. 81).

Por lo tanto, "el psicoanálisis debe ser considerado como la ciencia de lo singular" (Coccoz, 2014). En la ciencia tradicional, un experimento debe ser reproducible, creando leyes universales, el psicoanálisis agujerea esta certeza, demostrando que los métodos y conceptos teóricos no son manuales de instrucciones, sino herramientas que están para descubrir la lógica del síntoma en el caso por caso. Lacan en su escrito "La ciencia y la verdad" (1975/2002*)* marca las relaciones del psicoanálisis con la ciencia y señala que el sujeto del psicoanálisis, es justamente, el sujeto que la ciencia rechaza.

Retomando la concepción de la institución como reguladora del goce (Caroz, 2017), resulta pertinente recuperar lo planteado por Lacan (2012) en "Alocución sobre las psicosis del niño", incluido en *Otros escritos*. Allí, el autor señala que el goce presenta una doble dimensión: por un lado, aquello que puede ser limitado y regulado; por otro, aquello que insiste de manera repetitiva. Desde esta perspectiva, la institución no solo puede pensarse como aquello que "da cuerpo al Otro", sino también como una modalidad de lazo social, es decir, como un discurso en sentido lacaniano.

En relación con esto, Guillermo Belaga (2002) plantea que la institución, entendida como escenario de lo instituido, constituye un ámbito en el que el psicoanálisis puede hacerse

lugar aun cuando se encuentre atravesado por normas, ideales y modalidades de funcionamiento propias de los discursos dominantes. Para el autor, la clave radica en "hacer existir el psicoanálisis" en los hospitales, los dispositivos clínicos y el campo comunitario. Esto no significa adaptarse dócilmente a los reglamentos burocráticos, sino servirse de ellos como un marco para alojar a los sujetos. Se trata, en definitiva, de operar desde las grietas de dicho sistema, introduciendo una escucha analítica frente a aquellos discursos hegemónicos que tienden a segregar la singularidad del padecimiento.

Por otra parte, cada institución puede pensarse como un fenómeno discursivo. Alber (2019) toma a Miller para explicarlo:

> Cada discurso es un orden. La eficacia del discurso tiene que ver con un cierto automatismo, un ordenamiento. El discurso tiene la capacidad de distribuir una serie de acciones, funciones, series, circuitos, lugares y concatenaciones que se repiten. Lo que se ordena es la relación del sujeto con el sentido. El discurso cumple una función de ordenamiento ante el vacío de significación constitutivo de la estructura del lenguaje. (p.71)

Siguiendo esta idea, Éric Laurent (1992) en su trabajo *"Institución del fantasma, fantasmas de la institución"*, propone pensar el lugar del analista dentro de la institución y cuestiona la idea de un psicoanálisis reducido exclusivamente al ámbito privado del consultorio. Para el autor, el psicoanálisis constituye una práctica con efectos posibles en el trabajo institucional. Esto supone introducir una práctica responsable, sostenida en principios teóricos y éticos, que permitan a los sujetos un encuentro con su propia subjetividad.

Desde esta orientación, la singularidad no atraviesa únicamente a los pacientes, sino también a los profesionales y a la propia institución. De esta manera, quedan cuestionados los ideales y métodos universales que suelen orientar las prácticas institucionales (Belaga, 2002). Frente a esto, Caroz (2017) propone que el saber hacer del analista debe ser "cualquier cosa

menos un saber establecido" (p. 153). Esta advertencia desplaza al profesional del lugar del experto que aplica tratamientos estandarizados, permitiendo así sostener una falta en el saber.

Por otro lado, la inserción del psicoanálisis en la institución no consiste en imponer un nuevo saber amo ni en sustituir una normativa por otra. El analista no debe ubicarse como aquel que aporta un saber técnico superior, sino como alguien que se suma a las especialidades existentes. Esto permite que cada discurso se sostenga sobre su propia base y habilita, consecuentemente, un lugar para lo singular (Laurent, 1992).

Al respecto, resulta fundamental el aporte posterior de Laurent (2009), quien, al retomar los desarrollos de Miller sobre la política lacaniana, plantea la posibilidad de construir espacios donde el sujeto pueda encontrarse con su historia y con la relación singular que mantiene con los ideales y significantes amos que organizan su vínculo institucional. No se trata, entonces, de colonizar la institución con un nuevo discurso hegemónico, sino de producir allí un lugar para el sujeto y para su responsabilidad respecto del goce. En palabras del autor, se trata de ofrecer "una posibilidad para el sujeto de encarar una responsabilidad, desconocida y nueva, frente a lo que irrumpe" (p. 67).

Desde esta orientación, la tensión entre lo universal y lo singular adquiere un valor central. Tal como recupera Belaga (2002), siguiendo a Laurent, que "hacen falta instituciones que se ocupen de lo singular para darle lugar al inconsciente". Es decir, no se trata simplemente de incluir la clínica del uno por uno dentro de la institución como un complemento técnico, sino de orientar las prácticas institucionales a partir de la premisa de la existencia del inconsciente y de la irreductibilidad de la singularidad subjetiva.

Esta operación implica una subversión de la lógica institucional tradicional. En lugar de sostener ideales normativización o modalidades homogéneas de adaptación, el psicoanálisis apuesta a dar lugar al deseo del sujeto y a las formas particulares de solución que

cada uno construye frente a su padecimiento. De allí que las prácticas orientadas por el psicoanálisis se definan, “sin estándares, pero con principios” (Belaga, 2002).

Asimismo, Laurent (2013) señala que el psicoanálisis debe mantenerse atento a las nuevas formas en que cada época organiza y vive la pulsión, tanto en su vertiente erótica como mortífera. Esta perspectiva permite situar cómo los modos contemporáneos de gestión institucional y sanitaria, cada vez más atravesados por lógicas de control y regulación, producen nuevas modalidades de malestar subjetivo. Como describe Belaga (2015), retomando los desarrollos de Michel Foucault sobre el biopoder, cuanto más se intensifican los procesos de normativización, más retorna aquello traumático y real que no puede ser absorbido por las coordenadas universales del discurso dominante.

Finalmente, Alexander Stevens (2020) profundiza esta orientación al afirmar que una institución analítica debería permitir la existencia, en su interior de “tantas instituciones como sujetos viven en ella”(p. 12). Esto supone dejarse guiar por la realidad psíquica, hecha de lenguaje, más que por criterios exclusivamente sociales, adaptativos, y universales. Desde esta perspectiva, el objetivo no consiste en producir sujetos adaptados a una lógica institucional homogénea, sino en construir un espacio capaz de alojar las invenciones singulares de cada sujeto.

Por ello, se sostiene que el analista no debe situarse como un “capataz” encargado de hacer funcionar la institución, sino como alguien que trastoca los significantes amos institucionales, para poner en evidencia su insuficiencia frente a la singularidad del caso (Stevens, 2020). La articulación clínica caso por caso permite producir este efecto, desplazando el centro desde el Ideal institucional hacia el síntoma y las soluciones subjetivas de cada sujeto.

El psicoanálisis aplicado en la institución

La inserción de la práctica analítica en dispositivos asistenciales y de salud mental se conceptualiza bajo la categoría de psicoanálisis aplicado. Si bien Freud había utilizado inicialmente este término para referirse a la extensión de los hallazgos psicoanalíticos a otros campos del saber, en la orientación lacaniana adquiere una especificidad clínica vinculada a la terapéutica institucional. Al respecto, Jacques-Alain Miller (2001) plantea que el psicoanálisis aplicado "concierne al síntoma" (p. 11), designando aquellas prácticas en las que la dimensión terapéutica ocupa un lugar central sin abandonar, por ello, los principios éticos y clínicos de la disciplina. En este sentido, no se trata de una adaptación técnica del psicoanálisis a los dispositivos asistenciales, sino de una práctica orientada por la ética del discurso analítico que opera por fuera del consultorio privado.

La institución puede convertirse entonces en un dispositivo que aloje al psicoanálisis aplicado, siempre que conserve dicha orientación. Miller (1994) subraya que resulta fundamental establecer con rigor que el psicoanálisis aplicado continúe siendo psicoanálisis. En esta línea, Stevens (2020) advierte que el psicoanálisis aplicado no es una psicoterapia bajo un significante amo, diferenciándose de aquellas prácticas orientadas por ideales de adaptación o normalización. Sin embargo, esto no implica desconocer la presencia del discurso del amo en toda institución. Tal como plantea Caroz (2017), el dispositivo instituido por el psicoanalista tiene la particularidad de dejar vacante el lugar del amo, permitiendo que el sujeto pueda depositar allí sus propios significantes, sin que el practicante se identifique con una posición de saber absoluto.

Ya en 1955, Lacan (1955/2009, p. 312) afirmaba que "el psicoanálisis no es una terapéutica como las demás", precisamente porque no se orienta por ideales universales de curación ni por protocolos estandarizados de intervención. Su especificidad reside en partir de las soluciones subjetivas que cada sujeto construye frente a lo real, considerando el modo singular en que se relaciona con el deseo, el goce y la transferencia. La eficacia analítica no se

mide por la supresión del síntoma o alcanzar un completo estado de bienestar, sino por la posibilidad de construir arreglos menos sufrientes y un nuevo saber hacer con aquello que irrumpe para el sujeto. Por ello, no es tan sencillo definir "qué hacer". No existe una forma totalizadora; el psicoanálisis corresponde a una acción "sin standard" (Belaga, 2015, p. 19). Se trata de hacer ley para cada uno, no bajo la existencia de un universal, un "para todo x" (Belaga, 2015, p. 15).

En contraposición a las respuestas inmediatas promovidas frecuentemente por los dispositivos contemporáneos de salud mental, la orientación expuesta introduce una temporalidad distinta frente al sufrimiento subjetivo. Sotelo (2005) señala que, allí donde predomina la prisa por concluir con la angustia y eliminar rápidamente el malestar, el psicoanálisis propone otorgar un tiempo propicio para la comprensión, un tiempo que posibilita que el sujeto pueda apropiarse de aquello que le acontece y producir alguna elaboración singular respecto de su padecimiento. Complementando así lo referido anteriormente a la intervención, la cual no se dirige exclusivamente a suprimir el síntoma, sino también a crear condiciones para que algo de la experiencia subjetiva pueda ser leído y puesto en juego.

La lógica del caso por caso rige la práctica del psicoanálisis aplicado en la vertiente lacaniana. Miller (1994) explica que esta orientación atiende a la especificidad de cada sujeto, valorando el detalle clínico por encima de los rasgos generalizables. Sumando a ello, Daniel Millas (2014) sostiene que introducir la dimensión del sujeto en el diagnóstico implica encontrarse con un caso "sin regla ni clase preestablecida", donde el síntoma puede funcionar como recurso o suplencia frente a la ley que falta (p. 182). Se quiere explicar como la universalidad de las clasificaciones diagnósticas queda agujereada por la singularidad subjetiva al introducir la dimensión de sujeto en la práctica, como propone el autor, un

abordaje donde no existen recetas idénticas para todos los sujetos, sino una reinvención y un repensar constante de la intervención clínica, con principios del psicoanálisis.

Esta orientación supone también una modificación de la posición clásica del profesional dentro de la institución. Zenoni (1998/2021) mantiene también la postura acerca de que una práctica puede considerarse analítica fuera del dispositivo clásico del análisis, aunque con modificaciones. El autor señala que la práctica institucional confronta frecuentemente al interviniente con fenómenos que exceden a la consulta individual, como el mutismo, la errancia o el pasaje al acto, ampliando la responsabilidad clínica incluso hacia quienes no formulan una demanda explícita. Razón por la cual la dirección de la práctica no se sostiene sobre un saber previamente constituido acerca del sujeto, sino sobre la posibilidad de alojar aquello singular que emerge en la transferencia y en las distintas manifestaciones clínicas.

En este contexto, se puede describir al analista institucional como un interviniente "móvil" y "dúctil", capaz no solo de captar el sentido de los síntomas, sino también de "anudar, desanudar, cortar y dar consistencia" (Gil Caroz, 2017 p. 81); orientando su acto según la lógica singular de cada estructura clínica.

Dicha perspectiva se articula con la enseñanza de Lacan (1975-1976) en su seminario 23 *El Sinthome*, donde desarrolla el concepto de sinthome. Un cuarto término que anuda los tres registros (Real, Simbólico e Imaginario) sueltos en la estructura. "Se trataría de una función que permite la regulación del goce a partir del ordenamiento de la relación entre los registros, más allá de la estructura subjetiva" (Manfredi, 2018, p.454).

Aquello que la nominación no llega a cernir y que la función del padre como Padre del Nombre no pudo producir, facilita la consistencia del sinthome como invención singular del sujeto. El sinthome opera como suplencia del Nombre del padre y sustituye el fracaso de la función Falo, del padre radicalmente carente. (Manfredi, 2018, p. 452)

“Si la psicosis es el fracaso de ese anudamiento de tres registros, produciendo un efecto de intrusión de un registro sobre otro, la suplencia es un remiendo con la firma de su autor” (Ramírez, 2008, p.6). De manera que, si la suplencia tiene éxito, permite una vida más soportable. En este sentido, “el sinthome es lo que "permite vivir" al proporcionar una organización singular del goce” (Evans, 1997, p.181).

Desde estas concepciones, el sínthome pasa a ser considerado como una invención subjetiva y una solución singular frente a lo real (Miller, 1994). “El arte es un saber-hacer. Creo que hay más verdad en el decir, que es el arte, que en un cualquier bla-bla-bla” (Lacan, 1977).

El trabajo clínico en la institución apunta entonces a acompañar e intervenir sobre estas invenciones, favoreciendo la construcción de arreglos que permitan una relación menos invasiva con el goce y con el lazo social. Tal como plantea Caroz (2017), la acción analítica no se orienta por protocolos válidos “para todos”, sino por la lógica singular de cada estructura y por las soluciones que cada sujeto logra construir.

En consonancia con lo anterior, “el tratamiento posible en la psicosis puede pensarse en relación a los diversos modos de hacer con un real, suplencias, siempre singulares, que (forcluida la Ley del Padre) el sujeto produjo o podría producir” (Amigone, 2019, p. 68).

Desde el lugar que incluye al analista en el sinthome, es posible arribar a una invención, un saber-hacer (inédito) con el real que se le impone al sujeto. En este sentido el analista opera en el anudamiento de los tres registros. Puede intervenir de diversos modos “acompañando al sujeto en sus invenciones, como testigo de aquello que lo perturba, apuntando a equivocar algo de la certeza que lo habita, e incluso promoviendo la puesta en acto de su deseo (Pereyra, 2016, p.591).

Es de gran importancia introducir a Belaga (2002) quien recuerda, por otro lado, que el “genio” de la cura no es el analista sino el inconsciente. La práctica institucional orientada

por el psicoanálisis no busca imponer sentidos ni dirigir normativamente la vida de los sujetos, sino sostener las condiciones para que cada uno pueda producir algo nuevo respecto de su padecimiento. Su uso no reside en la imposición de conductas esperables y fines preestablecidos, sino en la posibilidad de que el sujeto construya un saber hacer propio allí donde las soluciones previas resultaban fallidas o generaban sufrimiento.

Desde esta perspectiva, la práctica institucional no puede reducirse a modelos universales de intervención. Como señala Carmen Cuñat (p. 290), no existen "fórmulas o modelos institucionales", sino una orientación ética que obliga a reinventar la práctica en cada caso. La transmisión de la experiencia no implica reproducir dispositivos idénticos, sino sostener una posición clínica capaz de alojar la singularidad y las invenciones subjetivas.

Por su parte, Serge Cottet explica que la institución confronta frecuentemente con "lo más real del síntoma" y con aquello que escapa a cualquier cálculo previo, por lo que el trabajo clínico tiene más que ver con verificar permanentemente los límites que cada situación impone al acto (citado en Cuñat, p. 292). Es así otra mención sobre como la orientación analítica sostiene una práctica abierta a la contingencia y a la invención subjetiva, capaz de alojar y hacer emerger lo singular.

En conclusión, la clínica implica tomar distancia tanto de los ideales o exigencias de normalidad impuestos socialmente, (los cuales confunden un ideal de "salud"), como de las intervenciones que intentan completar al sujeto desde un saber supuesto en el Otro. Por ello se insiste en que la práctica analítica requiere una disposición constante hacia la invención, es decir, una apertura a aquello novedoso e imprevisto que puede producirse en cada recorrido subjetivo (Stevens, 2020).

Así es como la intervención no se sostiene bajo la atribución de sentidos cerrados al padecimiento, sino en la posibilidad de acompañar la emergencia de soluciones singulares (Stevens, 2020). Por ello, el autor advierte que la función del practicante no consiste en

ofrecer al sujeto una identificación o una respuesta ya construida, sino en saber reconocer el valor clínico de ciertos hallazgos y favorecer las condiciones para que puedan suscitarse.

En relación con lo anterior, Laurent (2020) plantea que, especialmente en la clínica de las psicosis, donde muchas veces no opera un significante ordenador estable, resulta necesario construir puntos de apoyo a partir del propio síntoma, distinto a lo pensado tradicionalmente, evitando una práctica orientada por criterios previos acerca de cómo un sujeto debería vivir o arreglárselas con su padecimiento.

Esto no supone validar cualquier invención, sin orientación clínica ni abandonar las intervenciones frente a aquello que precipita sufrimiento o desorganización, sino sostener una posición prudente respecto del saber y de los ideales terapéuticos. Baio (2020.) explica que, en la psicosis, el desorden se localiza del lado del Otro, motivo por el cual la institución no puede presentarse como un lugar de dominio o completud. De allí la importancia de una presencia institucional capaz de introducirse sin volverse invasiva ni totalizante.

Profundizando esta perspectiva, Briole (2004) cuestiona las concepciones de cura centradas exclusivamente en la desaparición de los síntomas más visibles, subrayando que muchas veces lo decisivo pasa por la posibilidad de alcanzar una forma de vida más soportable y una modalidad de lazo social menos mortificante.

Millas (2014) además agrega que estos arreglos suelen ser contingentes y frágiles, aunque justamente allí reside su valor clínico: en tratarse de construcciones singulares que cada sujeto logra producir para hacer frente a aquello que irrumpe.

Las instituciones pueden servirse y aprender de este saber que circula por fuera de las normas. Un saber singular, que está del lado del sujeto y que le permite habitar recorridos posibles. Para que este saber pueda circular, es preciso darle tiempo y también soportar la transferencia, el vacío, el dolor y la angustia en el trabajo. Para ello es necesario un Otro, una institución que pueda localizar y alojar las invenciones del sujeto (Alber, 2019).

Por otra parte, resulta relevante destacar la actitud de cautela que promueven Freud y Lacan en el tratamiento de los psicóticos. Una de las razones principales es que al conducir la cura como si se tratara de un neurótico, se corre el riesgo de desencadenar una psicosis clínica (Maleval, 2002). En este sentido "si hay una palabra capaz de resumir la actitud de los psicoanalistas freudianos de las primeras generaciones respecto a la cura de los psicóticos, ésta sería, sin duda, prudencia" (Maleval, 2002, p. 348).

El discurso del amo y el discurso analítico en la institución

"El modo de hacer institución es, pues, relativo al discurso que lo sustenta; por ello, una orientación antisegregativa resulta fundamental de cara a sostener un trabajo ético" (Alber, 2019, p.72).

En la formalización de los cuatro discursos, Lacan (1969-1970) ubica al discurso del Amo como aquel que introduce una lógica de regulación y ordenamiento. En este discurso, el saber queda puesto al servicio de la eficacia y de la operatividad del sistema, antes que de la verdad singular del sujeto. Retomando el *Seminario XVII* Alicia Ruth Álvarez (2023) señala que el Amo aspira a producir un saber totalizante, lógica que sostiene muchas prácticas institucionales organizadas alrededor de ideales de homogeneización, adaptación y normalización. Desde esta perspectiva, el sufrimiento subjetivo tiende a ser abordado mediante clasificaciones generales y modalidades universales de tratamiento.

Esta lógica adquiere especial relevancia en el campo actual de la salud mental, donde Daniel Millas (2013) advierte que el sufrimiento es frecuentemente capturado por el discurso de la ciencia, transformado en datos clasificables y protocolos de intervención estandarizados. El DSM, por ejemplo, constituye un paradigma de esta operatoria, en tanto el diagnóstico se convierte progresivamente en un procedimiento técnico automatizado que reduce el padecimiento a estas categorías generales, borrando la singularidad subjetiva y la dimensión del acto clínico.

También, Guy Briole (2004) comenta que la psiquiatría contemporánea, orientada por el discurso del Amo, tiende a universalizar el acto médico centrándose exclusivamente en el organismo biológico y ubicando al profesional en el lugar de quien sabe por el paciente. De este modo, el sujeto queda subordinado a las clasificaciones diagnósticas y tratamientos orientados principalmente hacia la adaptación normativa. Jean Robert (2017) agrega que postulados válidos para el campo biológico han sido extendidos de manera autoritaria a las ciencias humanas, produciendo un cientificismo que privilegia lo universal y homogéneo bajo la lógica del "para todos".

Ahora bien, el psicoanálisis no se sitúa por fuera de la institución ni pretende abolir su dimensión normativa, Christiane Alberti (2023) define al discurso del Amo como un dispositivo de dominio que pretende mandar y someter al otro bajo un significante amo que se impone a todos por igual. Todo discurso, señala la autora, comporta una pretensión de dominio, ya sea explícita o implícita. El lugar del Amo se encuentra ocupado por un mandamiento que exige funcionamiento, regulación y obediencia. En este sentido, la institución, en tanto espacio de organización colectiva, requiere necesariamente de ciertas leyes, normas y regulaciones que hagan posible la convivencia y el funcionamiento común.

Sin embargo, Lacan (1969-1970) plantea que el discurso analítico constituye el reverso del discurso del Amo, no como oposición externa, sino como una operación que subvierte la relación del sujeto con el saber totalizante y con los significantes amo. Posteriormente, en el *Seminario XVIII*, Lacan (1971) complejiza esta formulación al indicar que ambos discursos mantienen una relación topológica semejante a la banda de Moebius, donde se puede llegar a entender que no se trata de eliminar uno para instalar otro, sino de servirse de este, para darle lugar al discurso analítico. Es entonces donde Álvarez (2023) retoma esta perspectiva para señalar que el discurso analítico no busca abolir las estructuras o leyes que organizan el lazo social, sino producir otra orientación dentro de la institución.

Desde esta lógica, la introducción del psicoanálisis en la institución no implica eliminar las regulaciones institucionales que dispone el discurso del Amo, sino limitar su pretensión universalizante. Por ello no se trata de borrar la ley, ya que toda institución requiere cierto ordenamiento simbólico para sostener la convivencia y hacer posible el trabajo colectivo, sino de sostener "tantas leyes como sujetos", es decir, una regulación capaz de ajustarse a la singularidad de cada caso (Éric Laurent, 2020)

En este sentido, Daniel Millas (2014) plantea que la regla universal del "para todos" debe dejar lugar a aquello que funciona como ley singular para cada sujeto. Allí el síntoma adquiere valor de suplencia y función estabilizadora, en tanto puede constituirse como una respuesta singular frente a lo real. Apuntando así a favorecer arreglos singulares que hagan más soportable la existencia.

Esto supone una posición ética específica. Alberti (2023) sostiene que el discurso analítico es el único vínculo social que no pretende dominar al sujeto. Por el contrario, introduce un lugar para la palabra singular y para aquello que no puede ser absorbido por los ideales universales. En esta perspectiva, el discurso analítico se sirve de la estructura institucional sin identificarse completamente con ella, utilizando sus dispositivos para abrir un vacío en el saber y sostener la posibilidad de una experiencia subjetiva singular. Como señalan Ordóñez Rodríguez y Moreno Camacho (2018), el psicoanálisis puede "agujerear lo universal para hallar lo singular" (p. 211) desde el interior mismo de la institución.

Alexander Stevens (2020) formaliza este "agujero" al plantear que la función del interviniente en la institución no consiste en ocupar el lugar del especialista poseedor de un saber acabado sobre el sujeto, sino en "horadar" los significantes amo que organizan la lógica institucional, poniendo a la institución del lado del no-saber. Esta operación permite desplazar respuestas estandarizadas y abrir un espacio, una excusa, para que emerja el síntoma singular de cada sujeto.

Por lo tanto, el Amo nunca está ausente de las instituciones, pero el discurso analítico introduce una torsión respecto de su lógica totalizante allí donde el saber institucional resulta insuficiente. Lejos de aspirar a sentidos unívocos o respuestas universales, el discurso analítico reconoce el carácter equívoco de la palabra y aquello imposible de decir que atraviesa toda experiencia subjetiva, haciendo posible un lugar para la singularidad del sujeto dentro de la institución (Caroz, 2017).

Práctica entre varios

La "práctica entre varios", formalizada por Jacques-Alain Miller a partir de una experiencia institucional iniciada en 1974 y desarrollada conceptualmente por Antonio Di Ciaccia (2003), que se ocupa de casos de autismo y psicosis en niños y adolescentes. Puede decirse que es una modalidad de psicoanálisis aplicado. A continuación, se tomarán algunas referencias de dicha práctica para el trabajo con sujetos psicóticos.

"Las prácticas institucionales exponen al psicoanálisis a dos peligros principales: el efecto grupal y la psicoterapia. Es a estos dos peligros que la práctica entre varios [...] trata de responder" (Rabanel, 2023, p.1). Esta advertencia permite situar el problema central que atraviesa la inserción del psicoanálisis en las instituciones: cómo sostener una orientación analítica sin que la práctica quede absorbida ni por las lógicas grupales ni por modalidades psicoeducativas.

En este marco, Alexander Stevens (2020) plantea que "una institución se crea entre la contingencia y la necesidad, entre una serie de encuentros y sus transformaciones efectivas en una práctica" (p.13). Lo que permite pensarla no como una estructura cerrada o rígidamente establecida, sino como un espacio atravesado por los efectos de los encuentros, las contingencias clínicas y las invenciones subjetivas que emergen en la experiencia institucional. Según el autor la práctica se moldea a través de un dispositivo que permita

alojar la singularidad subjetiva, otorgando así especial relevancia la práctica entre varios, en tanto modalidad clínica e institucional orientada por el psicoanálisis.

La práctica entre varios, designa una modalidad específica del psicoanálisis aplicado orientada por la ética y los principios clínicos del psicoanálisis, aunque sin reproducir el dispositivo clásico de la cura analítica. Esta práctica se sostiene en una distinción fundamental entre el psicoanálisis como experiencia analítica (que requiere determinadas condiciones) y el psicoanálisis como saber sobre la estructura, capaz de orientar intervenciones en el campo institucional. Desde esta perspectiva, la institución no se organiza alrededor de la figura de un especialista que sabe sobre el sujeto, sino mediante una lógica de trabajo compartido donde los distintos intervinientes participan de una elaboración clínica colectiva (Di Caccia, 2003)

En este sentido, la práctica entre varios se diferencia tanto de la cura analítica clásica como de las modalidades de psicoterapia institucional centradas exclusivamente en la palabra o en la dinámica grupal. Di Ciaccia (2003) señala que Lacan aportó los instrumentos conceptuales para esta orientación, al distinguir entre el psicoanálisis como dispositivo específico y el psicoanálisis como lectura de la estructura subjetiva.

Guy Briole (2004) retoma esta diferencia para subrayar que aquello con lo que se confronta en las instituciones de salud mental (eclosiones delirantes, retornos invasivos de goce en el cuerpo, fenómenos persecutorios o pasajes al acto) que excede frecuentemente las condiciones de la experiencia analítica clásica y exige modalidades de intervención que no pueden sostenerse únicamente en la interpretación o en la palabra dirigida al sujeto. La práctica entre varios surge así como una respuesta institucional específica frente a lo real.

El punto de partida de esta práctica no se sitúa ni del lado del saber institucional ni del lado de una idea previa de cura, sino del lado del sujeto y de las soluciones singulares que éste construye frente a lo real (Di Ciaccia (2003). La orientación clínica no consiste en aplicar

protocolos homogéneos ni técnicas universales de intervención, sino en localizar las coordenadas particulares que permitan orientar el trabajo en cada caso.

A su vez, Briole (2004) sostiene que el practicante opera, a partir de una lectura de la modalidad singular de sufrimiento, de goce y de lazo social de cada sujeto. La práctica entre varios implica así una clínica que privilegia el hallazgo, la contingencia y la invención subjetiva por sobre los criterios de normativas conductuales.

Esta orientación supone también una reconfiguración de la posición del saber dentro de la institución, así Stevens (2020) plantea que el trabajo analítico consiste en bordear continuamente la institución con tacto y saber-hacer psicoanalítico, introduciendo una dimensión de no-saber que impida la cristalización de identificaciones rígidas o saberes totalizantes.

Di Ciaccia (2003) organiza esta lógica institucional a partir de distintos ejes rectores que funcionan como coordenadas para la práctica. Entre ellos se encuentran el partnership subjetivo, la reunión clínica, la función del responsable terapéutico y la referencia teórico-clínica. El partnership subjetivo implica que cada miembro del equipo vale para el sujeto no por su especialidad profesional, sino por la posición subjetiva y el deseo que sostiene su presencia en el encuentro clínico. La responsabilidad no queda así reducida al ejercicio técnico de una función, sino que compromete la implicación singular de cada interviniente en el trabajo institucional

Estos ejes participan de una misma lógica: producir un descentramiento del saber y evitar que éste quede concentrado en una figura de autoridad. Stevens (2020) también destaca puntos claves que Di Ciaccia señala, que la práctica entre varios se caracteriza por la ausencia de una cura analítica como tal y por la no atribución del lugar de “psicoanalista” dentro de la institución. Siguiendo estos aportes, reafirma que la práctica lejos de organizarse alrededor de un saber jerárquico o especializado, implica a todos los intervinientes en una posición de

trabajo que no es la del experto que sabe sobre el sujeto, sino la de participantes implicados en la experiencia, en una posición de analizantes sobre esta. (Stevens 2020).

En estas coordenadas, la reunión clínica adquiere una función central. Para Di Ciaccia (2003), no se trata simplemente de un espacio de intercambio de información, sino de un dispositivo que permite separar al practicante del saber que cree haber obtenido sobre el sujeto. La reunión introduce una circulación del saber y una rectificación constante de las hipótesis clínicas, como así también descentramiento del saber, coherente con la posición analítica de considerar al practicante como un sujeto barrado, atravesado por una falta estructural.

A su vez, Marta Berenguer (2020) explicita que la práctica entre varios constituye una clínica que se realiza "solo, pero no a solas" (p,8), ya que el encuentro con lo real ocurre siempre uno por uno, aunque sostenido por una elaboración colectiva.

Además, la reunión clínica permite "dar todo su valor a un punto de capitón encontrado por un paciente" o decidir cuándo cierto hallazgo conviene ser sostenido o limitado, afirmando que "el lugar esencial del dispositivo institucional vuelve a ser, pues, la reunión clínica" (Stevens, 2020, p. 20), en tanto allí se elaboran y repiensan las intervenciones caso por caso. Del mismo modo, Zenoni (2020) plantea que la clínica de la psicosis "exige una respuesta plural, entre varios" (p. 12), en tanto que es la propia experiencia clínica, y la misma psicosis, que enseña sobre la variedad de arreglos subjetivos que cada sujeto puede construir frente al goce.

Reconocer el imposible en el saber y en la práctica, reconocer la falta estructural, es precisamente lo que permite que el trabajo entre varios funcione como una brújula clínica y no como una acumulación de saberes cerrados (Marta Berenguer, 2020). Así, la reunión clínica no sólo organiza el trabajo institucional, sino que constituye una condición ética para

sostener una práctica orientada por el caso por caso y por la emergencia de la singularidad subjetiva.

Esta lógica se prolonga en la función del interviniente, cuya tarea no consiste en dirigir las curas desde un saber superior ni en ocupar el lugar de un amo institucional. Según Di Ciaccia (2003), su función es preservar un vacío central de saber dentro de la institución, evitando que una figura encarne el lugar del sujeto supuesto saber absoluto. En articulación con ello, Zenoni (2020) mantiene que la práctica entre varios produce un efecto de "descompletamiento" del analista, ya que la identificación al lugar del saber tiende a obturar la falta estructural.

De allí la importancia de sostener una posición de "sujeto supuesto no saber", particularmente relevante en la clínica de las psicosis, donde un Otro presentado como poseedor del saber puede adquirir un carácter invasivo o persecutorio. El vaciamiento del saber previo, de este modo, también forma condición ética y clínica que posibilita efectos de pacificación y estabilización subjetiva (Zenoni, 2020).

La referencia teórico-clínica constituye otro de los ejes fundamentales de la práctica entre varios. Di Ciaccia (2003) señala que dicha referencia es "el psicoanálisis freudiano según la enseñanza de Lacan en la orientación de Jacques Alain Miller", aunque aclara que esta referencia no funciona como una doctrina cerrada ni como un conjunto de respuestas universales aplicables mecánicamente a los sujetos.

La teoría opera más bien como una brújula clínica sometida permanentemente a revisión en la experiencia institucional. Por ello, el saber no adquiere el estatuto de un saber supuesto concentrado en una autoridad, sino el de un saber expuesto y elaborado colectivamente (Di Ciaccia, 2003).

Desde esta perspectiva, la práctica entre varios introduce una lógica de desespecialización que se distancia de la organización clásica de los dispositivos

interdisciplinarios. No se trata simplemente de articular saberes técnicos ya constituidos, sino de producir una posición clínica donde cada interviniente pueda situarse en relación con el sujeto y con su modalidad singular de goce. En este tipo de instituciones no hay “psicólogos” o “educadores” definidos exclusivamente por su función profesional, sino intervinientes que se ubican entre el sujeto y el Otro institucional para tratar los efectos de goce (Guy Briole, 2004).

Es decir, que la no especialización favorece procesos de desidentificación necesarios para evitar que el profesional quede capturado por posiciones de dominio o saber totalizante (Stevens, 2020)

En este marco, al practicante no se le exige ocupar el lugar de un experto, sino sostener una posición marcada por la prudencia respecto del saber y por una disponibilidad para aprender de las soluciones construidas por el propio sujeto (Briole, 2004).

La práctica entre varios produce así una modificación de la relación del sujeto con el Otro institucional. Al pluralizar los lugares de intervención y distribuir el saber entre distintos practicantes, se atenúan fenómenos de concentración transferencial y se favorecen condiciones de mayor estabilización subjetiva (Zenoni, 2020).

La institución deja de funcionar exclusivamente como un dispositivo asistencial o disciplinario para constituirse en un espacio capaz de alojar, ordenar y tratar ciertas manifestaciones del goce sin anular la singularidad del sujeto. Como señala Virginio Baio (2020), estos dispositivos pueden operar como soportes para las producciones subjetivas y para el despliegue de invenciones construidas a partir de los propios recursos del sujeto. En este sentido, la práctica entre varios no apunta a adaptar o educar al sujeto, sino a sostener las condiciones para que cada uno pueda construir una modalidad menos invasiva de relación con el Otro y con su padecimiento.

En esta orientación, el trabajo institucional no se condice por la vía de producir en el sujeto el significante que le falta ni en ofrecer soluciones universales frente al sufrimiento. Tal como afirma Stevens (2020): “Estamos allí no para producir en su lugar el significante que les ayudará a ordenar su mundo subjetivo, sino para decir sí al valor que tiene su hallazgo. El saber es de su lado, el no-saber del nuestro” (p. 18).

La práctica entre varios encuentra allí su fundamento ético: sostener un espacio donde puedan emerger invenciones singulares capaces de funcionar como arreglo subjetivo frente a lo real, sin imponer pero tampoco solo alojar, si no suscitar, provocar, acompañar, acotar, las soluciones posibles, no las ideales. “Se trata de la cuestión ética del psicoanálisis: el analista supone un saber y, por lo tanto, un sujeto allí. Lo hace considerando la condición propiamente subjetiva del enfermo” (Amigone, 2019, p.68).

CENTRO DE DÍA

Para delimitar el alcance del dispositivo institucional, es ético y metodológico partir de la normativa jurídica que regula el Sistema de Prestaciones Básicas en Discapacidad en Argentina. La Ley N° 24.901 (1997), en su artículo 31, define formalmente al Centro de Día en los siguientes términos:

> Es el servicio que se brindará al niño, joven o adulto con discapacidad severa o profunda, con el objeto de posibilitar el más adecuado desempeño en su vida cotidiana, mediante la implementación de actividades tendientes a alcanzar el máximo desarrollo posible de sus potencialidades.
>
> La determinación de la discapacidad severa o profunda de los beneficiarios deberá tener en cuenta el diagnóstico funcional de los mismos, lo que implica la consideración de su desempeño en forma integral. Es decir, evaluando las aptitudes, intereses y posibilidades de la persona con discapacidad desde una perspectiva bio-psico-social. (Ley N.° 24.901, 1997, p. 6)

Esta definición legal introduce elementos que resultan fundamentales para interrogar la clínica de la psicosis desde la orientación psicoanalítica. En primer lugar, la noción de "desempeño en su vida cotidiana" descentra el abordaje del clásico aislamiento psiquiátrico, orientándose hacia el sostenimiento a través de la grupalidad.

Para que el Centro de Día opere como espacio de invención, Foucault (1977/1995) aporta la noción de dispositivo, que resulta esclarecedora al definirlo como “una estrategia de relación de fuerzas, soportando unos tipos de saber y soportado por ellas” (p. 129). Es la misma estructura grupal actúa terapéuticamente, el grupo es una estructura que funciona, y la pertenencia al grupo posibilita la construcción de un lazo social en los pacientes.

Se transforma así las normativas de la ley en una pragmática clínica orientada por la singularidad, donde se articula lo grupal con lo individual, teniendo en cuenta la dificultad del lazo social. Se pone la palabra a circular, se sale del encierro, dado que se trata de sujetos que no se encuentran dentro en los discursos establecidos. Parece así fundamental pensar la utilidad de los grupos, como un tratamiento posible dentro del dispositivo (Augé de Depino, s.f.)

Por otro lado, el pedido legal de evaluar desde una perspectiva integral que incluya los "intereses y posibilidades de la persona" se distancia del modelo médico puramente deficitario. Esta perspectiva "bio-psico-social" permite ir más allá del diagnóstico psiquiátrico segregativo para ubicar, en su lugar, la singularidad de la estructura del sujeto.

De este modo, la propuesta de desplegar las "potencialidades" del concurrente se puede traducir, en la práctica clínica con la psicosis, en la apuesta por propiciar una invención subjetiva o un lazo social que le permita regular algo del goce desbordado que la estructura comporta.

Las manifestaciones propias de la estructura (fenómenos elementales como las voces, los ruidos, las ideas que se imponen, etc.) se despliegan en este espacio y así, el grupo

funciona como un espacio diferenciado del afuera, un espacio íntimo donde el padecimiento puede ser alojado y compartido.

Desde los bordes de dicha Ley, las tareas quedan orientadas hacia la moderación del goce, cuya finalidad es posibilitar la elaboración de suplencia. Se apuesta así al hecho de que, al estar entre otros, lo grupal opera, tiene eficacia. Nicoletti (1999) sostiene que “esta dimensión del semejante por oposición al otro está sostenida por el dispositivo grupal”.

Se considera entonces que coordinar implica intervenir escuchando la lógica grupal, algo muy distinto de limitarse a tranquilizar. Desde esta función se propicia la autonomía dictada por la normativa, siendo esta la dirección en la cual se trabaja como equipo en el Centro de Dia. No cronificar, por lo tanto, es una posición ética, aunque se tiene presente que la psicosis requiere un tratamiento permanente para evitar el deterioro que puede provocar la evolución de la enfermedad. (Ruiz, s.f.).

Para operativizar las funciones del Centro de Día, la Ley N.° 24.901 (1997) establece en su marco regulatorio una serie de objetivos orientados a promover la máxima independencia personal, adquirir hábitos tendientes a la integración social y familiar, y desarrollar actividades ocupacionales organizadas según las posibilidades de los concurrentes.

Asimismo, la normativa específica que el dispositivo procurará "brindar contención a personas que por el nivel severo o profundo de su discapacidad no estén en condiciones de beneficiarse de programas de educación y/o rehabilitación" (p. 6), orientando sus esfuerzos a estimular intereses y desarrollar aptitudes.

Esta lógica clínica se materializa directamente en la organización de los servicios y actividades previstos por la normativa, tales como el apoyo familiar, atención médica y por otro lado, actividades, de integración de la vida diaria, de expresión corporal, u otras actividades (Ley N.º 24.901, 1997).

En la cotidianeidad del Centro de Día, estas directrices legales toman la forma concreta de talleres que, tal como señala la Ley, deben planificarse según las características de cada servicio y de cada grupo en el marco de un plan de tratamiento individual. Esta articulación entre la legalidad institucional y la singularidad de cada concurrente cobra un valor clínico fundamental al considerar las diferencias estructurales de los sujetos; mientras que en la neurosis está garantizado por el significante paterno que hay un real que queda excluido, en la psicosis esta operación de extracción de goce no está garantizada a priori, sino que debe producirse en acto.

Dado que en las psicosis dicha extracción no ocurre de manera automática, el dispositivo de taller se ofrece como una alternativa al intento de solución delirante tradicional, aportando otros recursos clínicamente viables para operar sobre el goce. Por un lado, la estrategia puede apostar a que la institución produzca una "ficción escénica" que restituya una dimensión del Otro más amable para el sujeto; por el otro, se puede propiciar la extracción mediante la producción de algún objeto que funcione en acto (Belucci, 2008).

Siguiendo lo anterior, Belucci (2008) ubica tres coordenadas esenciales en el funcionamiento del dispositivo de taller. La primera coordenada establece la existencia de una legalidad institucional y de reglas de funcionamiento propias de cada espacio; aunque estas difieren de la ley simbólica, el sujeto psicótico recurre frecuentemente a ellas como un recurso subjetivo frente a dicha ausencia, por lo que el trabajo preliminar implica aclarar y acompañar este modo de hacer flexible. La segunda coordenada define al taller como un dispositivo grupal diferenciado del tratamiento individual, el cual se vincula con lo público para propiciar que los participantes compartan un tiempo, un espacio y un intercambio que posibilite la circulación en relación al otro (Belucci, 2008).

La última coordenada propuesta por Belucci (2008) es la operación de producción entendida como un acto, la cual se distingue de los productos materiales resultantes como

dibujos o escritos. En este punto, el autor diferencia la materialidad del objeto de la extracción de un real que opera directamente sobre el goce. De este modo, la dinámica del taller puede derivar en tres variantes: la creación de un objeto material que logre localizar el goce, la producción de un objeto sin que ocurra dicha operación, o bien, la extracción de un real sin la necesidad de generar un producto concreto.

Estos talleres no poseen un estatuto educativo centrado exclusivamente en la enseñanza de contenidos, sino que se configuran como una vía para que puedan desplegarse las perturbaciones subjetivas y ponerse a circular el malestar, permitiendo que cada concurrente tramite algo de lo propio. En este sentido, Albarez(s.f.) sostiene: “Ofrecemos desde el inicio un lugar y un tiempo donde las personas se alojen y puedan desplegar su padecimiento”.

Por otro lado, el equipo está integrado por un coordinador y por los demás profesionales del Centro de Día, algunos en formación. El equipo se reúne mensualmente. Dicha reunión se utiliza para supervisar cada actividad.

Consecuentemente, la función de coordinación dentro de estos talleres no debe confundirse con una mera labor de entretenimiento ni con una intervención dirigida exclusivamente a tranquilizar o aplacar la angustia.

La posición del coordinador habita una permanente tensión entre llevar el pulso de la consigna, para que los pacientes cumplan con la tarea propuesta, y estar atento al momento en que pueda hacer aparición el sujeto en la actividad. Porque no es lo mismo que el paciente realice mecánicamente una actividad, a que se comprometa subjetivamente con la misma y algo de su padecer se ponga en juego, se ceda durante el grupo (Raffo, 2018, p.4).

Esta posición por parte de los coordinadores permite que el dispositivo grupal actúe como una red. Al respecto, Jasiner (2008) sostiene que:

resulta un desafío, para quienes trabajamos en grupos, inventar y sostener dispositivos que potencian lo singular y saquen al sujeto de la prisión de la globalización, pero que a la vez tracen los hilos que lo van amarrando en tramas con otros [...] ir tejiendo una trama que aloje al sujeto para que luego pueda producir lo propio, su propio significante (p. 171).

A partir de lo expuesto, se puede entender que la trama grupal y el trazo singular coexisten en el trabajo de construcción de una realidad posible de habitar en el Centro de Día. Realidad que al ser sostenida puede evitar el encierro y aislamiento. Se produce así un pasaje de un goce arrasante, vivido en soledad, hacia un malestar compartido donde hay otras que pueden entender y acompañar. Aquello que uno padece puede comenzar a representarse y leerse a partir del encuentro con otros.

A partir de esta red, de este tejido grupal, el Centro de Día se construye bajo la lógica de lo que Miller denomina "un nuevo telar para tejer el lazo social más con el otro social que con el otro del delirio." Se sostiene que la tramitación del goce no es por la vía volitiva, se inventan recursos para vérselas con esa dificultad. Por ello, tanto la palabra y el acto como el mismo grupo y la presencia del semejante constituyen modos posibles de intervención.

En este sentido, las producciones subjetivas en este dispositivo no se dirigen a "aprender" un saber acerca de un oficio, sino a construir un saber hacer a lo largo del tratamiento, posibilitando que, a través de las actividades propuestas y sostenido por la función del coordinador, el paciente asuma un papel activo y produzca algo nuevo, que alivie su padecer (Raffo, 2018).

La Ley Nacional de Salud Mental (2010) en su artículo 9, menciona que el proceso de atención se orienta hacia el reforzamiento, restitución o promoción de los lazos sociales. "En la psicosis hay que ubicar la posibilidad de instauración de un lugar de semblante de lo simbólico" (Fridman, 2009, p.207). Este es un lugar que ordena un punto de anclaje en el

Otro, es decir, se obtiene un lugar en el Otro, algo se re-anuda, se apacigua. A lo cual se puede llamar restituciones simbólicas, como espacios en donde el sujeto pueda construir, un lazo al Otro. De esta manera, “el analista ofrece en la transferencia la posibilidad de establecer un lazo con el discurso de los otros” (Fridman, 2009, p.202).

Para concluir, es posible conceptualizar al grupo dentro del Centro de Día como un conjunto de pacientes que, dentro de este dispositivo, tramitan con otros aquello que pueden hacer con su dificultad, mientras que los coordinadores sostienen las condiciones estructurales para que algo de esto pueda producirse.

CAPÍTULO 2

MATERIALES Y MÉTODOS

Las Prácticas Profesionales Supervisadas (PPS) se realizaron en Nodal, un centro de día que ofrece dispositivos de atención diurna, ambulatoria e interdisciplinaria destinados a personas adultas usuarias de servicios de salud mental. La institución promueve diversas modalidades de abordaje, entre las que se incluyen talleres grupales, espacios de psicoterapia individual y seguimiento psiquiátrico, entre otros dispositivos terapéuticos.

Las prácticas fueron desarrolladas entre noviembre de 2025 y abril de 2026. Durante dicho período, se participó en distintos talleres que se llevaban a cabo de lunes a viernes, en turnos matutinos (de 9:00 a 12:00 horas) y vespertinos (de 14:00 a 17:00 horas).

El recorrido formativo estuvo acompañado por diversos espacios de supervisión, intercambio y capacitación. En este marco, el director de la institución, Franco Masi, facilitó instancias de conversación clínica y orientación bibliográfica vinculadas a los interrogantes surgidos durante la práctica. Asimismo, al finalizar cada jornada se realizaron reuniones de equipo destinadas a la elaboración y discusión de las intervenciones y situaciones acontecidas en los talleres.

Además, se mantuvieron encuentros periódicos con la Lic. Candela Pastore, tutora de campo, y con Lic. Alejandra Gálvez responsable del Área de Capacitación y Docencia de la institución. Complementariamente, se participó en espacios de formación teórica, entre ellos talleres de lectura coordinados por Lic. Emilio Housen.

Las instancias de supervisión, formación e intercambio clínico propiciaron la construcción de diversos interrogantes y deseo de aprender en la practicante, en torno al abordaje de las psicosis en el ámbito institucional. A partir de dichas elaboraciones surge la temática que orienta el presente Trabajo Integrador Final, desarrollado bajo la tutoría

académica de la Lic. Luciana Bordas, con quien se mantuvieron reuniones periódicas destinadas a la orientación y revisión del proceso.

En este contexto, en la experiencia transitada durante las prácticas es donde emerge el interés del presente trabajo. El cual se origina sobre distintos enigmas que fueron esbozando el camino. El interrogante que delimita la presente investigación descriptiva es *¿De qué manera una institución puede abordar las psicosis desde la orientación psicoanalítica en un Centro de día?*

En función de este interrogante, el trabajo propone describir dicho abordaje implementado en la institución y articularlo con el análisis de un caso clínico, a fin de establecer relaciones entre la práctica observada y los desarrollos teóricos vinculados a la temática.

Es preciso destacar que la elaboración del Trabajo Integrador Final, se inscribe bajo la lógica de la teoría psicoanalítica. Esta elección responde, por una parte, a que la institución donde se realizaron las prácticas orienta sus intervenciones y lecturas clínicas desde dicha perspectiva y por otra parte, dicha perspectiva interpela a la practicante, orientando su deseo de saber por la vía mencionada.

A continuación, se describen las diferentes fases que conformaron el proceso de elaboración del Trabajo Integrador Final.

-Fase de acercamiento a la institución

En una primera instancia, se llevó a cabo una reunión grupal coordinada por la Lic. Mónica González, responsable de las Prácticas Profesionales Supervisadas. En dicho encuentro se convocó a los estudiantes interesados en iniciar su recorrido de prácticas, oportunidad en la que la practicante manifestó su interés por el área clínica y la institución de Nodal específicamente. Posteriormente, la coordinadora organizó distintos grupos de trabajo

con los practicantes con el objetivo de profundizar aspectos vinculados al dispositivo de prácticas y dar inicio al proceso de rotaciones.

La primera rotación se desarrolló en el área clínica y la segunda en el área educacional. A partir de la experiencia transitada, la practicante decidió tomar el área clínica para la elaboración del presente Trabajo Integrador Final. Con este propósito, se tomó contacto con el Profesor y Lic. Franco Masi para expresar el interés en realizar el recorrido de prácticas en Nodal. La propuesta fue recibida favorablemente y pudo concretarse tras una reunión con la Lic. Mónica González y la Mg. Sonia Giménez, directora del área, en la que se brindó información acerca de los aspectos administrativos necesarios para el inicio de las prácticas, así como la documentación correspondiente para la asistencia institucional.

Luego, se realizó un encuentro con Alejandra Gálvez, responsable del Área de Capacitación y Docencia del Centro de Día. Durante dicha reunión se conversó acerca de los intereses que orientaban la elección de la institución, las motivaciones de la practicante para realizar allí su formación y algunos aspectos centrales del funcionamiento institucional. Asimismo, se presentaron los distintos talleres que conformaban la propuesta terapéutica y se seleccionaron aquellos en los que se iniciaría la participación.

Durante este primer acercamiento también se subrayó la importancia de la prudencia clínica en el trabajo con las psicosis, así como de la posición ética requerida en la práctica institucional. En este marco, se facilitó bibliografía orientada a profundizar en el abordaje psicoanalítico de las psicosis, los aspectos éticos implicados en la intervención y la relevancia de sostener la práctica clínica con otros. Asimismo, se destacó que el trabajo con las psicosis puede suscitar interrogantes, incertidumbres y momentos de angustia para quien interviene, haciendo necesario el recurso al equipo y a los espacios de conversación como modo de elaborar aquello que emerge en la práctica.

-Fase de exploración

Al inicio de las prácticas en el Centro de Día, la practicante asumió una posición de observación no participante. El recorrido comenzó en el Taller Expresivo, coordinado por la Lic. Juan Manuel Flores y Esteban Correa, quienes se desempeñan como tallerista y auxiliar, de dicho taller.

Es importante mencionar que, al finalizar el encuentro, los practicantes habilitaron espacios de intercambio, donde se abordaban cuestiones vinculadas a las intervenciones realizadas, las posiciones adoptadas frente a distintas situaciones clínicas y los fundamentos que orientan la práctica institucional. Asimismo, facilitaron bibliografía destinada a introducir a la practicante en la lógica del trabajo "entre varios" y en el abordaje psicoanalítico de las psicosis.

Estas instancias resultaron fundamentales para la construcción de interrogantes y el progresivo interés por la temática que posteriormente orientaría el presente trabajo.

Durante las primeras semanas, en cada uno de los talleres asistidos, se realizaron las presentaciones de la practicante y de los integrantes de los grupos. Paralelamente, los concurrentes fueron dando a conocer las actividades habituales de cada espacio. Al finalizar las jornadas, se mantiene conversaciones con los talleristas acerca de las características de cada grupo, las particularidades de los participantes y los criterios que orientaban las intervenciones.

Los días miércoles se contó con la presencia de la Lic. Candela Pastore, tutora de campo, con quien se desarrollan reuniones destinadas a supervisar el recorrido de las prácticas. Estos encuentros permitieron ubicar, a partir de distintos textos y referencias, cuestiones vinculadas al trabajo institucional, la función de los dispositivos grupales y las modalidades de abordaje frente a la pérdida del lazo social en las psicosis. Del mismo modo, se constituyeron espacios para elaborar los interrogantes que surgían del encuentro clínico,

especialmente aquellos relacionados en cuándo alojar determinadas manifestaciones subjetivas y cuándo resultaba necesario introducir algún tipo de límite o regulación desde la posición de practicante.

A medida que avanzó el recorrido, la posición inicialmente observacional de la practicante fue adquiriendo un carácter más participativo. Sin abandonar la función de observación, la practicante comenzó a sostener conversaciones con los concurrentes y a intervenir mediante preguntas puntuales, siempre bajo la supervisión de los talleristas y de la tutora de campo.

Transcurrido más de un mes de prácticas, comenzó a cobrar relevancia ciertas observaciones vinculadas a las maniobras implementadas por los distintos profesionales para responder a las demandas de cada sujeto y de cada grupo, mediando para sostener espacios habitables para todos los participantes.

Particularmente, despertó interés la manera en que las intervenciones buscan alojar aquello que irrumpía de forma desbordada, al mismo tiempo que introducían recursos para acotarlo y orientarlo hacia alguna forma de producción. Asimismo, en los talleres que se involucraron recursos teatrales y corporales se observó que el uso de la corporalidad podía operar, en determinadas ocasiones, como una vía de apaciguamiento y organización subjetiva.

En el recorrido fueron emergiendo diversos interrogantes y puntos de no saber que generaron inquietudes en la practicante. Tal situación había sido anticipada durante la primera entrevista institucional, donde se había señalado que el trabajo clínico con las psicosis podía confrontar a quien interviene con experiencias de incertidumbre y angustia. En este contexto, y acompañada por espacios de análisis personal, supervisión y conversación con distintos profesionales, la practicante optó por comentar dichas dudas con el Profesor y Lic. Franco Masi, director de la institución.

Durante dicho encuentro, de forma virtual, se profundizó en aspectos teóricos relacionados con los discursos, los mecanismos de la psicosis, las dificultades vinculadas al goce, las invenciones subjetivas y la importancia del lazo social en el abordaje institucional. Dicha conversación resultó significativa para orientar la posición de la practicante en los talleres y delimitar con mayor precisión los ejes de interés que comenzaban a orientarse hacia la investigación.

A partir de entonces se realizaron nuevas reuniones con la tutora de campo para pensar el proyecto de intervención y optar posibles líneas de trabajo. Paralelamente, se iniciaron encuentros con la Lic. Luciana Bordas, tutora del Trabajo Integrador Final, quien acompañó el proceso de construcción del problema de investigación. A medida que avanzaban las conversaciones, se identificaron distintos temas de interés, entre ellos el lugar del arte, la función del cuerpo, las invenciones psicóticas, la ética en la intervención y las particularidades del discurso analítico en el trabajo institucional.

Por efecto de los distintos intercambios, se permitió conocer que el interés central no se encontraba únicamente en alguno de estos aspectos de manera aislada, sino en las modalidades de abordaje que una institución orientada por el psicoanálisis despliega en el trabajo con las psicosis. Esta delimitación orientó tanto la elaboración del Trabajo Integrador Final como las decisiones posteriores vinculadas al proyecto de intervención.

A partir de esta delimitación, se decidió diferenciar los objetivos del proyecto de intervención de aquellos que orientarían el Trabajo Integrador Final. Si bien las observaciones realizadas durante las prácticas resultaron valiosas para ambos procesos, cada uno de ellos tomó una dirección particular.

En relación con el proyecto de intervención, el interés de la practicante comenzó a orbitar la función de lo corporal dentro de los dispositivos grupales. Inicialmente surgieron interrogantes acerca de la posibilidad de desarrollar la propuesta en el Taller de Teatro o en el

Taller de Producción Creativa. Aunque este último se encontraba orientado principalmente a actividades expresivas de carácter manual, las observaciones realizadas durante los encuentros y las conversaciones mantenidas con la tutora de campo permitieron identificar una tendencia grupal al ruido, la dispersión y ciertas manifestaciones de desborde. A partir de ello, se comenzó a pensar la posibilidad de introducir recursos corporales que permitieran alojar dichas producciones y al mismo tiempo, orientarlas hacia una producción grupal, mediante la vía expresiva del cuerpo. Donde el interés por el cuerpo no desaparece, sino que se desplaza a distintas formas de ofrecer la intervención a los usuarios.

Todo el recorrido, junto con los distintos virajes, reformulaciones y decisiones que fueron surgiendo, contó con el acompañamiento de la Lic. Candela Pastore, tutora de campo. A través de instancias de supervisión y reflexión, se contribuyó a precisar la construcción del problema a partir de los intereses de la practicante y se favorece una comprensión más precisa de la lógica del psicoanálisis aplicado que organiza el trabajo clínico institucional, así como de los principios que orientan el abordaje singular de cada caso.

-Fase de descripción

Nodal es un Centro de Día de Salud Mental ubicado en la provincia de San Juan, destinado al abordaje diurno, ambulatorio e interdisciplinario de personas adultas con diagnóstico de psicosis que no requieren criterios de internación, pero cuentan con dificultades en el lazo social. La institución, de gestión privada, fue creada en el año 2021 y orienta su trabajo desde una forma de psicoanálisis aplicado.

La modalidad de trabajo se organiza de manera interdisciplinaria a través de un equipo conformado por directivos, psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales y acompañantes terapéuticos. Dentro de la institución, los profesionales pueden desempeñar distintas funciones, tales como referentes, coordinadores de talleres o integrantes de los equipos de acompañamiento.

Para el ingreso de los concurrentes se requiere cierta estabilización de la sintomatología, condición que posibilita la participación en las diferentes propuestas institucionales. El proceso de admisión comprende diversas instancias con entrevistas que culminan con la elaboración de un plan de trabajo singular. Dicho plan contempla tanto las necesidades del concurrente como de su grupo familiar.

En primer lugar, se realiza una entrevista directiva vinculada a aspectos administrativos, en la que participan el directivo de la institución y la familia del paciente. Habitualmente, esta consulta se produce luego de una internación.

Posteriormente, se lleva a cabo una entrevista clínica con el paciente, en la que intervienen un psiquiatra y el coordinador clínico, quien es psicólogo.

La tercera instancia consiste en una entrevista socio familiar, de la que participan el paciente, su familia, el psicólogo, el trabajador social y el referente clínico. Su finalidad es conocer la dinámica familiar y brindar orientaciones a los familiares.

Finalmente, se realiza una reunión de admisión en la que participan todos los profesionales involucrados en el caso. A partir de esta instancia se diseña y presenta a la familia un plan de trabajo, que puede incluir tratamiento psicológico individual, abordaje psiquiátrico o trabajo con la familia.

La propuesta institucional se organiza a partir de una variedad de talleres grupales que se desarrollan diariamente durante la mañana y la tarde. Entre ellos se ofrecen los talleres de Noticias y Cocina, Expresivo, Música, Lectura y Escritura, Teatro y Producción Creativa. El dispositivo taller se articula con espacios de atención individual psicológica y psiquiátrica, así como con instancias de seguimiento y orientación sociofamiliar, según sea el caso.

Cada taller se encuentra coordinado por un profesional que asume la función de tallerista y cuenta con el acompañamiento de referentes y auxiliares. Habitualmente, los encuentros comienzan compartiendo el desayuno o la merienda, instancia que favorece la

conversación sobre acontecimientos cotidianos, intereses, inquietudes y experiencias de los concurrentes. Este momento constituye un espacio de escucha donde circula la palabra y se habilita el despliegue de producciones subjetivas singulares, una instancia de escucha y alojamiento de la palabra.

A partir de allí, se desarrollan actividades orientadas por los objetivos específicos de cada taller. Las propuestas se organizan considerando tanto la dinámica grupal como las particularidades de cada participante, intentando sostener espacios que resulten habitables para todos los concurrentes.

Un aspecto significativo de la dinámica de los talleres, es la consideración de fechas y acontecimientos relevantes para los concurrentes. Los cumpleaños, por ejemplo, son registrados en un calendario y celebrados mediante actividades especialmente pensadas para cada persona. Este tipo de prácticas favorece el reconocimiento de la singularidad de cada sujeto dentro de la comunidad institucional.

Del mismo modo, distintas efemérides, fechas patrias, festividades y cambios de estación funcionan como disparadores para la creación y la producción artística en los talleres. Estas actividades suelen construirse a partir de las propuestas e intereses de los concurrentes, promoviendo su participación activa en la vida institucional.

La institución también desarrolla actividades por fuera de los espacios habituales de taller, entre las que se incluyen visitas a museos, salidas recreativas, encuentros en plazas y desayunos compartidos. Asimismo, se llevan adelante proyectos que articulan el trabajo entre distintos dispositivos. Por ejemplo, producciones elaboradas en el Taller de Lectura y Escritura pueden ser retomadas por el Taller de Radio mediante entrevistas o registros, favoreciendo intercambios entre los diferentes espacios.

Durante el período de prácticas, la practicante tuvo la oportunidad de asistir a los talleres de Expresivo y Producción Creativa en horario de siesta, así como a los talleres de

Lectura y Escritura y Teatro en turno mañana. La participación en estos espacios permitió observar distintas modalidades de trabajo institucional y aproximarse a las particularidades de cada dispositivo. A continuación, se presenta una descripción sintética de los talleres mencionados y de algunos aspectos relevantes observados durante el desarrollo de las Prácticas Profesionales Supervisadas.

- Taller expresivo

Los desarrollos cotidianos del taller surgen a partir de los intereses, propuestas y producciones, que los propios participantes acercan al grupo. En este sentido, las actividades no responden a una planificación rígida, sino que se orientan por aquello que emerge en cada encuentro. De este modo, se abordan diversas temáticas y se desarrollan propuestas en función de las iniciativas de los concurrentes.

Un lugar central es otorgado a al tiempo de "conversación", especialmente al inicio de la semana, momento en el que cada participante cuenta con un espacio para compartir experiencias, acontecimientos o situaciones que considerara significativas de los días transcurridos fuera de la institución. Esta instancia favorece la circulación de la palabra y la construcción de lazos entre los integrantes del grupo.

El taller apunta a la expresión por distintas vías, es decir se utiliza el juego, armado de huertas, movimiento, dibujos, actividades al aire libre, la palabra también como medio expresivo, entre otros.

Durante la primera semana de observación, uno de los concurrentes definió las actividades desarrolladas en el taller como "invenciones". Esta nominación resultó significativa para la practicante, en tanto permitía ubicar al espacio como un lugar que habilita la creación de respuestas singulares frente a aquello que cada participante lleva al taller.

- Taller producción creativa

El taller apunta a realizar por distintas vías artísticas, producciones. Estas pueden adquirir un carácter individual o grupal y se apoyan en una amplia variedad de recursos y materiales, tales como el dibujo, la pintura, la cerámica, el collage, la escritura o el uso del cuerpo como herramienta expresiva.

En el período de noviembre a enero del año 2026 el trabajo del taller giró en torno a producciones manuales, mandalas, dibujos, collage, temáticas navideñas, entre otras. A su vez se tienen en cuenta las propuestas que traen los participantes desde fuera de la institución para luego compartir información sobre esos temas con el grupo y poder, a partir de ellos, generar producciones individuales, las cuales en general son plasmadas luego de manera conjunta en el espacio de las paredes del taller.

La noción de producción excede la elaboración de objetos artísticos. El significante es utilizado para nombrar diferentes formas de creación que pueden surgir en el espacio, tales como una conversación, una improvisación musical, un freestyle, una invención singular o una construcción colectiva. En este sentido, el taller parece orientarse a localizar y dar valor a aquello que cada participante lograba producir desde su propia modalidad de estar en el grupo.

Se permite así ubicar la producción en cada participante e ir extrayendo algo de esas producciones singulares y grupales, donde muchas veces no están expresas en lo material pero sí en nominaciones identificatorias en el taller como en la institución, por ejemplo, la expresión “la banda de nodal”, siendo esta identidad también una producción de aquello que se va trabajando y hablando en el taller.

Las propuestas pueden tomar como punto de partida intereses expresados por los propios participantes, acontecimientos relevantes para la vida institucional, efemérides, festividades o cambios de estación. En otras ocasiones, las producciones se articulan con necesidades surgidas en otros talleres. Tal fue el caso de la elaboración de elementos

escenográficos destinados a las presentaciones del Taller de Teatro, favoreciendo el intercambio entre distintos talleres y la construcción de proyectos compartidos.

- Taller de lectura y escritura

El Taller de Lectura y Escritura se orienta a la producción y exploración de distintos materiales vinculados a producciones literarias. Las actividades incluyen lecturas compartidas, espacios de reflexión, producciones individuales o conjuntas, poesías, relatos, letras de canciones y diversas propuestas de escritura creativa, ya sea para trabajar sobre ello a través de intervenciones o como puntos de creación.

Otro recurso son los juegos, como el cadáver exquisito, donde las escrituras parten desde aportes individuales a una producción grupal. Además, el taller aloja los intereses del grupo por más que trascienda lo literario, como visitas a museos, alojando así lo que los participantes traen y se manifiesta en el espacio.

Las actividades desarrolladas quedan registradas en una carpeta del taller, que reúne fotografías, escritos y diversas producciones realizadas a lo largo de los encuentros. Este material constituye una memoria del recorrido grupal y permite recuperar producciones previas, estableciendo cierta continuidad entre los distintos momentos de la vida institucional.

- Taller de teatro

Se desarrolla a partir de diversas propuestas escénicas y lúdicas que toma recursos propios de la práctica teatral. A través de juegos, improvisaciones, ejercicios corporales y producciones dramáticas, se habilita un espacio de exploración donde el cuerpo, la palabra y el trabajo con los otros adquiere un lugar central.

Las actividades se orientan a favorecer distintas experiencias vinculadas a la expresión, la interpretación de roles, la escucha, la observación, la interacción con los compañeros y el uso del cuerpo. Asimismo, se trabaja aspectos relacionados con la tolerancia a la frustración, resignificar el equivocarse, el respeto por los tiempos y turnos y la

construcción de obras. En este sentido, el error no es abordado como algo a corregir o evitar, sino como una oportunidad para el juego, la creación y el encuentro con otros.

Durante el período de observación, la practicante acompañó el proceso de construcción de una obra teatral destinada a ser presentada ante el público. Dicho trabajo implicó la elección y elaboración de personajes, apropiación de los diálogos, la construcción grupal de escenas, el aprendizaje de guiones y el desarrollo de recursos de improvisación que permitieran sostener la representación frente a situaciones imprevistas. A lo largo de este recorrido también se pusieron en juego cuestiones vinculadas a la espera, la toma de la palabra, improvisaciones, adaptaciones a los cambios, resolución de emergentes y la toma de responsabilidades dentro del proyecto común.

La preparación de la obra ofrecía además un espacio donde podían tramitarse ansiedades, temores e incertidumbres asociados a la exposición pública. El recurso al juego, el humor y el trabajo grupal posibilita abordar estas experiencias de una manera accesible para los concurrentes, favoreciendo un clima de confianza y acompañamiento mutuo

Entre las herramientas utilizadas por el dispositivo se encuentra la técnica del clown o payaso teatral. Esta perspectiva propone trabajar a partir de aquello que habitualmente es vivido como error, torpeza, vulnerabilidad o fracaso, transformándolo en un recurso para la creación escénica, resignificando lo “ridículo”. Desde esta lógica, los aspectos más singulares de cada participante no eran eliminados ni corregidos, sino incorporados como parte del trabajo teatral, donde todos tienen algo importante a aportar.

Las observaciones realizadas permitieron advertir que el taller constituye mucho más que un espacio de aprendizaje artístico. A través del juego dramático, la construcción de personajes y el uso del cuerpo en escena, se abre la posibilidad de ensayar nuevas posiciones, explorar modos de vinculación con los otros y producir respuestas singulares dentro de un marco compartido.

-Fase de planificación

En base a las observaciones de los distintos talleres, funcionamiento institucional y modo de intervención del equipo, se realiza una reunión con la tutora de campo. En dicho encuentro, la practicante expuso los intereses vinculados al uso del cuerpo como eje de trabajo, así como posibles propuestas de intervención y en qué taller sería más beneficioso realizarlo.

En un primer momento, se consideró la posibilidad de desarrollar la intervención en el Taller de Teatro, en función del uso habitual de la corporalidad en sus producciones. Sin embargo, a partir de intercambios posteriores con la tutora de campo, se evaluó la pertinencia de implementarlo en el Taller de Producción Creativa, dado que en dicho espacio predomina producciones orientadas a técnicas manuales. En este sentido, se propuso incorporar el cuerpo como una modalidad alternativa de producción artística, ampliando así los recursos disponibles dentro del dispositivo.

Se tuvo en cuenta una característica del grupo vinculada a la presencia de momentos donde predomina lo ruidoso y cierta tendencia al desborde e inquietud. En función de ello, se consideró que el trabajo corporal podría operar como un recurso para usar dicho exceso de energía, orientándose hacia producciones compartidas en el marco del taller.

De este modo, la planificación del proyecto articuló tanto los intereses de la practicante como las necesidades observadas en el grupo. Se contempla, además, el posible aporte de la intervención tanto a nivel singular como colectivo, en consonancia con los principios éticos que orientan el trabajo institucional, en los cuales se promueve la participación sin imposiciones y el respeto por las distintas modalidades de implicación de los concurrentes. En esta línea, se procuró que la propuesta no irrumpiera de manera abrupta en la dinámica ya establecida del taller, sino que pudiera integrarse en una continuidad con la modalidad ya conocida.

El proyecto fue presentado formalmente por escrito al equipo directivo, incluyendo fundamentación teórica, objetivos, temática, propósitos, estrategias y cronograma de implementación. Una vez evaluado, el mismo fue aprobado para su aplicación.

-Fase de intervención

El proyecto (anexo 1) se llevó a cabo en el Taller de Producción Creativa, con la supervisión de la tutora de campo y de la tallerista del espacio. Siendo el objetivo generar, a partir de una actividad manual que involucre el cuerpo en distintas maneras y que permita alojar y pero además acotar el desborde que irrumpe en la dinámica grupal, orientándose hacia una producción colectiva desde aportes singulares.

El taller se encontraba conformado por aproximadamente siete participantes que asisten de manera regular. En términos generales, se observaba un grupo dispuesto y respetuoso respecto de las modalidades de expresión de cada integrante. Sin embargo, en determinados momentos se registraban incrementos en el nivel sonoro y en la inquietud grupal, lo cual requería intervenciones de encuadre por parte del equipo. En este marco, el trabajo se organiza en un interjuego entre alojar las singularidades y, al mismo tiempo, introducir límites que permitan sostener un espacio habitable para todos, evitando que la expresión de uno se tornara invasiva para los otros. Así la intervención no se orienta a suprimir esa energía, sino a ofrecer elementos que permitan orientar el exceso hacia alguna forma de producción.

Inicialmente se consideró la posibilidad de proponer juegos teatrales que implicarán de manera directa el uso del cuerpo. Sin embargo, teniendo en cuenta la dirección que venían tomando las producciones del taller (actividades manuales y con cierto encuadre) se optó por una propuesta que articule la corporalidad con una dinámica manual, permitiendo introducir el cuerpo en la actividad, pero sin generar un nivel de exposición excesivo ni tampoco una propuesta invasiva.

La intervención consistió en trabajar a partir del dibujo del contorno corporal de cada participante, sobre papel madera dispuesto en las paredes del espacio o en la mesa de trabajo. Este recurso permite implicar el cuerpo de manera directa en la actividad (al trazar, desplazarse y trabajar sobre la silueta) y al mismo tiempo que sitúa al cuerpo en una posición diferente a la habitual, evitando el trabajo exclusivamente sentado en torno a la mesa. De este modo, el espacio mismo del taller se reorganiza para favorecer el movimiento y la implicación corporal en la dinámica grupal.

A cada participante se le ofreció la posibilidad de intervenir sobre la silueta utilizando distintos materiales como revistas, imágenes, stickers y otros recursos visuales, que funcionan como elementos identificatorios o representacionales. Estos materiales se ponen a disposición teniendo en cuenta intereses previamente identificados en los participantes, pero sin imponer su uso y sin explicitarlo, sino más bien ofrecer la búsqueda, de lo convocante para cada uno, sobre esos materiales. La propuesta intentó habilitar que cada sujeto elija qué recursos utilizar y de qué manera hacerlo, favoreciendo una apropiación singular de la actividad como así su despliegue subjetivo en la misma.

En este sentido, el uso del cuerpo tampoco se prescribe de una forma única. La consigna dejó abierta la posibilidad de que cada participante decida qué cuerpo poner en juego y desde allí cómo implicarse en la actividad.

Es decir, la intervención buscó que las producciones individuales puedan inscribirse dentro de un espacio común. Las distintas siluetas y sus intervenciones se disponen en un mismo soporte colectivo, permitiendo que coexistan diferentes modos de expresión dentro de una construcción compartida. De esta manera, la actividad no solo apuntó a la producción singular, sino también a sostener la dimensión del lazo con los otros, aspecto especialmente comprometido en la psicosis.

En síntesis, la intervención se inscribe en la lógica de favorecer invenciones que posibiliten al sujeto servirse de su cuerpo y encontrar modos singulares de tratar el goce que irrumpe. Apuntar a que el hacer corporal, sostenido en un encuadre grupal, pueda funcionar como una vía de producción que permita alojar el exceso y orientarlo hacia una construcción compartida.

La practicante se ocupó de acompañar en la elaboración de las actividades, quedando atenta a lo que surgía en el momento. También, de observar los efectos de la intervención, no solo los días de aplicación sino también posterior a ello.

-Fase de análisis y elaboración

Se llevó a cabo una recolección de datos cualitativos, haciendo uso de la observación, registros escritos elaborados por la practicante, y el análisis de lo observado durante el transcurso de las prácticas profesionales supervisadas. Dicho material permitió indagar los efectos producidos por la intervención implementada en el Taller de Producción Creativa.

Hacia la última semana de las PPS, se realiza una reunión de cierre de manera presencial, con la coordinadora y la tutora de campo, donde se conversó sobre los efectos observados en los concurrentes luego de aplicarse el proyecto de intervención. Además, se realizó una devolución de la evaluación de la practicante en el periodo que se realizaron las PPS y se habló acerca de su experiencia general del recorrido realizado.

CAPÍTULO 3

RESULTADOS

A continuación, se presenta un caso clínico de la institución, seleccionado a partir de lo observado en las prácticas en el Centro de Día Nodal, en consonancia con los objetivos de este trabajo. Se lo nombrará como L. y se modificarán datos a fin de resguardar la intimidad y privacidad del mismo. Se tendrá en cuenta los datos obtenidos mediante la entrevista realizada a la referente y talleristas del participante, y además se describirán datos importantes observados en los talleres.

DATOS INICIALES

L. es un participante de 24 años con diagnóstico de psicosis. Como antecedente, se registra una asfixia cerebral al momento del parto, ocasionada por el cordón umbilical. Según lo referido durante la entrevista de admisión, las primeras manifestaciones fueron advertidas al inicio del nivel inicial por personas externas al ámbito familiar.

En relación con su trayectoria educativa, presentó dificultades en el aprendizaje, por lo que fue derivado a una institución de educación especial. Sin embargo, no logró finalizar dicho recorrido, ya que las instancias de evaluación le generaban un intenso nerviosismo. Tanto L. como su padre refieren que, en situaciones de examen o de exposición, presentaba erupciones cutáneas que sólo cedían con tratamiento farmacológico.

L. convive con su padre y su hermano menor. En el mismo terreno familiar, pero en una construcción aparte, residen también sus demás hermanos. Respecto de la figura materna, no fue posible reconstruir su situación, ya que la información obtenida fue escasa y confusa.

PRIMER MOMENTO EN LA INSTITUCIÓN: NO SABER “NADA”

A-Ingreso a Nodal y evolución

L. ingresa a Nodal en el año 2023, derivado desde el Hospital Marcial Quiroga, con diagnóstico de psicosis, estabilizado y bajo tratamiento farmacológico. Paralelamente, continúa realizando seguimiento psiquiátrico y neurológico por fuera de la institución.

Como parte del proceso de admisión, se llevaron a cabo las entrevistas correspondientes, a partir de las cuales pudieron identificarse algunos de sus intereses, entre ellos la realización de manualidades y esculturas aprendidas mediante tutoriales de youtube, la práctica de fútbol, que hasta este momento era realizado en un club con sus familiares y el sostenimiento de un emprendimiento familiar gastronómico, en donde él participa, por ejemplo, realizando deliverys. Posteriormente, el equipo interdisciplinario elaboró un plan terapéutico correspondiente a la prestación del Centro de Día, acompañado por un plan de orientación y seguimiento sociofamiliar.

En un primer momento, L. comienza asistiendo a los talleres grupales de Expresivo, Producción Creativa y Teatro. Con el transcurso del tratamiento, los intervinientes identificaron que la asistencia en horario matutino le resultaba dificultosa, en función de ello, se fue construyendo el abordaje, posibilitando su concurrencia a talleres desarrollados durante la tarde. Actualmente asiste a los talleres de Radio, Expresivo, Producción Creativa y Música, y desde el año 2025, cuenta además con un espacio de atención individual dentro de la institución.

Durante las entrevistas de admisión, el padre refiere que Nodal constituye el primer espacio que L. habita por fuera del ámbito familiar, siendo también su primera experiencia en un dispositivo con fines terapéuticos. Hasta ese momento, sus recorridos institucionales habían estado vinculados principalmente al ámbito educativo.

Desde las primeras entrevistas su referente comenta una marcada presencia del padre en el discurso, quien orienta gran parte de la conversación y atención de la entrevista hacia los beneficios económicos que la trabajadora social podía ofrecer, dificultando en diversos momentos la escucha de la palabra de L. Sin desconocer dichas demandas familiares y dando respuesta a ello, se buscó sostener un espacio que permita alojar también la palabra del participante y orientar el tratamiento a partir de ello.

Por otro lado, el padre señala que su hijo no mantiene buen rendimiento en lo escolar y que "se inhibe mucho" en situaciones sociales o cuando debe exponerse frente a otros, como por ejemplo evaluaciones. Estas dificultades aparecen según el relato del padre, como uno de los principales motivos por los cuales no logró completar su trayectoria escolar.

Al presentarse, L. se define como una persona "tímida". Sobre las situaciones de exposición, expresa: *"Cuando me miran mucho me da calor"*. Relata que, cuando debe rendir una evaluación o demostrar lo que sabe frente a otros, experimenta “enronchamiento” (mencionado anteriormente).

Este intercambio resultó ser imprescindible para las coordenadas clínicas y orientar el tratamiento institucional. Al identificar la conflictiva frente al sistema educativo, la institución ubica que la modalidad de “evaluación” resulta contraproducente para su síntoma frente a la mirada, o situaciones que impliquen dar cuenta de algún saber, llevándolo a la imposibilidad de finalizar trayectorias. Se hace hincapié sobre la importancia no ubicar a la institución en el tratamiento y a las distintas intervenciones, desde una posición de educador, sino de privilegiar ofrecerle un lugar distinto para que el sujeto se pueda desplegar.

Otro aspecto que adquiere relevancia durante las entrevistas es el lugar que ocupa el padre en su discurso. Ambos comparten el mismo nombre, sin embargo, el padre presenta a su hijo utilizando un diminutivo de este. En reiteradas oportunidades establece comparaciones

con el hermano menor, destacando que este último logró avanzar en su escolaridad mientras que L. no pudo finalizar sus estudios, pese a ser mayor.

Respecto de su contexto familiar y social, aparece muy marcada la expresión *"los tres solitos"* para referirse a la convivencia con su padre y su hermano menor. El padre se ubica como sostén del grupo familiar, haciendo frecuentes referencias a las dificultades económicas que atraviesan.

En relación con su vida social, L. comenta que suele jugar con amigos de su hermano en el barrio y relata distintas situaciones vinculadas a esos encuentros. Sus referencias permiten advertir ciertas particularidades donde se evidencia dificultad para sostener el lazo y comprender algunos códigos sociales, se suma además un contexto barrial caracterizado por condiciones de vulnerabilidad social, donde se hace aún más complejo habitar.

Durante los primeros meses de asistencia en la institución, se observó que presentaba dificultades para seguir el hilo de las conversaciones e incorporarse a la dinámica grupal. Pero desde el inicio manifestó un marcado interés por participar de los encuentros y compartir con los demás concurrentes. A diferencia de lo relatado durante las entrevistas de admisión respecto de su "bajo rendimiento", en los talleres comenzó a evidenciarse algo distinto con las propuestas cuando éstas partían de sus propios intereses.

En este primer período también se localizaron algunos aspectos vinculados al autocuidado y a determinados códigos de circulación social. En una oportunidad L. y su padre tomaron la decisión de refrescarse antes de entrar a la institución, ingresando empapado a esta y en otras oportunidades se presentaba en condiciones de escasa higiene. Estas situaciones no fueron abordadas mediante señalamientos individuales ni indicaciones dirigidas exclusivamente a él. Por el contrario, fueron trabajadas en los distintos talleres como temáticas grupales vinculadas al cuidado personal y de los espacios compartidos. Los propios compañeros participaban de estas conversaciones, ofreciendo sugerencias acerca de la

vestimenta según el clima, el uso de perfume o distintos hábitos cotidianos. Del mismo modo, se promovieron propuestas grupales orientadas al cuidado del espacio común, elaborando carteles con consignas como *"Cuidar y limpiar también es una forma de amar"*.

Con el transcurso del tiempo comenzaron a observarse algunos efectos de estas intervenciones. L. empezó a concurrir con ropa nueva para mostrársela a sus compañeros, colocarse perfume en los talleres (reiteradas veces), y manifestar un mayor interés por su aspecto personal, cambios que se produjeron a partir de un trabajo sostenido en el lazo grupal y no mediante prescripciones dirigidas exclusivamente hacia él.

B- Observaciones de L en la institución

Desde los primeros encuentros en la institución se comenzaron a localizar algunos modos singulares de presentación de L. que orientaron las intervenciones del equipo.

Uno de los aspectos que llamó la atención fue el modo en que L. retoma, a través del humor, ciertas menciones que hizo presente el padre en su discurso en la entrevista de admisión. En diferentes momentos ironiza sobre las comparaciones con su hermano o sobre las dificultades/rasgo que le eran atribuidas, dichas referencias parecían sostener al mismo tiempo una posición de L. constante en los talleres de "no saber", lo cual lo paralizaba cuando se le era mostrado nuevas propuestas.

L. no se define como "loco", sino como "discapacitado", enunciación que lo autolimita. Durante un taller relata que, mientras dormía, vio "algo raro", por lo que comenzó a golpearlo hasta advertir que se trataba de su hermano. Frente a este episodio, refiere que su familia respondió preguntándole si había tomado la medicación correspondiente.

Otro aspecto significativo apareció en torno al nombre de L., como se explicó anteriormente, comparte el mismo nombre que su padre y es presentado por este utilizando un diminutivo. Dicho modo de nombrarlo comienza también a circular entre algunos integrantes de los talleres, para distinguirlo de otro participante que tiene el mismo nombre. Sin embargo,

resulta llamativo que él no se presenta de ese modo. En sus firmas, perfiles de redes sociales y producciones personales escribe su nombre a través de una invención modificando la última letra por una “Z”.

Durante este período también se observa que L. participa con entusiasmo de los talleres institucionales, aunque inicialmente no asiste a las salidas organizadas por fuera del Centro de Día. Su padre refiere que el único recorrido que logra realizar de manera autónoma es el trayecto desde su domicilio hasta Nodal. En un comienzo concurría acompañado; posteriormente comenzó a asistir solo en colectivo, ampliando paulatinamente su autonomía.

Introduce en la institución esculturas realizadas con papel y plasticola. Llega a los talleres mostrando sus producciones y expresando: "Miren lo que traje". La tallerista aloja ese interés y lo incorpora a una propuesta grupal, retomando dicha técnica para realizar esculturas en cerámica junto con los demás participantes.

A partir de esta intervención, las producciones de L. comienzan a adquirir un lugar dentro del grupo. Sus compañeros observan sus trabajos, realizan comentarios y halagan sus producciones.

Con el transcurso de las semanas, L. empieza a producir y llevar una gran cantidad de esculturas a cada encuentro. Gran parte del tiempo del taller queda concentrado en esta actividad, reduciendo las posibilidades de participación en otras propuestas o conversaciones con otros. Frente a ello, desde la institución y el dispositivo taller se propuso introducir un “corte” que permitiera conservar ese interés singular sin que ocupara o invadiera la totalidad del espacio.

En este recorrido se ve que L comienza a acotar o dirigir sus manifestaciones a través del registro de los efectos de su producción sobre los demás. En una oportunidad expresa: "Uh... ya los aburrí". Por otro lado, en el inicio del taller de Radio, ante la propuesta de participar en dinámicas, responde no saber "qué decir" ni "cómo hablar". En lugar de exigir

una participación ideal o indicar que debía hacer, se le ofrece la posibilidad de pensar sobre qué le gustaría compartir, qué es de su interés. Es así como elige realizar un segmento dedicado al deporte, temática sobre la cual manifiesta sentirse cómodo. L. refiere: *"Acá me escuchan"*.

Tiempo después, durante un encuentro del taller de Producción Creativa, expresa*: "Estoy poniendo a Nodal por encima de todo... estoy en un proceso de ir conociendo al mundo"*.

SEGUNDO TIEMPO INSTITUCIONAL: DEL "NADA", AL "ALGO"

Con la continuidad de su participación en los talleres, si bien L. continúa ubicándose desde un lugar de "no saber" y una tendencia a colocar a los tallerista o auxiliares como "seño/profe" y referirse a los encuentros como "clase", comienzan a observarse modificaciones en la forma de responder frente a las dificultades. En lugar de quedar paralizado, empieza a ensayar maneras singulares de resolverlas, y a su vez, cuando solicita ayuda colocando el saber del lado del otro, se reubica ese saber desde distintas intervenciones como por ejemplo la practicante le responde ante eso: "probemos juntos, así -algo- nos va a salir".

Esto se evidencia también en el taller de Radio. Donde nuevamente dicha posición de "no saber" frente al micrófono, pero a diferencia del inicio, L. decide en dicha oportunidad, ubicarse en el lugar de "periodista", utilizando ese recurso para realizar preguntas a los concurrentes. Posteriormente, cuando se plantea la posibilidad de presentar dicho segmento, busca una aplicación que reproduce la voz de periodistas deportivos, escucha distintos relatos y comienza a escribir aquello que considera relevante para luego utilizarlo en su producción, así encuentra un recurso propio para sostener la propuesta.

Este movimiento comienza a observarse también en otros espacios institucionales. Donde en un principio sostenía que "no sabía escribir" o que "no sabía hacer",

progresivamente empieza a llevar producciones escritas realizadas por él mismo, donde escribe cuáles son sus sueños. El enunciado que acompaña sus exposiciones ya no se presenta en términos absolutos del “no saber”, sino que comienza a decir que "no lo hace tan bien".

Con la continuidad del tratamiento, comienza a participar de actividades por fuera de la institución, incorporándose a salidas grupales a las que anteriormente no asistía. Al mismo tiempo, disminuye la frecuencia y la masividad con la que llevaba esculturas. Ante esto, refiere haber tenido "cambios en sus intereses", los talleristas toman esa afirmación como punto de partida e indagan cuáles son esos nuevos intereses. Es entonces cuando L. comienza a hablar de la pelota y del fútbol.

En ese momento se estaba desarrollando un campeonato de fútbol, temática que ya circulaba en los talleres. A partir de ello L. realiza una producción libre, confeccionando una Copa del Mundo, la cual está en Nodal. Dicha producción es elogiada por los participantes. Con el transcurso de los encuentros comienzan a ampliarse también los intercambios con otros participantes. L. conversa sobre fútbol, música, redes sociales, vínculos afectivos y distintos intereses cotidianos. En este contexto formula una pregunta que resulta significativa: *"¿Cómo hago para que los demás me escuchen?”* comienza ahora a aparecer un interrogante diferente, orientado a encontrar modos de dirigirse a los demás y establecer un lazo con ellos. Esta pregunta es retomada por el grupo y por los talleristas, sin dar respuestas cerradas, favoreciendo que pueda construir su propia manera.

Participa y se vincula cada vez con mayor frecuencia mediante el humor, recurso que utiliza para relacionarse con sus compañeros. En este período también refiere que ya no realiza esculturas porque, según sus propias palabras*, "ahora me gustan otras cosas".* Deja de llevar producciones terminadas desde su casa y comienza a producir principalmente dentro del taller, e incluso comparte las canciones que escucha.

Emerge con más frecuencia, en las conversaciones el freestyle, el fútbol y la práctica de trucos con la pelota. Esto tiene su correlato en el taller de Radio, donde decide modificar el segmento que realizaba y reemplazarlo por otro al que denomina "Motivación", espacio en el que comienza a hablar justamente de aquellos intereses que habían surgido durante su recorrido institucional.

El foco de L. comienza a desplazarse progresivamente desde las esculturas hacia la pelota y el freestyle. En un primer momento lleva su pelota a la institución y, durante una salida grupal, decide mostrar algunos de los trucos que venía practicando desde hacía meses en su casa. Posteriormente trae para compartir con el grupo videos de esos entrenamientos, relatando el tiempo que les dedica y el entusiasmo que le generan.

Si bien esta nueva actividad produce discusiones con su padre por la cantidad de horas que invierte en ella, paulatinamente logra poner en palabras el lugar que ocupa en su vida, afirmando que no está dispuesto a abandonar sus entrenamientos porque *"me da ganas de vivir".* Resulta llamativo que, luego de haber podido ubicar dicho estatuto y tras la contingencia con su Papá, vuelve a llevar una escultura realizada en su casa, ya no como una producción masiva que ocupaba la totalidad del espacio, sino como una producción entre otras posibles.

El freestyle comienza entonces a adquirir un lugar central dentro de su recorrido institucional, lo cual es tomado por los distintos talleres, por ejemplo, en el taller expresivo se realizaron composiciones grupales donde él colocaba sus improvisaciones, en el taller de producción creativa rapea junto un compañero, donde él se ubica como el que “enseña” y en las batallas da la indicación de que aplaudan más a su compañero, el cual presenta una discapacidad intelectual severa.

L. lleva esto a los distintos talleres, muestra videos de sus prácticas, realiza demostraciones espontáneamente y solicita a compañeros y talleristas que opinen sobre sus

producciones. En diversas oportunidades expresa la angustia que le genera "olvidarse de todo" mientras improvisa o los comentarios que recibe por parte de familiares y vecinos. Se observa una importante oscilación entre momentos de entusiasmo y desánimo, estrechamente ligados a la recepción de sus producciones, junto con una marcada tendencia a desvalorizar aquello que realiza, pero habilita espacios para poner a circular ambos polos en la institución, ya que en los talleres comenta sobre cómo se siente y las distintas dificultades que se le van presentando.

Los intervinientes sostienen un espacio donde esas producciones pueden ser mostradas, comentadas y elaboradas. Las devoluciones no apuntan a calificar si el freestyle "sale bien o mal", sino a acompañar el trabajo que L. realiza sobre aquello que produce. De este modo, la institución ofrece un marco donde sus ideas y propuestas empiezan a ser posibles para L. llevarlas a cabo.

En este mismo período comienza a formular un proyecto propio. Relata que anteriormente jugaba al fútbol en un equipo familiar, del cual fue expulsado, lo cuenta con una angustia bastante notoria, pero a la vez esto le permite comenzar a participar de un grupo que se reunía semanalmente, en donde él fue invitado. Posterior a estos eventos expresa un deseo que irá sosteniendo en el tiempo: armar una rutina de freestyle.

En el taller Expresivo aparece otra preocupación que comienza a circular la necesidad de generar dinero. Dado que comparte este espacio con participantes de mayor edad, circulan conversaciones vinculadas al trabajo y a distintas estrategias para obtener ingresos. Ante eso los intervinientes no responden ofreciendo soluciones o respuestas, sino que se hace uso del propio efecto grupal para que esas experiencias circulen entre los participantes. A partir de estos intercambios, L. comienza a interrogarse acerca de cómo podría construir una actividad económica a partir de aquello que sabe hacer, aunque persistentemente reaparece en su discurso el "no estar a la altura".

Tiempo después comienza a realizar presentaciones en los semáforos. Inicialmente hace malabares y luego incorpora aquello que venía desarrollando en los talleres: el freestyle con pelota, es decir le da uso, a aquello que empieza a saber hacer.

Esta decisión lo enfrenta a situaciones nuevas, como disputar espacios con otros trabajadores callejeros para "ganarse la esquina", tolerar comentarios descalificadores o responder a quienes le dicen que "vaya a trabajar". Estas experiencias son retomadas en los talleres cuando L. los trae a colación, y se le da un lugar para ser elaboradas colectivamente. Frente a esos cuestionamientos, talleristas y sus compañeros devuelven otra lectura posible: aquello que realiza también es un trabajo, tal como él menciona, sumado que es un trabajo a partir de algo que le gusta. Además, se le hace la comparación con un artista, donde parte del público a veces tira flores, y otros tiran tomates.

En algunas oportunidades L. refiere sentir vergüenza de presentarse en los semáforos y expresa que *"es algo que tengo que vencer"*. Sin embargo, también relata con satisfacción que unos niños se sorprendieron al verlo realizar sus trucos.

Este punto permite ubicar un contraste con escenas relatadas al momento del ingreso. El padre refería que, en distintas oportunidades, debía retirarlo de la comisaría luego de que la policía lo detuviera, no por delinquir si no por algunas situaciones donde L. se paralizaba por completo, al punto de no poder mostrar su documento de identidad debido al intenso nerviosismo que experimentaba frente a la autoridad y la mirada del otro. Meses después, es el propio L. quien decide ocupar el espacio público para realizar sus presentaciones. Si bien este nuevo escenario continúa confrontándolo con la exposición, los conflictos y la mirada de los demás, ya no responde únicamente desde su síntoma (ronchas), sino que comienza a responder mediante un nuevo hacer.

A medida que avanza este recorrido, también amplía sus lazos por fuera de la institución. Busca grupos de freestyle a través de WhatsApp y comienza a participar en

batallas mediante audios, aunque manifiesta que todavía no se anima a asistir personalmente porque considera que "los demás son mejores". Ante dicha mención se agrega desde los practicantes preguntas acerca de por qué mediante audios e introducir, si esa es una forma de “probarse”, o entrenar, para luego pasar a las batallas de manera presencial. A lo cual él muestra cierta adherencia y comenta que es su próximo desafío.

Las contingencias no faltaron, usó el dispositivo taller, más que nada el taller expresivo, para mencionar que en distintas oportunidades se siente desmotivado, viéndose así un cierto efecto en su rendimiento tras discusiones con su Papá donde le cuestiona el tiempo dedicado a “hacer semáforos” (L. lo menciona así) y distintas conversaciones donde el padre no reconoce su esfuerzo. La institución si bien suele comunicarse con la familia y estar atentos a los intercambios, destaca que más allá de los efectos que esta devolución familiar genera en L., él defiende esta actividad y la utilidad para generar ingresos. En distintos encuentros hace alusión a cuánto ganó, y muestra distintos objetos que se compra mediante eso.

Así se puede localizar una atenuación de ciertos síntomas que motivaron su ingreso a la institución, una elaboración de ello, de las erupciones cutáneas ante situaciones que implican ser mirado. Durante un periodo no logra acceder a la medicación (de sus “ronchas”) y vuelve a expresar preocupación por ello, refiriéndose nuevamente a esta sensación de “calor” cuando se siente observado, pero dicha situación fue eventual ya que luego del restablecimiento del tratamiento farmacológico no vuelve a ser mencionado.

En distintas oportunidades se realizan producciones audiovisuales vinculadas con los intereses del grupo. L. acepta grabar su voz y escuchar posteriormente las grabaciones junto al grupo. En un primer momento, al oírse, expresa: "saquen eso…ese no sabe nada". Sin embargo, con el paso del tiempo esta posición comienza a modificarse. Las grabaciones dejan de constituir una instancia para comprobar si "sabe o no sabe" y pasan a convertirse en un

material sobre el cual trabajar, introducir cambios y ensayar nuevas versiones, introduciendo la posibilidad de “perfeccionar” dichas producciones.

En los talleres algunas veces se sigue dirigiendo como “profes" a los practicantes, aunque también empieza a realizar sus demostraciones ubicando a los demás como “público”. Ya el espacio no es fijado como una “clase” como en un principio, capaz empieza a tomar forma de escenario al igual que el “semáforo”

Hacia finales de 2025, L. refiere que ha decidido dejar de hacer freestyle. Relata que, durante una discusión familiar, le dijeron que él era "los ojos del padre", expresión que adquiere especial resonancia considerando que su padre presenta una discapacidad visual y según lo mencionado se está quedando ciego. Se lo ve con un semblante triste y desanimado y lo lleva a cuestionar la continuidad de esta actividad, ese mismo día decide realizar igualmente el segmento que había preparado con la pelota. Finalizada la presentación expresa sentirse bien "ante la mirada atenta de todos", y a su vez propone por primera vez “pagar” una gaseosa para compartir en el taller.

Así es como en distintas oportunidades mencionan efectos por fuera del dispositivo. No se conoce con claridad si actualmente realiza semáforo, pero sí que L. fue invitado a participar en un programa de televisión para mostrar sus trucos con la pelota, y obtuvo cierta visibilidad en los medios al ser publicado en un reel de Instagram por diarios, hubo una preocupación por parte de los practicantes sobre algunos comentarios negativos sobre ese video, y cómo esto podría afectar a L. A lo cual L., sorprende, ya que solo comenta sobre el hecho de ser mostrado por este medio, sin darle entidad a los comentarios.

En otra oportunidad, un compañero con el mantiene cierto vínculo, comentó que L. no había asistido a un taller porque se había reunido con un grupo de artistas callejeros, señalando que allí "cada uno hacía su gracia".

Un momento particularmente significativo se produjo a partir del proyecto de intervención realizado durante un taller. Se dispusieron sobre una mesa distintos sticker, seleccionados en función de intereses que habían ido apareciendo en los encuentros grupales. Al observarlos, L. identifica la silueta de un joven realizando freestyle y expresa: *"Seño, se acordó de mí",*preguntando si puede llevársela. Luego toma el sticker, escribe la palabra "Nodal" en el reverso y lo pega sobre la funda, dejando esa especie de “firma” expuesta en el celular.

Luego de las vacaciones de verano, L. llega a los talleres visiblemente desanimado. Refiere haber pasado varios días *"haciendo nada",* acostado en la cama. Y, al ir finalizando el encuentro, explicita: *“Venir a Nodal me ayuda a no estar tan así... mientras vengo a los talleres no soy así”*

CAPÍTULO 4

DISCUSIONES

Sin un “para todo x”

En el abordaje psicoanalítico de la psicosis, la ausencia de un “qué hacer” universal frente al síntoma no implica la inexistencia de una orientación clínica (Belaga, 2015). Durante el período de las prácticas, la alumna asistió a un taller de lectura, ante surge la pregunta acerca de qué debía hacer como practicante, el Lic. presente señala que no hay un “qué hacer”, sino un “desde dónde”, el cual va dirigido a la construcción de un posible lazo. Este “desde dónde” supone interrogar la posición desde la cual se interviene y el lugar que se le otorga al saber del sujeto.

En este sentido, Leibson (2010) plantea que la pretensión de curar puede constituirse en un obstáculo para la escucha del otro, en tanto ubica al profesional en una posición desde la cual se cree saber qué es (a priori) aquello que debería modificarse en el paciente. Desprenderse de esta pretensión no supone abandonar el tratamiento, al contrario, implica modificar la posición desde la cual este se sostiene: en lugar de partir de un ideal de curación al cual conducir al sujeto, o de buscar quitar el síntoma, se trata de acercarse a los fenómenos presentes en la clínica mediante la escucha, adoptando una posición de investigadores, es decir, con más hipótesis que respuestas, sobre aquello que trae el paciente.

Esta orientación adquiere particular relevancia en el caso de L. Al comienzo de su recorrido institucional, distintas manifestaciones de su presentación podían haber sido leídas desde una lógica centrada en el déficit: su “bajo rendimiento”, su dificultad para exponerse, su posición reiterada de “no saber”, las dificultades para incorporarse a determinadas dinámicas grupales o ciertos modos de circulación social. Sin embargo, el trabajo institucional permitió que estas manifestaciones no fueran tomadas como un síntoma que debía ser corregido. La escucha de sus producciones, intereses y enunciaciones permitió localizar progresivamente

otras coordenadas desde las cuales orientar el tratamiento. Fridman (2009) advierte sobre el riesgo de dirigir el tratamiento hacia la eliminación directa de aquello que se aparta de la norma, como las identificaciones imaginarias o significantes sintomáticos, dado que en la psicosis esto puede desarmar el trabajo que el sujeto realiza con frente a lo real.

En esta perspectiva, la posición de interviniente no consiste en enseñar al sujeto aquello que supuestamente no sabe, sino en poder aprender de los modos singulares mediante los cuales este se las arregla. Belaga (2015) plantea, en este sentido, que el síntoma constituye una ley singular que el sujeto encuentra para anudar algo de aquello que irrumpe. Desde ese lugar es que se puede leer a las "ronchas" de L. como un intento de solución, es decir, el síntoma como acceso al real (Belaga, 2015), no como un desvío a reparar. En consonancia con ello, Lacan (2001) plantea al sujeto como efecto del lenguaje, expuesto a la irrupción de un goce no regulado, frente a lo cual el psicótico trata de encontrar recursos que le permitan operar algo de ello.

La pregunta clínica se desplaza, entonces, desde ¿qué debemos enseñarle? hacia ¿qué podemos aprender de aquello que el sujeto hace? Esta posición resulta particularmente relevante en los talleres, donde las intervenciones no se orientaron de manera sistemática a transmitir un saber previamente establecido, sino a acompañar y hacer uso de aquello que L. iba produciendo. Así, frente a su posición inicial de "no saber" qué decir o cómo hablar en el taller de radio, no se buscó transmitir una modalidad adecuada de participación, sino acompañarlo en la búsqueda de un recurso propio. La elección del deporte como temática le permitió construir un segmento desde un lugar en el que se sentía más cómodo y, posteriormente, servirse de recursos vinculados con el periodismo deportivo para sostener su participación. La intervención, en este sentido, no consistió en enseñarle a hablar frente a un micrófono, sino en acompañar la construcción de un modo singular de hacerlo.

Esta orientación requiere considerar la noción de estructura subjetiva. La distinción entre neurosis y psicosis no se plantea aquí como una clasificación de personas ni como una descripción exhaustiva de sus características, sino como una herramienta de lectura que permite interrogar las modalidades singulares mediante las cuales un sujeto se relaciona con aquello que lo afecta, tal como Millas explica retomando las enseñanzas de Lacan, señala que estas no solo constituyen coordenadas para orientar la clínica, además han permitido extraer de las estructuras las pruebas necesarias de "hacer del psicoanálisis una clínica orientada por el real" (2015, p. 9).

En este sentido, la estructura no permite anticipar de manera acabada qué ocurrirá con un sujeto ni prescribe de antemano una intervención, sino que ofrece coordenadas para orientar la escucha y localizar las soluciones que este construye. En el recorrido de L., la construcción puede localizarse en distintos momentos, sus esculturas, posteriormente el fútbol y el freestyle, la elaboración de segmentos para el taller de radio y finalmente las presentaciones en el espacio público, pueden ser leídos como diferentes modos de construir respuestas a partir de aquello que le resulta propio. No se trata de considerar cada una de estas actividades como "terapéutica" en sí misma, sino de atender al uso singular que L. realiza de ellas y a los efectos que producen en su relación con los otros y con los espacios que habita.

Desde esta perspectiva, que el psicoanálisis no parte de un "qué hacer" universal frente al síntoma (Belaga, 2015), se relaciona en sí con una posición ética, donde la manifestación sintomática no puede ser reducida a un fenómeno a eliminar. La clínica de la psicosis requiere una lectura atenta de las modalidades singulares mediante las cuales cada sujeto responde, así localizar qué función cumple el síntoma en el sujeto y qué posibilidades pueden abrirse a partir de ello. Como establece Belaga (2015), la lógica del *"para todo x"* supone la posibilidad de establecer una respuesta universal y aplicable de manera general, mientras que la clínica psicoanalítica se confronta con un real sin ley, frente al cual no existe

un saber previamente establecido que permita anticipar la solución. De allí que adquiere relevancia el funcionamiento del taller: al finalizar cada encuentro, los intervinientes comparten aquello que han observado y ponen en común sus lecturas acerca de lo acontecido.

Este intercambio permite que las intervenciones no queden sostenidas por una única perspectiva, sino que puedan construirse a partir de un trabajo entre varios y de una disposición a dejarse interrogar por aquello que se manifiesta en cada situación, el abordaje convoca a renovar el deseo de saber y la interlocución con otros practicantes, destacando así el valor de la investigación en la posición como intervinientes, sabiendo albergar el vacío central de la práctica.

Asimismo, la redacción del presente trabajo parte desde ese lugar, en tanto los interrogantes que atravesaron el recorrido de las prácticas estuvieron presentes de manera transversal en las entrevistas, supervisiones y reuniones. Estos espacios no tuvieron como finalidad encontrar respuestas cerradas, por el contrario, abrir nuevas posibilidades de lectura e intervención. Esta modalidad puede observarse también en lo cotidiano de los talleres, donde no se trata de que alguien se posicione como un Amo portador de un saber acabado sobre el sujeto. Del mismo modo, a lo largo del recorrido de las prácticas, el encuentro con los distintos profesionales permitió sostener una escucha orientada hacia el síntoma, sin reducirlo a la búsqueda de una solución universal.

Retomando Belaga (2015) y su mención sobre el síntoma, como posible vía de acceso al real, otorgándole así un lugar privilegiado en el abordaje y proponiendo una lectura diferente de aquello que puede ser considerado solo como patológico. Ante lo cual, se propone observar el “saber hacer” que el sujeto va encontrando (Leibson, 2010). Esta orientación puede localizarse en una escena posterior del recorrido de L., cuando comienza a participar de batallas de freestyle mediante audios de WhatsApp, aunque manifiesta no animarse todavía a concurrir presencialmente porque considera que “los demás son mejores”.

Frente a ello, la intervención de los practicantes no se basó en indicarle que debía exponerse presencialmente, sino en introducir una pregunta acerca del uso que podía estar haciendo de los audios: si esa modalidad podía constituir una forma de probarse, entrenar o prepararse para un encuentro presencial.

La intervención, por tanto, no prescribe una conducta, un *"para todo x"* (Belaga, 2015, p. 14), sino que abre una posibilidad de lectura sobre aquello que el propio sujeto ya había comenzado a construir. Se trata, en términos de Miller (2008), de favorecer un saber hacer con aquello que se presenta como problemático, de modo que una manifestación que inicialmente puede resultar sufriente o desorganizadora pueda encontrar una vía de tratamiento singular.

Esta perspectiva sobre el síntoma puede ser vista en L., tras la sensación de "calor" y el "enronchamiento", al ser tomados como una coordenada para interrogar su relación con la mirada y las situaciones de exposición. Son vías posibles para elaborar, tal como surgió en una oportunidad en un taller, al L. contar sobre los comentarios negativos que recibía en el semáforo y los talleristas sugieren tras una analogía, que parte de ser artista es recibir tomates pero también flores. El fin no fue eliminar eso que sucede tras una mirada negativa, sino reconocerla pero también señalar otra vía posible, no solo un Otro que tira tomates.

De este modo, la orientación psicoanalítica se distancia de una respuesta universal frente al síntoma (Belaga, 2015). Si el síntoma constituye una solución singular, la intervención no puede establecer de antemano cuál debería ser la respuesta adecuada para todos los sujetos que presentan una determinada manifestación. Por el contrario, se trata de localizar la solución particular que cada sujeto puede construir y acompañar sus efectos.

Algo semejante puede observarse en el lugar que adquiere el freestyle, esta práctica comienza a funcionar como un recurso del que puede servirse para producir, relacionarse con otros, ocupar el espacio público y construir una fuente posible de ingresos. El valor clínico de

esta práctica no reside, por tanto, en la actividad en sí misma, sino en los distintos usos que L. comienza a hacer de ella. En este recorrido puede notarse un desplazamiento que no supone la desaparición de aquello que afecta al sujeto, sino la posibilidad de hacer algo distinto con ello. Frente a distintos dichos provenientes del Otro, L. continúa mostrando momentos de vacilación, desánimo y angustia; sin embargo, comienza también a construir recursos propios para responder. En este sentido, puede pensarse un pasaje desde quedar predominantemente afectado por aquello que le viene del Otro hacia la posibilidad de servirse de algunos de esos elementos para producir un hacer que le sea propio.

Tal como dice Tendlarz (2009), la cuestión de la psicosis no es lo biológico, sino el modo en que el sujeto queda expuesto a estos efectos del lenguaje y a estos efectos del goce. Por eso nos encontramos en Lacan con que es posible un tratamiento en la psicosis, dándole importancia a las suplencias que pueden encontrar el sujeto frente a este derrumbe subjetivo (Ons, 2014). Por ello, ante la aparición de las "ronchas", se advierte en las entrevistas que el intento de eliminarlas por sí mismo, mediante solo la medicación, podría resultar insuficiente. Aquí encontramos ciertas diferencias con el discurso médico (Caroz, 2017), el cual se orienta exclusivamente hacia lo biológico, en cambio el discurso analítico, como enuncia Maleval (2002), la forclusión del Ndp no es concebido como un universal a restaurar, sino que busca situar una construcción pueda operar como soporte de la estructura.

Se tiene presente que todo arreglo siempre va a ser incompleto. Sin embargo, ello no impide lograr que la cosa marche, de otro modo. En ese sentido la institución puede funcionar como soporte de las invenciones y favorecer una cierta vitalización del sujeto. Esto se evidencia en las palabras de L. *"Nodal me da ganas de vivir"*.

Aquello que comienza a construir en este recorrido no solo le permite encontrar una respuesta diferente, sino también establecer nuevos modos de hacer lazo. Si inicialmente la roncha constituía una respuesta que lo aislaba y limitaba su relación con los otros, el recorrido

institucional posibilitó el ampliar sus modos de encuentro con la comunidad y con el mundo. En este sentido, adquiere particular relevancia su expresión *"Estoy conociendo el mundo"*.

En este recorrido la posición de investigación no es nombrada como una ley desde la cual se debe intervenir, sino como parte de una posición ética donde puede además producir movimientos en aquello que se despliega en la clínica. Al no quedar fijada de antemano la respuesta frente a lo que acontece, al no buscar un *"para todo x"* (Belaga, 2015), es que resulta posible seguir los desplazamientos que L. fue realizando y reconocer, a posteriori, el valor de algunas de sus producciones. Es en ese recorrido donde pueden localizarse las movilizaciones que surgieron del encuentro entre sus propias iniciativas y las posibilidades ofrecidas por la institución.

El caso por caso

Es posible apreciar en todo el recorrido una genuina intención de los intervinientes de la institución de alojar la singularidad del paciente buscando crear para este y para el resto de los participantes una "Atmósfera vivible" Di Ciaccia (2003) tal como sostiene como principio en la llamada una práctica entre varios, aspecto que serán desarrollados más adelante.

Hay ciertos momentos lógicos que pueden situarse en este abordaje institucional y vale la pena poner en relieve. En primer lugar, adquiere especial valor clínico las entrevistas de admisión, las cuales lejos de construir un mero diagnóstico psiquiátrico o una protocolización, representa un primer intento de poder captar ciertos detalles de la subjetividad de L. para así poder localizar coordenadas clínicas desde las cuales se sirve la institución y orienta el tratamiento de la psicosis, en palabras de Coccoz (2014) "el psicoanálisis debe de ser considerado como la ciencia de lo singular".

En el recorrido de las prácticas se pudo observar una intersección entre la descripción del caso y lo explicado anteriormente sobre el foco institucional, en un principio la practicante indagó sobre el diagnóstico del paciente y el tallerista explicó que el abordaje institucional

desde el psicoanálisis no se apoya bajo el diagnóstico psiquiátrico del DSM-5 sino más bien recae sobre el interés y el esfuerzo de leer la lógica singular de lo manifestado en el caso por caso, lo cual va a ser descripto a lo largo del capítulo.

Posicionamiento de la institución

Las coordenadas clínicas que se pudieron delinear desde la entrevista de admisión o el recorrido de L. se vinculan con su manera de responder mediante "ronchas" ante la mirada del Otro, tanto él como su padre relata que frente a situaciones de evaluación o de exposición aparecían ciertas erupciones cutáneas que solo cedían mediante tratamiento farmacológico. Dicho síntoma permite comenzar a interrogar que función adquiere la mirada para L. y anticipa una vía de lectura que será más adelante a analizar las particularidades de su tratamiento institucional.

Por ello adquiere cierta importancia en la psicosis los fenómenos elementales donde se trata de un real que no ha sido simbolizado. A través de la lectura analítica no se busca eliminar dichas producciones por considerarlas "patológicas" sino de reconocer su función dentro de la estructura (Miller 2007).

Obteniendo así una diferencia sobre cómo posicionar a la institución desde el sentido clásico del síntoma, mientras que en la neurosis está estructurado por la represión y es susceptible a la interpretación, en la psicosis encontramos arreglos o invenciones psicóticas como una construcción para arreglarse con un real no simbolizado, un síntoma que se produce tras el retorno de lo real debido a la forclusión del Nombre del Padre. Dichos fenómenos elementales adquieren valor diagnóstico no por su clasificación sino porque nos permiten dar cuenta de la reorganización subjetiva de L frente a la irrupción de lo real (Maleval, 2002).

Daniel Millas (2014) aclara que el introducir dicha dimensión del sujeto en el diagnóstico implica encontrarse con un caso sin reglas ni clase establecida, pero si orientado mediante aquello que el sujeto experimenta como intrusivo. Como fue al momento de la

entrevista de admisión, donde se explica la trayectoria educativa de L, la cual no logró finalizar porque las instancias de evaluación le generaban un intenso nerviosismo. Ante ello, él respondía con las ronchas mencionadas anteriormente, es decir que dichas situaciones en el ámbito educativo e instancia en donde se expone a ser evaluado por Otro era contraproducente para su síntoma. En otras palabras, "el sujeto deviene objeto de un Otro del que escapa, confronta o se defiende produciendo rupturas a nivel del lazo social" (Tejo, 2021, p.186).

Tal como describe Belaga (2015) retomando los desarrollos de Michel Foucault, cuanto más se intensifican los procesos de normalización más retorna aquello traumático y real, este dato orienta clínicamente al dispositivo permitiendo advertir desde donde no nos debemos posicionar como institución, es conveniente presentar un Otro más amable en vez de Otro que invada y reproduzca ciertas modalidades de intervención sostenidas en la imposición, la evaluación o la comprobación de capacidades.

Si bien no se concibe a la psicosis en términos de déficit ya que toda estructura se presenta con una falta y una relación de responder ante ella, lo específico de esta estructura clínica radica en que el sujeto queda expuesto a los efectos del lenguaje y del goce sin mediación simbólica, como señala Tendlarz (2009), teniendo en consecuencia un sujeto que más que hablar, es hablado (Lacan, 1955-1956/1984). Es posible observarlo en L. tras ver efecto de las palabras de las enunciaciones del padre al presentarlo como el que "no sabe", como un discapacitado, dejándolo realmente en una posición de "no saber" a L., la cual se traslada en su manera de participar en los talleres, en su forma de hacer lazo.

Ante esto el dispositivo se presenta como Otro distinto, no desde un Otro que invade o que aplasta, ni mucho menos posicionado desde un saber totalizador, al contrario, al reconocer la falta en la institución L. puede encontrar lugar para emerger como sujeto, permitiendo así ubicar la diferencia entre el Discurso del Amo y el Discurso Analítico, mientras que el

Discurso del Amo se introduce bajo la lógica de regulación, órdenes y que “la cosa funcione” Lacan (1969 – 1970). En la institución el Discurso Analítico constituye el reverso del Discurso del Amo para hacer uso de estas estructuras y leyes que permitan organizar algo del lazo social sin quedar absorbido por este.

Tal perspectiva se evidencia al ingresar L. a la institución con el padre y tras el establecimiento del encuadre, se explica que al taller debe de ingresar solo el paciente, instalando así cierto orden simbólico para sostener tanto la convivencia como el mismo trabajo con el vínculo de L. y el padre. El mismo día L asiste todo mojado a la institución y haciendo uso de los reglamentos que dispone el Discurso del Amo, se trabaja mediante la lateralidad y el uso del efecto grupal poniendo a circular ciertas pautas de higiene y cuidado personal.

Mediante la lateralidad es que funciona el dispositivo taller, ya que como explica Zenoni (2021) en la psicosis la transferencia puede presentar ciertos obstáculos si no se pluraliza al Otro, por ello mediante el uso de este se evitan ciertos obstáculos transferenciales en el posible tratamiento.

En dicha intervención subyace la intención de que, mediante el uso de este Discurso del Amo, L, elabore invenciones para que algo del lazo social pueda construirse, aspecto que suele estar muy perturbado en la psicosis, por lo tanto, uno de los blancos del tratamiento institucional, tal como indica Alvarez (2023) al señalar que el Discurso Analítico no busca abolir las estructuras sino organizar algo del lazo social y agregando a Laurent (2020), hacer posible el trabajo colectivo en la institución, dándole así un lugar a lo singular.

Según Albareti (2023) la ética del psicoanálisis aplicado, es decir, el Discurso Analítico en la institución, es el único que no pretende dominar al sujeto. Pretende dar lugar al paciente, para que vaya construyendo su arreglo, su invención. Pudiendo observarse un intento constante de ello en cómo son abordadas las intervenciones y actividades en los

talleres, las cuales no son impuestas sino que se proponen, viéndose cuando en el taller de radio se plantea la idea de realizar segmentos según intereses, ante lo cual, L, responde mediante este "no saber",

pero sin quedar paralizado y mediante la intervención de los practicantes al presentarse como agujereados y no imponer soluciones rápidas, L. se corre de esta posición que lo paraliza y utilizando este "no saber" para hacer lazo, es decir se presenta como "periodista". Tal como formaliza Alexander Stevens (2020) al mostrar la institución como agujereada esta no ocupa el lugar del especialista poseedor de un saber sobre el sujeto, sino que se deja a los intervinientes del lado del no saber permitiendo que sea el sujeto quien se mueva para encontrar una nueva respuesta.

Otro de los ejes que sostiene al psicoanálisis aplicado es la llamada *"Práctica entre varios"* de Antonio Di Ciaccia (2003), para trabajar en casos de autismo y psicosis, surge como respuesta institucional frente a lo real, en la cual el punto de partida es que la práctica no se sitúa ni del lado del saber institucional ni del lado de una idea a priori de cura, sino del lado del sujeto y de las soluciones singulares que este construye frente a lo real. Stevens (2020) agrega la importancia de crear la institución entre la contingencia y la necesidad, entendiéndose así la importancia de los encuentros y lo que sucede en la cotidianeidad de los talleres, tal como se ve reflejado en el caso de L.

Saber hacer

Lacan (2001) subraya que el sujeto no posee una exterioridad respecto al lenguaje, sino que es un efecto de este. En el transcurso de L. por la institución, se permite ubicar ciertos efectos de ello y de un goce proveniente de un Otro invasor (Belucci, 2014). En un principio L. es presentado por el padre con su nombre en diminutivo y como se repitió antes, ubicado como el que no sabe. Aquí el concepto de invención cobra importancia ya que constituye de una forma singular para arreglársela con ese real, tal como explica Laurent

(2009) para poder moderar algo de ese goce invasor sin eliminar el fenómeno (síntomas tras la mirada), pero si introduciendo otra respuesta frente a ello. Se pudo observar como en un principio, L. hace evidente esta posición.

Como el abordaje no se dirige a un ideal u objetivo basado en la lógica de saber que es lo mejor para el paciente, se permite alojar una variedad más amplia de aquello que irrumpe y de los posibles arreglos subjetivos del paciente (Lacan 1957 – 1976 / 2006), observando en un principio como se aloja en los talleres sus intereses, tras los talleristas proponer en el grupo realizar esculturas, luego de L. haber llevado unas al taller enunciando "miren lo que hice", tal como indica Miller (2008) frente a esto que irrumpe sin mediación, la mirada, el sujeto se ve empujado a poner en juego diversos arreglos que le permitan "hacer con" eso que irrumpe.

Caroz (2017) establece la concepción de la institución no solamente como quien aloja sino también como reguladora del goce, es decir, que no solo se piensa a la institución como aquello que "da cuerpo al Otro" sino también como una modalidad de lazo social por ello dichas esculturas además de ser alojadas, la institución también utiliza la maniobra de acotarlas, luego de que L, comienza a producirlas de manera masiva obstaculizando así establecer un lazo y sin dejar espacio para otras cosas.

Tal como plantea Stevens (2020) la institución no está para decir que si a toda invención, no se debe abandonar las orientaciones clínicas ni las intervenciones frente a aquello que precipita sufrimiento o desorganización. Tal como Soler denomina en 1992, como orientación del goce*,* a estas maniobras que tienen la función de acotar el goce.

De esta forma se podría decir que gran parte del trabajo institucional implica hacer un espacio para la invención del sujeto y la enunciación, es decir, un espacio donde "eso" pueda ser dicho o escuchado tal como dice Fridman (2009), al alojar lo singular del sujeto y a su misma vez introducir un corte en aquello que irrumpe en el sujeto. Es desde alli que se puede encontrar formas distintas de hacer lazo y hacia dónde se dirige cada intervención del analista,

para posibilitar así también desde el "no" nuevas modalidades de goce menos invasoras (Fridman, 2009).

Así es como en estos intentos del abordaje institucional sobre el esfuerzo de que algo en el sujeto emerja tal como indica Belaga (2002), donde el psicoanálisis apuesta a darle lugar al deseo del sujeto y a que este encuentre formas particulares de solución frente a su padecimiento, en distintas circunstancias se puede observar como se fueron produciendo ciertos movimientos en L. que se podría suponer que fue encontrando en Nodal no solo un escenario distinto para mostrarse sino también experimenta que podría mostrar algo nuevo, no solo sus "ronchas" o sus "esculturas" que armaba en casa, es decir, privilegiar ofrecer un lugar distinto para que el sujeto se pueda desplegar sin caer en la posición de educador a la que el tanto L. posicionaba al Otro, dirigiendosé el taller como clases o a los talleristas como profes.

Por consecuencia de las maniobras para reubicar la posición de saber, en distintas intervenciones, frente a la demanda de L. que imponía sobre que le enseñen, se le respondió -probemos juntos, así -algo- nos va a salir-. A partir de ello, L. refiere haber tenido cambios en sus intereses y nuevamente destacando el esfuerzo de los talleristas en alojar estos intereses, es que L. comenta sobre sus entrenamientos con la pelota, aspecto que además le habilitaba a conversar con los demás participantes, es decir, algo de esto nuevo que estaba emergiendo le permitía a su vez, hacer lazo. Ante ello el mismo L. es quien explicita *"ahora me gustan otras cosas",* permitiendo así explorar otras producciones no solo las esculturas que traía en un principio, comenzando a desplazarse progresivamente lo que "muestra" en los talleres.

Viéndose reflejado la orientación que plantea Stevens (2020), sobre la práctica analítica, la cual refiere una constante disposición hacia la invención, una apertura hacia aquello novedoso e imprevisto que puede producirse en cada recorrido subjetivo, en donde la intervención no va dirigida a atribuir sentidos al padecimiento ajeno sino en la posibilidad de

acompañar, tal como es en este caso, hacia soluciones singulares, favoreciendo las condiciones para que estos hallazgos puedan suscitarse.

Los intereses del paciente fueron evolucionando hasta producciones de freestyle, haciendo rutinas de trucos con la pelota y producciones de rap de manera individual o grupal. En varias oportunidades al mostrar las prácticas de sus videos, pone a circular como se siente respecto a esto y las dificultades que se le van presentando, así, la charla adquiere un lugar privilegiado en la situación transferencial (Belucci, 2014).

Ante ello, se sostiene un espacio en la institución donde las producciones pueden ser mostradas, comentadas y elaboradas sin calificarlas, mas bien acompañando el trabajo que L. estaba realizando, el interviniente no ocupa lugar de experto sino que se sostiene en una posición de prudencia y disponibilidad para aprender de las soluciones constituidas por el propio sujeto (Briole, 2004), así es como la institución no funciona solo como un dispositivo asistencial sino también ofreciendo un marco donde las ideas y propuestas de L. empiezan a hacer posibles llevarlas a cabo.

Retomando nuevamente los aportes de Alexander Stevens (2020), lo cual coincide con lo que se intenta bordear en lo que subyace al abordaje institucional de la psicosis mediante esta orientación, donde el autor plantea que la institución no está para darle al paciente el significante que le falta, sino para decir “Si” a la invención que hace con sus significantes y al valor que tiene su hallazgo.

Viéndose reflejado en esto que se está intentando escribir, un gran cambio de posición en el paciente ya que no solo dio lugar a nuevos intereses, sino que a partir de ello logro construir un proyecto propio, lo que él le denomina “ir al semáforo” refiriéndose a la actividad que realiza con remuneración económica tras mostrar un nuevo saber hacer, es decir, algo propio para mostrar. Como plantea Raffo (2018) que las producciones subjetivas de los pacientes deben apuntar a un saber hacer singular de forma que se logre cierto alivio en su

parecer, o como define Miller (2006) el saber hacer es la respuesta inventiva del sujeto para tejer un nuevo orden que le otorgue consistencia.

Desde allí surge, en una reunión presenciada por la practicante, el interrogante acerca de si la identificación de L. con el freestyle, el rap, podría operar como un sinthome (Lacan, 2006). La conversación no condujo a una respuesta concluyente, sino a considerar la posibilidad de que se tratara de un arreglo no inscripto. Esta hipótesis adquirió relevancia al observar que, frente a cierta discontinuidad en su asistencia a Nodal, L. refería haber pasado varios días *"haciendo nada"* y señalaba que asistir a la institución lo ayudaba a no permanecer en ese estado. De este modo, más que establecer de antemano el estatuto de aquello que L. construía, resultó posible interrogar qué elementos intervienen en su sostenimiento.

En este contexto puede situarse una escena en la que la practicante le ofrece un recurso identificatorio vinculado con el rap y otro con la actividad que realiza en los semáforos, a partir de la propuesta de "armarse un cuerpo". Al reconocer la silueta de un joven realizando freestyle, L. comenta *"seño, se acordó de mí"* y pregunta si puede llevársela. Luego toma el sticker, lo da vuelta y escribe en su reverso la palabra "Nodal". Este gesto permite localizar algo que excede la identificación con la figura del rapero. Aquello que L. comienza a construir aparece también enlazado con la institución y con el lugar que esta ocupa en sus producciones.

Ante ello se podría hacer alusión que lo que le permite cierto apaciguamiento de su padecimiento es este nuevo escenario en donde él se puede mostrar de una nueva manera, es decir la institución. Se trata entonces de atender al uso que L. realiza de esos recursos y a la función que adquieren para él.

En esta línea, Zlotnik (2009) propone avanzar hacia un saber hacer del cual el sujeto pueda servirse. En L., este movimiento devino de él, no fue la institución quien impone ese

avance. Se registra cierta iniciativa por realizar actividades en los semáforos, primero mediante intentos de hacer malabares y posteriormente a través de recursos vinculados con la pelota de fútbol. Siguiendo a Miller (2008), la invención no supone crear desde cero, sino producir algo nuevo a partir de aquello ya disponible. L. encuentra así una modalidad propia de hacer con aquello que tiene a su alcance, articulando intereses, recursos y experiencias previas en una práctica que comienza a adquirir nuevos usos, componiendo así una solución inédita con los fragmentos que si tiene a su alcance.

Miller (2007) señala que la invención puede tomar, entre otras formas, la de una identificación. Sin embargo, en este caso resulta difícil reducir lo construido por L. a una identificación determinada, ya que él no se nombra como "él rapero" ni como artista, es decir no se enuncia como el caso de Joyce, haciéndose un nombre a través de aquello que hace (Zlotnik, 2009) . Lo que sí puede notarse son movimientos y efectos de ello, una *"nueva motivación",* como nombra su segmento de radio; algo nuevo para mostrar; una práctica que comparte y lo enlaza con otros, mediante la cual comienza a ocupar espacios que anteriormente no habitaba. En este sentido, más que cerrar la pregunta por el nombre de su identificación, interesa seguir aquello que estas producciones hacen posible.

La institución adquiere aquí una función específica, en tanto sostiene y pone a circular los recursos que L. va construyendo. El freestyle, las tarjetas de rap, las batallas y los trucos realizados en el semáforo no quedan como elementos aislados, sino que encuentran un lugar para desplegarse en los talleres, en sus segmentos de radio y en los intercambios con otros. Esta dimensión permite retomar a Miller (2007) respecto de la función de consistencia de los arreglos: más allá de establecer definitivamente qué estatuto tiene aquello que L. construye, pueden observarse efectos de apaciguamiento, una disminución de ciertas manifestaciones de padecimiento y una ampliación de sus posibilidades de lazo.

A su vez, Husni (2020) permite considerar que todo invento comporta una fisura, en tanto se inscribe en una imposibilidad estructural señalada por el axioma lacaniano "no hay relación sexual" . Por ello, no se trata de pensar estos arreglos como soluciones definitivas ni como una reparación de aquello que falta. Como plantea Miller (2008), la invención no apunta a reparar un daño, sino a encontrar una nueva salida a partir de los elementos disponibles. En el recorrido de L., esta perspectiva permite ubicar el valor de aquello que fue construyendo sin exigirle la consistencia de un sinthome ya constituido. Se trata de un saber hacer que requiere todavía de determinados soportes y que, precisamente por ello, encuentra en la institución un espacio donde puede adquirir cierta consistencia.

Los efectos de este recorrido permiten, finalmente, desplazar la mirada desde la pregunta por la clasificación del arreglo hacia sus consecuencias para el sujeto. Aquello que inicialmente aparecía en las “ronchas” como una respuesta que restringía el encuentro con otros encuentra, posteriormente, otras vías de elaboración y de circulación. L. comienza a producir, a mostrarse, a participar en espacios públicos y a establecer nuevos modos de lazo con la comunidad. La institución no aparece como el lugar que produce la solución, sino como un soporte que puede acompañar las construcciones que el sujeto realiza.

Quizás sea allí donde cobre particular valor su enunciación: *“Nodal me da ganas de vivir”* y *“estoy conociendo el mundo a través de Nodal”*. Más que una resolución acabada, estas expresiones permiten situar los efectos de un recorrido en el que algo de lo construido por L. comienza a abrirle una salida distinta hacia el mundo.

Discurso analítico en la institución

Baio (2020) sostiene que, en la psicosis, el desorden se localiza del lado del Otro, razón por la cual la institución no debería presentarse como un lugar de dominio, completud o saber absoluto.

De allí la importancia de una presencia institucional capaz de introducirse sin volverse invasiva ni totalizante. Esto puede observarse desde el ingreso de L., cuando la institución identifica que las situaciones de evaluación y exposición frente a una figura que supuestamente "sabe" resultaban contraproducentes para él. Frente a esto, se ofrece una posición de los intervinientes en tanto semejante, y así poder instruir algún soporte imaginario en el cual el sujeto puede construir (Belucci, 2014).

En los talleres se observan distintas escenas donde la institución se ubica como semejante y no como Otro que sabe que tiene que hacer L., evitando asi reproducir aquello que lo invade. Al responder L. antes las propuestas de radio mediante un *"no sé qué decir","no sé cómo hablar"*, la intervención no consistió en indicarle que tiene que decir. Se le pregunta ,qué le gustaría compartir o qué es de su interés. A partir de ahí elige el deporte y arma un segmento, es desde allí que L., ante ese vacío, puede construir algo. Al igual que cuando L. deja progresivamente las esculturas y dice ***"****ahora me gustan otras cosas",* los talleristas toman eso como punto de partida para preguntar cuáles son esos nuevos intereses. Aparecen entonces el fútbol, la pelota y posteriormente el freestyle. Es decir, la institución no orienta a L. mediante prescripciones sobre que debería hacer, si no que se deja orientar por aquello que emerge del sujeto y escuchando el saber que hay del lado de la psicosis.

Por ello la ética del abordaje institucional no se centra en corregir conductas, adaptar al sujeto a ideales normativos, ni reducir el tratamiento a una concepción biologicista del padecimiento. La ética psicoanalítica desplaza el foco hacia aquello que se juega en la vida cotidiana, en los pequeños acontecimientos que hacen al lazo social y en las modalidades

singulares con las que cada sujeto habita la institución, como cuando surge su interés por generar ingresos, los intervinientes no le dan una solución cerrada. A partir de las conversaciones grupales, los encuentros y las contingencias (Stevens, 2020), L. empieza a preguntarse cómo podría obtener dinero mediante algo que sabe hacer y posteriormente comienza a realizar presentaciones en los semáforos con sus trucos de freestyle y pelota, obteniendo así también reconocimiento por parte de otros y haciendo lazo mediante ello, por ejemplo al hacer batallas de rap con su compañero.

Muchas veces, el trabajo clínico se sostiene en aquello que acontece en los talleres, *"nuevos intereses"* como nombra L. en las conversaciones, como aquella donde se le da entnidad al "semáforo" como trabajo; o en los espacios compartidos (donde es posible encontrar algo que mostrar y otros que lo reconozcan), en aquello que se habilita a decir, pero también en aquello que prudentemente no se fuerza.

Es en esa clínica de lo cotidiano donde se producen intervenciones que, aunque puedan parecer mínimas, adquieren un importante valor para la orientación del tratamiento. Viéndose esto reflejado cuando L. pregunta *"¿Cómo hago para que los demás me escuchen?",* apareciendo así una pregunta sobre el lazo con el Otro y esta es puesta a circular en el grupo, generando por si sola esa pregunta un lazo, al no forzar ni imponer una respuesta. Como así también, cuando L. ocupa el lugar de "enseñar", al realizar freestyle con un compañero y produce una inversión respecto a su posición inicial. Lo interesante es que el dispositivo permite que aparezca otra posición subjetiva posible. Incluso en la batalla, cuando indica que aplaudan más a su compañero con discapacidad intelectual severa, aparece algo del orden de hacer lugar al otro, no solamente mostrar su propia producción.

En ello podemos ir observando efectos de aquello que menciona Belaga, *"hacer que el psicoanálisis exista"* (2015, p.1), donde al introducir una escucha, interrogantes de aquello que el sujeto trae, como vía de acceso a un real, partiendo de que se trabaja con un real sin ley

y la institución ante ello no intenta encontrar respuestas totalizadoras, sino más bien hacer lazo con el sujeto mediante ese no saber, hacer lecturas de este y permitir con el sujeto generar una narración diferente. L. elabora modificaciones en torno a su manera de responder, pasando del, no saber, a ,no hacerlo tan bien. Cambiando así su narración e introduciendo otra posibilidad, capaz ya hay "algo", el cual no es simplemente que L. ahora hace más cosas. Es que aparece progresivamente algo propio desde donde puede responder, desde un lugar menos padeciente, primero las esculturas, después el fútbol, la pelota, el freestyle, el periodismo, el semáforo, el proyecto de hacer una rutina, los grupos por WhatsApp, las batallas.

Por ello la práctica institucional no implica trabajar únicamente con el sujeto de manera aislada, sino con la red de la que forma parte. En el caso de L., esto supuso considerar no sólo su palabra, sino también el lugar ocupado por su padre, sus demandas, los vínculos construidos en su barrio, sus referentes, las instituciones previamente transitadas y los distintos profesionales que intervienen en su tratamiento. Se observa un punto donde L. menciona una conversación donde se lo enuncia como *"sos los ojos de tu papá".* Pero ese mismo día realiza su segmento y luego dice sentirse bien *"ante la mirada atenta de todos"*, luego de que la institución ofrezca un espacio donde dichas contingencias pueden tener efectos distintos y donde L. puede continuar construyendo aun luego de haber sido afectado por ello.

De este modo, el abordaje se amplía hacia una perspectiva interdisciplinaria e intersectorial que excede el espacio formal del taller y se extiende a los diferentes ámbitos en los que transcurre la vida del sujeto.

Esta concepción encuentra sustento en la definición de Centro de Día establecida por la Ley N.º 24.901 (1997), al señalar que estos dispositivos se orientan a favorecer el desempeño de la persona en su vida cotidiana mediante prestaciones integrales. Desde la orientación psicoanalítica, esta formulación adquiere un valor particular, ya que desplaza el

tratamiento del tradicional aislamiento psiquiátrico para privilegiar el sostén de los lazos sociales, la grupalidad y las condiciones que posibiliten una inserción singular del sujeto en la comunidad.

Por ello, el valor de la política terapéutica del Centro de Día radica precisamente en otorgarle un estatuto clínico, a ese trabajo cotidiano, que se sostiene de responsabilidad, donde la presencia, la iniciativa o el movimiento de cada interviniente tiene repercusiones directas sobre el conjunto del tratamiento, se observan "pequeños" pero importantes movimientos en aquello cotidiano, como cuando L. ve un sticker , llevado por la practicante, de alguien haciendo freestyle y expresa que se acordaron de él, es decir, algo de su singularidad está en el Otro institucional, donde el sujeto puede reconocerse en una representación y ser reconocido también por el grupo mediante ello. Es justamente esta lógica de la práctica entre varios lo que posibilita que el Centro de Dia se constituye como un espacio capaz de alojar lo singular y favorecer la construcción de modalidades de hacer lazo.

Para que el Centro de Día opere de dicha manera, como espacio de invención, Foucault (1977/1995) aporta la noción de dispositivo, como "una estrategia de relación de fuerzas, soportando unos tipos de saber y soportado por ellas" (p. 129). Situándonos desde ese aporte, se podría decir que, en el abordaje institucional, es la misma institución la que actúa terapéuticamente, a través del grupo, el cual actúa como una estructura que funciona y la pertenencia a este posibilita la construcción de un lazo social en los pacientes.

En este sentido lo que produce movimientos en L. no parece derivarse simplemente de su asistencia a Nodal, es el uso que él hace de este, es el interés por alojar, por hacer que la palabra circule, por evitar que la institución quede capturada en el lugar del saber u obturar la posibilidad de que el sujeto produzca un saber propio, es el uso de la lateralidad en los talleres, las reuniones de equipo y el uso de los distintos discursos, son algunos de los aspectos del abordaje que permite que este trascienda. Es decir, una clínica que opera también

por fuera de la institución, que genera efectos de continuidad, como L. al formar grupos por fuera del Centro de Día, como dijo un participante comentando que L. no había asistido a un taller porque se había reunido con un grupo de artistas callejeros, señalando que allí "cada uno hacía su gracia", o al salir en redes sociales grabando sus trucos con la pelota, como así también al mostrar entusiasmo por el asombro de los niños al verlo en los semáforos, dejando así apreciar un despliegue en el Otro por fuera de Nodal.

Conclusiones

Durante el recorrido se puede observar tal como dice Millas (2013) que al final lo más importante no es comprender sino el reconocimiento a partir de la certeza que tiene el psicótico que nadie lo comprende, es decir el discurso analítico hizo posible un lugar para que lo singular del sujeto emerja dentro de la institución teniendo esto efecto directo en L quien no solo encuentra un nuevo lugar sino una forma distinta de mostrarse frente este Otro, por ejemplo, al no quedarse tomado por el diminutivo con el que su padre lo domina y poder inventar un nuevo nombre agregándole una Z a este, o al firmar con el nombre de la institución una sticker para su celular señalando que capaz algo de esta institución también es parte de su firma personal y encontrando en este, capaz por primera vez, un saber hacer o una forma distinta de responder ante la mirada de otro, ya no invasiva ni paralizante.

Un abordaje institucional atravesado por los efectos de los encuentros, las contingencias clínicas y las dimensiones subjetivas, encuentros que bordean la contingencia y la necesidad como nombra Alexandre Stevens (2020) y como destaca Briole (2004) al establecer que en el trabajo con la psicosis muchas veces los fenómenos exigen otras modalidades de intervención, que van más allá de las palabras dirigidas al sujeto, hay una puesta en acto, es decir un acto analítico.

En la institución se puede evidenciar en varias instancias el efecto de este abordaje en el tratamiento de L, al ir cambiando de posición frente a estas situaciones de “mirada”, un paciente que entro expresando “cuando me miran me dan calor” y continuo su recorrido con presentaciones de freestyle en diferentes escenarios asegurando “me siento bien ante la mirada atenta de otros” viendo así como el lazo que fue siendo construido mediante los encuentros también tuvo una apertura hacia un lazo fuera de la institución, un paso de no saber “hacer nada” a generar un trabajo con un nuevo saber hacer, tal como señala Zlotnik

(2009) un *saber hacer* que le otorga nombre frente al Otro, y además le permita hacer lazo al obtener un reconocimiento y una identificación.

En el abordaje institucional se acompaña a poder sobrellevar las contingencias de esta nueva invención como los nervios que ocasionan, el miedo a quedarse en blanco, el impacto ante los comentarios de la familia, sin dirigir el tratamiento hacia un ideal que lo unifique. Reconocer este imposible en el saber y en la práctica, reconocer la falta estructural, es precisamente lo que permite que el trabajo entre varios funcione como una brújula clínica y no como una acumulación de saberes cerrados (Marta Berenguer, 2020).

Siendo Nodal un lugar, una excusa para dar a conocer las perturbaciones y donde estas se puedan acompañar en el mejor de los casos encontrar una invención singular y así teniendo cierto efecto tranquilizador, permitiéndose apoyar por lo dicho por el Otro institucional para entender que pasa y yendo más allá de los efectos de la medicación, donde si bien este regula y disminuye el síntoma deja de lado lo singular en relación a los arreglos posibles que se pueden poner a trabajar en el sujeto.

El abordaje institucional opera para producir en acto, una extracción de goce. Por un lado, Belucci (2008) menciona que una forma de operar en la psicosis es armar una escena más habitable para el sujeto, que le permita instituir un Otro más amable.

En un momento donde se exige inmediatez, urgencia, un “para” todos iguales, el abordaje institucional desde el psicoanálisis es un acto de revolución, en contraposición a las respuestas inmediatas promovidas frecuentemente por los dispositivos contemporáneos de salud mental, la orientación expuesta introduce una temporalidad distinta frente al sufrimiento subjetivo. Sotelo (2005) señala que, allí donde predomina la prisa por concluir con la angustia y eliminar rápidamente el malestar, es allí donde el psicoanálisis propone otorgar un tiempo propicio para la comprensión, un tiempo que posibilita que el sujeto pueda apropiarse de aquello que le acontece y producir alguna elaboración singular respecto de su padecimiento.

Complementando así lo referido anteriormente a la intervención, la cual no se dirige exclusivamente a suprimir el síntoma, sino también a crear condiciones para que algo de la experiencia subjetiva pueda ser leído y puesto en juego.

Tal como nos orienta la práctica, el presente trabajo integrador final, no tiene el fin de apresurar respuestas conclusivas, ni mucho menos juzgar recorridos, más bien es una invitación a detenerse a leer lo singular, a que el deseo de saber siga en pie, que el desenvolvimiento ético de la practicante escoja sostener el deseo a investigar, dejándose enseñar por las invenciones del sujeto. Tal como menciona Di Ciaccia (2003), sobre los efectos de la de-formación, donde una institución no se constituye por la suma de conocimientos y teorías, sino que sus cimientos son los efectos de la de-formación, de las contingencias, de lo imprevisto de los encuentros con la psicosis, del dejarse sorprender por el otro y del cuestionamiento de los saberes previamente establecidos para producir una ruptura con los ideales terapéuticos preexistentes y salir de la dicotomía de lo bien y mal, de lo que anda y lo que no.

Justamente, este trabajo está lejos de intentar taponar la falta respondiendo a certezas desde el discurso del Amo, no se busca un saber totalizante, más bien acercarse a la psicosis para seguir descompletado a la practicante.

Por todo lo descripto, se podría decir que se necesitan instituciones con abordaje psicoanalíticos más que nunca, que si a través de dichos ejes rectores, un paciente logra un saber hacer con la mirada que en un principio lo invadía, no solo lograr un saber hacer, sino además lograr una cierta salida exogámica, “conocer el mundo” como L dice, generar un trabajo con eso que en un principio solo lo paraliza, se podría decir, que el abordaje institucional desde el psicoanálisis, permitió este pasaje del Otro que aplasta, al poder testimoniar aquello que se padece y que este Otro no sea solo algo que aplasta, sino también

un Otro que aplaude, no es solo maestro, sino también un público, y para que haya público, tiene haber una escena que se sostenga.

Una escena que sostiene, tal como las tablas de un escenario, tal como sucede con el goce que se representa en la escena, es decir, que la institución puede ser tomada como estas tablas del escenario que sostiene al artista, que soporta no el sentido de aguantar, si no por el lado de sostén para que el sujeto pueda armarse de un lazo que le sea propio. La institución hace soporte cuando abandona sus ideales para que el sujeto pueda despegar sus propios soportes singulares, siempre y cuando la institución funcione como límite para su angustia y pueda ofrecer una distancia frente al Otro que lo "enronchaba", y pluralizar la transferencia entre varios intervinientes para no invadirlo. "Donde el analista debe apartarse de la intención de agradar o de ser simpático, con la pretensión de desinflar al Otro del sujeto (Zenoni, 2021)".

El abordaje institucional desde el psicoanálisis, permite hallar esperanza ahí donde uno se topa con la resignación, con el "no hay remedios", no desde la esperanza utópica de afirmaciones positivas, si no el poder torcer en algo lo que se cree establecido y sin salida.

Es este el abordaje, que deja de lado la posición de saber y permite acercarse al sujeto desde el "no saber", es este vacío central que permite mantener viva la llama del deseo del analista, una condición ética indispensable para seguir alojando lo inédito en las construcciones de los sujetos.

Retomando la idea de la institución como tablas del escenario que sostienen, para que una escena se produzca, es necesario no solo de un artista, sino de un público que lo vea, o, en otras palabras, de un interviniente que lo lea.

Así es como L, nos permite en este recorrido apreciar como el cuerpo, al ser superficie de inscripción del Otro, queda marcado por la mirada del Otro, pero al llevar esa mirada a otra escena, esta no se queda tomando al cuerpo, sino que es posible hacerlo arte.

Para finalizar, resulta importante extraer una cita de Lacan, no solo por la magistral de las palabras, sino además porque es la primera cita que la practicante se enfrentó en su acercamiento hacia el psicoanálisis, atravesada por la angustia del practicante y del no saber. A través de ella no solo permite valorizar este no saber para hacer lazo y encontrar deseo para seguir aprendiendo, si no también le dio una hoja de ruta para la elaboración de este escrito.

"Los analistas se confrontan mucho más con lo real que los científicos, solo se ocupan de eso. Están forzados a sufrirlo, es decir a poner el pecho todo el tiempo. Para ello es necesario que estén extremadamente armados contra la angustia."

(Jacques Lacan, el triunfo de la religión.)

En este sentido y considerando que la práctica se sostiene desde una lógica de trabajo entre varios, resulta pertinente recuperar el aporte de un tallerista de Nodal, quien señala en una conversación que no solo es armados contra la angustia, sino también dejándose angustiar.

ANEXOS

PROYECTO DE INTERVENCIÓN

“ Armar un cuerpo”

- Nombre y Apellido del responsable: Guillermina Garces
- Institución de la que proviene: Universidad Catolica de Cuyo
- Tutor a cargo del practicante: Candela Pastore
- Período en el que se realiza la PPS:

Año: 2026

INTRODUCCIÓN

En el transcurso de las prácticas profesionales supervisadas, llevadas a cabo en el centro de día nodal, se propone un proyecto de intervención a realizarse en el taller de producción creativa.

A continuación se describirán particularidades del grupo que sustenta el taller y algunas de las actividades realizadas hasta el momento, así como también los fundamentos que respaldan esta propuesta de intervención.

El taller de producción creativa tiene lugar los días miércoles por la tarde, está conformado por aproximadamente siete participantes que asisten de manera regular, además se encuentra la tallerista, una auxiliar y un practicante.

Se trata de un grupo clínicamente heterogéneo, esto se manifiesta en diferentes modalidades de lazo, niveles de implicancia y formas de expresión.

En el período de noviembre a enero del año 2026 el trabajo del taller giró en torno a producciones manuales, mandalas, dibujos, collage, temáticas navideñas, entre otras. A su vez se tienen en cuenta las propuestas que traen los participantes desde fuera de la institución para luego compartir información sobre esos temas con el grupo y poder, a partir de ellos, generar producciones individuales, las cuales en general son plasmadas luego de manera conjunta en el espacio de las paredes del taller.

El grupo ya estaba previamente consolidado, aunque había experimentado algunas modificaciones en cuanto a los talleristas y auxiliares, así como también la entrada de nuevos integrantes. Estos cambios generaron reacomodamientos en la dinámica grupal.

Se puede apreciar un grupo dispuesto y respetuoso entre los intereses y modalidades de expresión de cada uno. Sin embargo, en determinados momentos se observa un aumento del nivel sonoro y de la intensidad grupal que requiere intervenciones de encuadre.

En el taller se trabaja sosteniendo un interjuego entre alojar las singularidades y, al mismo tiempo, acotar, para permitir que el espacio sea habitable para todos, sin que la expresión de uno se vuelva invasiva para otro.

FUNDAMENTACIÓN:

La dinámica de las actividades en el Centro de Día Nodal no responde a una estructura rígida sin posibilidad de cambio, sino que se orienta a una modalidad flexible basada en los intereses, iniciativas y modos de participación que los pacientes manifiestan en cada encuentro. En este sentido, el dispositivo taller se presenta como una alternativa que permite alojar al sujeto allí donde el lazo social se ha vuelto difícil de sostener, ofreciendo un espacio que pueda funcionar como refugio frente a las particularidades que presenta la psicosis (Zenoni, 2021).

En esta lógica, no se plantean reglas rígidas ni modalidades de participación homogéneas. Por el contrario, las propuestas se van construyendo de manera colectiva a partir de los aportes de los participantes, contemplando la posibilidad de distintos niveles de implicación. Se respeta tanto la participación activa como la decisión de no involucrarse en determinados momentos, entendiendo que cada sujeto puede apropiarse de la propuesta de un modo singular. De este modo, el taller se orienta a posibilitar que cada participante pueda hacer algo propio con la actividad propuesta, habilitando un trabajo subjetivo en relación con su padecimiento.

Al respecto, Zenoni (2021) señala que el dispositivo taller se inscribe en la lógica de una institución regulada, es decir, una institución que no se orienta por normas universales y homogéneas, sino por una regulación que se construye caso por caso a partir de las coordenadas subjetivas que se van produciendo en el encuentro entre los participantes. En la misma línea, Bellucci (2008) sostiene que en el funcionamiento del taller existe una cierta legalidad: si bien hay flexibilidad en el modo de trabajo, no se trata de un espacio donde “todo vale”, sino de un dispositivo que cuenta con reglas y coordenadas que orientan la experiencia colectiva.

Desde esta perspectiva, el trabajo en taller apunta a favorecer producciones singulares que permitan a cada sujeto encontrar modos propios de arreglárselas con aquello que irrumpe. En este sentido, Millas (2015) plantea que uno de los objetivos de estos dispositivos es propiciar condiciones para que cada sujeto pueda construir un "arreglo" que le permita sostener su vida. En la psicosis, el arreglo remite a las soluciones singulares que el sujeto inventa para habitar el mundo cuando no opera la metáfora paterna, es decir, cuando no se dispone de los recursos simbólicos habituales para ordenar la experiencia. En relación con esto, Tendlarz (2018) ubica que la clínica de las psicosis implica prestar especial atención a las invenciones que el sujeto produce para arreglárselas con el mundo y con su propio cuerpo. El psicótico, al encontrarse fuera del discurso establecido, se ve llevado a construir montajes singulares que le permitan componer un cuerpo y establecer algún tipo de relación con los otros.

En las actividades desarrolladas en el taller se observa que el problema no radica en la ausencia de cuerpo (ya que el cuerpo siempre está puesto en las producciones) sino en la dificultad en los modos de anudamiento entre los registros y en la forma en que el goce irrumpe sin mediación suficiente. Como señala Miller (2013), en la psicosis el cuerpo puede quedar especialmente expuesto a irrupciones de goce que no encuentran una regulación simbólica estable, lo cual hace necesario propiciar dispositivos que permitan algún tratamiento de ese exceso.

A partir de la observación del funcionamiento del grupo, se identifica una dinámica caracterizada por un alto nivel de energía, actividad y ruido, donde el desborde corporal y la intensidad grupal aparecen con frecuencia en la escena del taller. En este sentido, la intervención no se orienta a suprimir esa energía, sino a ofrecer una vía que permita alojarla y, al mismo tiempo, acotarla, como plantea Laurent (2013), en el trabajo institucional con

sujetos psicóticos se trata menos de reprimir el exceso que de encontrar dispositivos que permitan orientarlo hacia alguna forma de producción.

Inicialmente se consideró la posibilidad de proponer juegos teatrales que implicarán de manera directa el uso del cuerpo. Sin embargo, teniendo en cuenta la dirección que venían tomando las producciones del taller (actividades manuales y con cierto encuadre) se optó por una propuesta que articule la corporalidad con una dinámica manual, permitiendo introducir el cuerpo en la actividad sin generar un nivel de exposición excesivo ni tampoco una propuesta invasiva.

La intervención consiste en trabajar a partir del contorno corporal sobre papel madera dispuesto en las paredes del espacio. Este recurso permite implicar el cuerpo de manera directa en la actividad (al trazar, desplazarse y trabajar sobre la silueta) y al mismo tiempo que sitúa al cuerpo en una posición diferente a la habitual, evitando el trabajo exclusivamente sentado en torno a la mesa. De este modo, el espacio mismo del taller se reorganiza para favorecer el movimiento y la implicación corporal en la dinámica grupal.

A cada participante se le ofrece la posibilidad de intervenir sobre la silueta utilizando distintos materiales como revistas, imágenes, stickers y otros recursos visuales, que funcionan como elementos identificatorios o representacionales. Estos materiales se ponen a disposición teniendo en cuenta intereses previamente identificados en los participantes, pero sin imponer su uso. La propuesta se orienta a habilitar que cada sujeto elija qué recursos utilizar y de qué manera hacerlo, favoreciendo una apropiación singular de la actividad como asi su despliegue subjetivo en la misma.

En este sentido, el uso del cuerpo tampoco se prescribe de una forma única. La consigna deja abierta la posibilidad de que cada participante decida qué cuerpo poner en juego y cómo implicarse en la actividad. Tal como señala Miller (2005), en la clínica contemporánea con las psicosis resulta fundamental favorecer invenciones que permitan al

sujeto servirse de su cuerpo de un modo propio, produciendo soluciones singulares frente a aquello que irrumpe.

Desde esta mirada, el “hacer corporal” no se orienta únicamente a la expresión, sino a propiciar una vía de producción que permita tramitar la energía presente en el grupo. El encuadre de la actividad funciona entonces como un sostén que aloja esta energía colectiva sin anularla, permitiendo que el exceso encuentre una forma de inscripción en una producción, como plantean Lozada y Villena (2024), los dispositivos grupales pueden operar como espacios donde las invenciones subjetivas encuentran condiciones de posibilidad cuando se ofrecen coordenadas que sostienen la producción sin fijarla de manera rígida.

Es decir, la intervención busca que las producciones individuales puedan inscribirse dentro de un espacio común. Las distintas siluetas y sus intervenciones se disponen en un mismo soporte colectivo, permitiendo que coexistan diferentes modos de expresión dentro de una construcción compartida. De esta manera, la actividad no solo apunta a la producción singular, sino también a sostener la dimensión del lazo con los otros, aspecto especialmente comprometido en la psicosis.

La intervención si bien se desarrollará en una única jornada, se diseña a partir de la lectura clínica del funcionamiento del grupo. La consigna propuesta busca operar como un sostén que permita orientar la actividad sin imponer un modo único de participación, favoreciendo que cada sujeto encuentre su propia forma de implicarse en la propuesta.

En síntesis, la intervención se inscribe en la lógica que plantea Miller, (2013), en la psicosis el desafío clínico consiste en favorecer invenciones que posibiliten al sujeto servirse de su cuerpo y encontrar modos singulares de tratar el goce que irrumpe. En este sentido, la propuesta apunta a que el hacer corporal, sostenido en un encuadre grupal, pueda funcionar como una vía de producción que permita alojar el exceso y orientarlo hacia una construcción compartida.

OBJETIVOS

OBJETIVO GENERAL

Generar, a partir de una actividad manual que involucra el uso del cuerpo, que permita alojar y acotar el desborde que irrumpe en la dinámica grupal, orientándose hacia una producción colectiva desde aportes singulares

Objetivos específicos

1. Hacer uso del cuerpo en la actividad manual, posibilitando que cada participante decida qué cuerpo implicar y de qué modo hacerlo, habilitando distintas modalidades de participación.

2. Ofrecer un encuadre de trabajo que funcione como sostén y límite, permitiendo alojar la intensidad grupal sin que el exceso desorganice la actividad.

3. Posibilitar recursos de identificaciones y materiales diversos (revistas, stickers, imágenes) que habiliten distintas formas de intervención sobre la silueta corporal, favoreciendo modos singulares de implicación

4. Brindar recursos para que la energía y exceso presentes en el grupo encuentren vía de producción hacia una invención, a través del uso de la corporalidad.

5. Posibilitar que las producciones individuales se inscriban en un espacio común, permitiendo la coexistencia de diferentes modos de expresión dentro de una construcción grupal.

TEMÁTICAS Y PROPÓSITOS DE LA INTERVENCIÓN

Temática

Intervención sobre siluetas corporales a partir de una actividad manual que involucra el uso del cuerpo, proponiendo un espacio común de producción donde cada participante pueda intervenir la figura con diversos materiales gráficos y visuales.

Propósitos

- Propiciar un espacio común de producción dentro del grupo, donde emerjan producciones singulares
- Favorecer la implicación de lo corporal en la actividad, permitiendo que cada participante decida de qué modo poner en juego el cuerpo.
- Ofrecer un encuadre de trabajo que permita alojar la intensidad grupal y orientarla hacia una producción.
- Generar un espacio de creación que funcione como soporte para la construcción de producciones propias dentro del grupo.
- Otorgar un espacio de acompañamiento a los sujetos como medio facilitador para alcanzar los objetivos propuestos.

ESTRATEGIA DE INTERVENCIÓN

Crear o usar siluetas corporales sobre papel madera, dispuesto en las paredes del espacio. A partir del contorno del cuerpo, cada participante podrá rellenar las figuras utilizando distintos materiales gráficos y visuales (revistas, imágenes, stickers), eligiendo libremente cómo intervenir.

RECURSOS MATERIALES

- Pliegues de papel madera
- revistas, plantillas de stickers o imagines varios.
- Lapices, lapiceras o marcadores de colores variados.

RECURSOS HUMANOS

- Pacientes
- Practicante
- Equipo interdisciplinario de sala

CRONOGRAMA

Primeros meses:

Las prácticas iniciaron en noviembre de 2025. Durante este período el trabajo de la practicante estuvo orientado principalmente a la observación del funcionamiento institucional y de la dinámica del Taller de Producción Creativa, así como al intercambio con los profesionales a cargo del espacio. Paralelamente, se fue construyendo el vínculo transferencial con los pacientes, aspecto fundamental para la posterior implementación de la intervención.

Marzo:

La intervención se realizó en un único encuentro el día miércoles 4 de marzo de 2026, en el horario de 14 a 16,30 hs., en el marco del Taller de Producción Creativa.

Encuentros posteriores:

En las semanas posteriores, se continuó asistiendo al taller, lo que permitió observar los posibles efectos de la intervención en la dinámica grupal y en las producciones de los participantes.

EVALUACIÓN

La intervención fue llevada a cabo el día miércoles 4 de marzo de 2026 en el Taller de Producción Creativa, el cual se desarrolla en el horario de 14 a 16.30 hs. Ese día asistieron seis pacientes, una tallerista, una auxiliar y una practicante, siendo un total de nueve personas presentes en el espacio.

Al comenzar la mañana, se esperó unos minutos la llegada de algunos participantes que arribaron con aproximadamente quince o veinte minutos de retraso. Durante ese tiempo se mantuvo la dinámica habitual del taller, en la cual los participantes comparten una merienda, pudiendo servirse té, café, etc. En este momento se sostuvo conversaciones sobre cómo había transcurrido la semana y las actividades realizadas durante el fin de semana.

Posteriormente, la tallerista introdujo la intervención comentando al grupo que la practicante llevaría a cabo una propuesta dentro del taller. En ese momento la palabra fue cedida a la practicante, quien procedió a explicar la consigna de la actividad. Se presentó el material dispuesto en el espacio: papel madera pegado en las paredes con algunas siluetas corporales ya dibujadas, así como distintos recursos gráficos y visuales disponibles sobre la mesa (revistas, stickers, imágenes y otros elementos) para que pudieran intervenirlas. Asimismo, se les indicó que también podían realizar nuevos contornos corporales si así lo deseaban.

Una vez presentada la propuesta, se dio lugar a que cada participante decidiera si deseaba implicarse en la actividad, respetando la modalidad singular de participación de cada uno. El grupo se mostró cooperativo y comprometido con la consigna. Algunos participantes eligieron intervenir las siluetas que ya se encontraban dibujadas, mientras que otros optaron por realizar nuevos contornos.

Durante el desarrollo de la actividad se observaron distintas modalidades de implicación corporal. En general, pocos participantes realizaron la silueta completa del cuerpo, predominando la representación de partes fragmentadas, como brazos o manos. En algunos casos se observó un modo de intervención más expansivo, donde los contornos eran rellenados con mayor intensidad y cantidad de materiales; mientras que en otros predominó una modalidad más selectiva, en la se tomaban tiempo para elegir los elementos que incorporarían a la silueta. Se pudo apreciar diferentes efectos y despliegues, un participante expresó que le agradaban estas actividades porque -hacian trabajar la creatividad-, siendo para la practicante un indicador positivo respecto a llevar una dinámica sin pasos a seguir estructurados, sino más bien abierta al -cómo hacerlo, que cada uno disponga y proponga. Otro participante, al encontrar en los recursos visuales, una imagen de un chico rappeando,

manifestó sentirse agradecido por que alguien se acordó de él, preguntando así si podría llevarlo a su casa.

También fue posible advertir distintas formas de apropiación de los materiales ofrecidos. Algunos participantes utilizaron stickers, recortes de revistas o imágenes para completar las figuras, mientras que otros recurrieron a recursos propios como el dibujo o el coloreado. En ciertos casos, los elementos elegidos se vinculaban con intereses personales o con identificaciones particulares. Por ejemplo, uno de los participantes comentó que le gustaban los autos y el mar, por lo cual decidió intervenir la silueta utilizando imágenes asociadas a esos elementos.

Además, se observaron distintas posiciones subjetivas frente a la actividad. Algunos participantes se implicaron desde la acción directa sobre el material, mientras que otros adoptaron inicialmente una posición más observadora antes de intervenir. También hubo quienes acompañaban su producción con explicaciones acerca de por qué elegían determinados recortes o imágenes, otorgándoles un sentido dentro de la producción que realizaban.

Algunos casos observados de las modalidades singulares de implicación en los participantes fueron las siguientes,uno de los participantes sostuvo gran parte de la actividad desde una posición de observación atenta del espacio y de los elementos disponibles, interviniendo progresivamente en la producción y manifestando interés por continuar con la actividad en futuros encuentros. En otro caso, un participante que habitualmente presenta una tendencia a la verborragia pudo organizar su intervención explicando los motivos por los cuales elegía determinados recortes o stickers, otorgando un sentido a los elementos elegidos y así también una línea a su discurso. Otro de los participantes realizó una producción más cargada de elementos representacionales, incorporando palabras y distintos recursos gráficos a

la vez, lo cual permitió situar algo del exceso que se encuentra transitando dentro de una producción concreta.

En términos grupales, se denota un funcionamiento que permitió sostener la producción sin que la intensidad del grupo derivara en una situación caótica. Si bien se trata de un grupo caracterizado por un alto nivel de energía y movimiento, el encuadre de la actividad orientó esa dinámica hacia la producción. Los participantes lograron intervenir las siluetas respetando el espacio de los otros, evitando superponer materiales sobre las producciones ajenas y dejando lugar para que cada uno pudiera realizar su marca dentro del soporte común.

En este sentido, la actividad le dio lugar a las distintas modalidades expresivas, donde cada participante pudo desplegar algo de su singularidad a partir de la intervención sobre el cuerpo representado. Tal como señala Miller (2013), en la psicosis el cuerpo puede constituirse como un lugar donde el goce irrumpe sin mediaciones suficientes, por lo cual resulta relevante propiciar dispositivos que permitan algún tratamiento de ese exceso a través de producciones singulares.

Las producciones realizadas quedaron expuestas en las paredes del espacio, lo cual permitió que permanecieran visibles para el grupo y para quienes transitan el taller. Este gesto también favorece la inscripción de la actividad dentro del espacio institucional, posibilitando que aquello producido en el encuentro tenga cierta continuidad más allá del momento puntual de la intervención.

De manera general, se considera que la intervención resultó satisfactoria tanto para el grupo como para la practicante. La actividad permitió alojar la energía presente en la dinámica grupal, orientándola hacia una producción colectiva a partir de aportes singulares. Asimismo, se pudo observar que cada participante encontró una forma propia de implicarse en la consigna, poniendo en juego distintos recursos expresivos.

En síntesis la dinámica posibilita habilitar un espacio donde el hacer corporal y la producción manual funcionaron como una vía para canalizar la intensidad grupal hacia una actividad compartida, favoreciendo la coexistencia de diferentes modos de expresión dentro de un mismo marco de trabajo, y usando el cuerpo, como asi la corporalidad, como medio para cumplir tales objetivos, donde el espacio fue habitado a través de cuerpos que dejaban sus huellas en un espacio vacío (afiche), con posibilidad de dejar su huella al lado de otras, sin invadirlas y teniendo todos la oportunidad y espacio de ser mirados y mirar, teniendo un lugar que sostiene estos interjuegos.

-BIBLIOGRAFÍA

- Belucci, G. (2008). El dispositivo taller en la clínica de las psicosis. https://www.elsigma.com/hospitales/el-dispositivo-de-taller-en-la-clinica-de-las-psicosis/11841
- Casalprim, R.. El cuerpo y las psicosis: The body and the psychosis: current treatments
- Di Ciaccia, A. (2003, 20 de junio). A propósito de la práctica entre varios. Psicoanálisis Lacaniano.
- Miller, J.-A. (2007). La invención psicótica. *Virtualia, Revista digital de la EOL*. **https://www.revistavirtualia.com/articulos/500/formas-contemporaneas-de-la-psicosis/la-invencion-psicotica**
- Millas, D. (2015). El psicoanálisis pensado desde la psicosis. Cuadernos del ICdeBA. Ed. Grama.
- Millas, D. (2015). *El hospital de día El lazo social*. Buenos Aires, Argentina: Grama.

- Lozada, L., Villena, J. P. (2024). Dispositivos intermedios y clínica de la psicosis. Revista Universitaria de Psicoanálisis, (24), p. 131–135.
- Zenoni, A. (2021). La otra práctica clínica. Psicoanálisis e institución terapéutica. Ed. Grama.

BIBLIOGRAFÍA

Alberti, C. (s. f.). *Lo que puede el psicoanálisis*. Virtualia. Revista Digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana.

Álvarez, A. R. (2006). *La teoría de los discursos en Jacques Lacan: La formalización del lazo social*. Letra Viva.

Álvarez, I. (2012). *La transferencia: un recorrido en la obra de Freud y Lacan*. En *IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XIX Jornadas de Investigación, VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

Associació TEAdir. (2020, marzo). *L'Atelier* (N.º 3). Publicación del Grupo de Investigación sobre Psicosis y Autismo y del Taller de Estudios sobre Práctica entre Varios de la Sección Clínica de Barcelona.

Belaga, G. (2015). Encrucijadas del psicoanálisis en el siglo XXI para un ciudadano común. En G. Belaga (Ed.), La práctica del psicoanálisis en el hospital (pp. 14–27). Grama.

Belucci, G. (2008). *El dispositivo taller en la clínica de las psicosis*. El Sigma. https://www.elsigma.com/hospitales/el-dispositivo-de-taller-en-la-clinica-de-las-psicosis/11841

Belucci, G. (2009). *Psicosis: De la estructura al tratamiento*. Letra Viva.

Briole, G. (2004). Orientarse con el psicoanálisis en la práctica institucional. *Norte de Salud Mental, 5*(19), 34–40.

Coccoz, V., Rabanel, J.-R., Caroz, G., & Ansermet, F. (2017). *La práctica lacaniana en instituciones II: Soluciones e invenciones*. Grama Ediciones.

Di Ciaccia, A. (2003). *A propósito de la práctica entre varios en La Antenne 110 de Genval (Bélgica)*.

Granados, E. E., & Funes, M. L. (2017). Secretario del alienado y maniobra de la transferencia en el tratamiento de la psicosis. *Affectio Societatis, 14*(27), 45–69.

Jaimes, C. F., & Rincón, J. L. A. (2010). Psicosis y lazo social: abordaje desde el dispositivo analítico lacaniano. *Tesis Psicológica: Revista de la Facultad de Psicología*, (5).

Lacan, J. (1984). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis. En *Escritos II*. Siglo XXI.

Lacan, J. (2006). *El seminario. Libro 10: La angustia (1962-1963)*. Paidós.

Lacan, J. (2007). *El seminario. Libro 3: Las psicosis (1955-1956)*. Paidós.

Lacan, J. (2008). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Paidós.

Lacan, J. (2010). *El seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente (1957-1958)*. Paidós.

Lacan, J. (2012). *El seminario. Libro 23: El sinthome (1975-1976)*. Paidós.

Laurent, E. (1991). *Estabilizaciones en las psicosis*. Manantial.

Laurent, E., Delgado, O., y otros. (2025). *La invención y lo colectivo*. Secretaría de Carteles de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL), Nueva Serie (6).

Leibson, L. (2007). El cuerpo de la psicosis, entre el goce y la escritura. *Ancla. Psicoanálisis y Psicopatología*, (1), 56–68.

Leibson, L. (2008). Algunas consideraciones acerca del cuerpo en psicoanálisis. *Revista Universitaria de Psicoanálisis, 8*, 89–100.

Leibson, L. (2010). *El nombre del padre en las psicosis*. En *II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XVII Jornadas de Investigación, Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

Leibson, L. (2014). Para una dialéctica del goce y del cuerpo. En *Memorias del VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología* (Tomo 3, pp. 318–321). Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

Lombardi, G., La Tessa, M., & Skiadaressis, R. (2007). La clínica del psicoanálisis 3: Las psicosis. Atuel.

Luzar, N. (2011). *Hacia un tratamiento posible de la psicosis*. En *III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XVIII Jornadas de Investigación, Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

Millas, D. (2015). *El psicoanálisis pensado desde la psicosis*. Grama Ediciones.

Millas, D. (2015). Acentos de singularidad en las psicosis ordinarias. En *El psicoanálisis pensado desde la psicosis* (cap. 13). Grama Ediciones.

Miller, J.-A. (1988). *Sobre la lección de las psicosis* [Conferencia]. II Jornadas del Campo Freudiano, Sevilla, España.

Miller, J.-A. (1997). *Introducción al método psicoanalítico*. Paidós.

Miller, J.-A. (1998). *Los signos del goce*. Paidós.

Miller, J.-A. (2001). *Salud mental y orden público*. En *La salud mental y el orden público*.

Miller, J.-A. (2007). La invención psicótica. *Virtualia. Revista Digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana, 6*(16).* https://www.revistavirtualia.com/articulos/500/formas-contemporaneas-de-la-psicosis/la-invencion-psicotica

Miller, J.-A. (2011). *El cuerpo hablante*. Paidós.

Miller, J.-A. (2018). *Introducción a la clínica lacaniana*. RBA Libros.

Miller, J.-A. (s. f.). Tenemos cuerpo. *Virtualia. Revista Digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana*. https://www.revistavirtualia.com/articulos/7/cuerpos/tenemos-cuerpo

Ons, S. (2012). *Todo lo que tenés que saber sobre psicoanálisis*. Paidós.

Ordóñez Rodríguez, A. (2018). Psicoanálisis e institución: Sobre la aplicación del psicoanálisis en dispositivos institucionales. *Tesis Psicológica, 13*(1), 1–15.

Raffo, M. (2018). Clase virtual grupos expresivos. Studocu. https://www.studocu.com/es-ar/document/universidad-catolica-de-cuyo-san-juan/psicoanalisis/grupos-expresivos/87322607

Schejtman, F. (2013). *Sinthome: Ensayos de clínica psicoanalítica nodal*. Grama Ediciones.

Soler, C. (1994). El cuerpo en la enseñanza de Lacan. En V. Gorali (Comp.), *Estudios de psicosomática* (Vol. 1, pp. 93–114). Atuel.

Sotelo, I. (2005). *Tiempos de urgencia: Estrategias del sujeto, estrategias del analista*. JCE Ediciones.

Tendlarz, S. E. (2009). *Psicosis: Lo clásico y lo nuevo*. Grama Ediciones.

Yoica AC. (2022, 15 de abril). Clase abierta: *"Lo que la psicosis nos enseña"* por Leonardo Leibson. YouTube.

https://youtu.be/T1MlcNyUiJY?si=MfT71SpvO-btRvNn

Zenoni, A. (2021). *La otra práctica clínica: Psicoanálisis e institución terapéutica*. Grama Ediciones.